biblioteca de patrística

juan damasceno

HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS

editorial ciudad nueva

Juan Damasceno

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA
DE
PROFESORES
MADRID

HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS

Introducción, traducción y notas de
Guillermo Pons Pons

Editorial Ciudad Nueva
Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

Reservados todos los derechos. No está permitida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyriht*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1996, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-89651-05-1
Depósito Legal: M-15466-1996

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Printing 10

INTRODUCCIÓN

San Juan Damasceno

La figura de san Juan Damasceno, que puede considerarse como el último de los Santos Padres en Oriente, destaca con un singular esplendor en toda la Iglesia por sus escritos teológicos y por sus elocuentes sermones. La fecundidad de su enseñanza ha perdurado a través de los siglos.

Juan nació en Damasco hacia el año 675 de familia cristiana, cuando ya el territorio de Siria había sido conquistado por los musulmanes. Su padre Sergio ocupaba un lugar importante dentro de la administración. Era el «logotheta», o sea, el responsable de la vida pública de la población cristiana, encargado del cobro de los impuestos y de la conservación de los derechos civiles de quienes, estando sujetos al poder islamita, profesaban la fe de Cristo.

Como hijo y sucesor de un alto funcionario podía esperar una vida holgada y una relevancia social bien consolidada. Como su abuelo y su padre, llevaba el sobrenombre de «El Mansur», que significa «victorioso». Sus triunfos, sin embargo, fueron muy diversos de los que por su herencia se le podían augurar. Cuando contaba unos treinta años de edad, junto con su hermano adoptivo Cosme, dejó el bienestar y la abundancia, característicos del oasis en que se asienta la ciudad de Damasco, y se retiró al monasterio de San Sabas en el desierto de Judea. Aún subsiste actualmente esta famosa

laura en la que viven monjes griegos y en la que destaca una altísima y milenaria palmera plantada, según se dice, por san Sabas. Es uno de los lugares más emblemáticos del monaquismo oriental.

Poco después de su iniciación monástica el patriarca Juan IV de Jerusalén ordenó de presbítero a Juan Damasceno. En agradecimiento a Dios por todos sus dones y especialmente por la vocación presbiteral escribió el monje una hermosa oración en la que dice: «Por la imposición de manos del obispo me llamaste para servir a tus hijos. Ignoro por qué razón me elegiste; Tú solo lo sabes. Pero Tú, Señor, aligera la pesada carga de mis pecados, con los que gravemente te ofendí; purifica mi corazón y mi mente. Condúceme por el camino recto, como lámpara que alumbra. Pon tus palabras en mis labios; dame un lenguaje claro y fácil, mediante la lengua de fuego de tu Espíritu, para que tu presencia siempre vigile» [1].

Juan Damasceno fue escogido por el patriarca Juan para predicar en las principales solemnidades que se celebraban en la «Anástasis» y en otros santuarios de Jesuralén. Su doctrina y su elocuencia dejaron a todos llenos de admiración. Entonces se le aplicó el sobrenombre de «Chrysorrhoas», o sea, «río de oro», que era cómo se designaba a la corriente de aguas que, procedente del Antilíbano, fecundaba el gran oasis de Damasco. El monje Damasceno, en efecto, hizo que dentro de la Iglesia surgiera una gran floración de doctrina ortodoxa y de espiritualidad.

Este santo no sólo sobresalió en la oratoria sagrada, sino que también supo hacer una clara y hermosa síntesis de la doctrina patrística que ha influido

1. De la *Declaración sobre la fe*, cap. I, PG 95, 417.

tanto en Oriente como en Occidente, puesto que fue conocida de santo Tomás y de los escolásticos. La defensa que hizo de las sagradas imágenes frente a la herejía iconoclasta merece el agradecimiento sincero de todos los cristianos y de los amantes del arte y de la cultura [2].

El hecho de que san Juan Damasceno habitara más allá de las fronteras del Imperio Bizantino resultó providencial, pues así le fue posible oponerse a las maquinaciones de los emperadores iconoclastas. A pesar del ardor con que defendía la fe, en sus escritos brilla una sincera humildad, fruto de su vida santa y entregada totalmente a Dios [3].

Aunque el santo monje estuviera relacionado con el clero de Damasco, a donde a veces acudía, el lugar de su labor literaria y teológica fue la laura de Mar Saba, en la cual vivió hasta alcanzar «una ancianidad dichosa y fecunda», según se lee en los sinaxarios griegos. Sus himnos siguen cantándose en el rito bizantino. Entregó su alma a Dios en el monasterio en el transcurso del año 749, probablemente el día 4 de diciembre, fecha en la que la Iglesia oriental siempre ha celebrado su fiesta. El papa León XIII le declaró doctor de la Iglesia universal el 19 de agosto de 1890.

2. Una biografía de san Juan Damasceno conocida como la *Vida árabe*, fue escrita por un hieromonje llamado Miguel hacia el año 1085. De ella dependen otras obras biográficas escritas a partir del siglo XII.

3. El séptimo concilio ecuménico, II de Nicea (787), al afirmar la doctrina ortodoxa sobre la veneración de las imágenes, hace un cumplido elogio de san Juan Damasceno, de san Germán de Constantinopla y de san Jorge de Chipre, que habían sido anatematizados en el sínodo iconoclasta de Hieria (753): «A los tres les ha glorificado la Trinidad» dice el mencionado concilio universal.

Homilías Cristológicas

Los sermones en que Juan Damasceno nos hace contemplar a Cristo, el Señor, realizando su obra salvadora, están colmados de doctrina e irradian una luz que nos hace descubrir insospechadas perspectivas. Los divinos misterios brillan con gran resplandor sobre la oscuridad de este mundo. Con la venida del Salvador la vida del hombre y la historia de los pueblos han adquirido una diafanidad insospechada. La predicación del monje de San Sabas, fruto de su vida de contemplación y plegaria, difunde sentimientos de esperanza y de optimismo espiritual.

Estas homilías tienen a la vez un contenido de profundización teológica y una marcada intencionalidad pastoral. El cristiano ha de conocer y gustar, en cuanto le sea posible, los excelsos misterios de la fe y ha de esforzarse en seguir a Cristo por los caminos que Él mismo nos ha trazado: «¡Ea!, pues, hermanos, –nos dice Juan Damasceno– nosotros que de la fe hemos tomado el nombre y que hemos sido considerados dignos de llamarnos y ser el pueblo de Cristo, no contaminemos la fe con acciones inconvenientes. No basta con ser creyentes; hemos de manifestar nuestra fe con las obras» [4].

El misterio trinitario y la cristología ortodoxa, fiel al concilio de Calcedonia, deben ser la base en que se apoyen la fe y la vida espiritual de los que se profesan cristianos y se han incorporado por el bautismo a la Iglesia de Cristo. La Trinidad santísima es «luz inac-

4. *Homilía sobre la Higuera estéril* 6, p. 66. Las citas de las homilías de san Juan Damasceno hacen referencia a la presente edición en versión castellana.

cesible, potencia ilimitada, mar inmenso de bondad» [5]. Por el misterio de la Encarnación «han sido vistas las realidades que eran invisibles para los ojos humanos» [6] y por la unión hipostática de las dos naturalezas de Cristo, la humanidad se ha encaminado hacia una plenitud que supera toda ponderación. Cristo, en efecto, «aunque conservando la primacía de su divinidad, asume aquello que es de inferior categoría, divinizando en sí mismo lo humano» [7]. «El Señor, creador y soberano del universo, se ha complacido de que en su Hijo unigénito se efectuase la unión de la divinidad y la humanidad y así toda la creación quedara unida, a fin de que Dios sea todo en todos» [8].

La transfiguración de Jesús en el monte Tabor es una epifanía de su gloria y una excelsa manifestación del profundo misterio cristológico. Está, además, en estrecha relación con la teofanía realizada en el Jordán, al ser bautizado Jesús. En ambos casos el Padre acredita esplendorosamente a su Hijo y dispone que le escuchemos atentamente. El Hermón, de donde proceden las aguas bautismales del Jordán, y el Tabor, en donde Cristo se transfigura, saltan de gozo, de acuerdo con lo que se dice en el salmo 88: «El Tabor y el Hermón exultarán en tu nombre» [9].

La «luz tabórica» es un concepto que en la mística cristiana de Oriente ha adquirido especiales resonancias por lo que al progreso en la vida espiritual se refiere. San Juan Damasceno ve en la nube luminosa

5. *Homilía sobre el Sábado Santo* 4, p. 76.
6. *Homilía sobre la Transfiguración* 2, p. 24.
7. *Ibid.* 4, p. 28.
8. *Ibid.* 18, p. 51.
9. *Ibid.* 3, p. 25.

del Tabor una singular alegoría de los dones del Nuevo Testamento, pues, aunque sea como en un espejo, contemplamos con el rostro descubierto la gloria del Señor y por eso la nube que envuelve a Cristo no es oscura, sino luminosa [10]. Toda la epifanía del Tabor es una invitación hacia una vida espiritual intensa y a elevarnos por encima de las cosas de este mundo y alcanzar la cumbre de la caridad [11].

Los misterios del Tabor, anticipo de la Resurrección, fortalecieron a los discípulos en vistas de las luchas que habían de afrontar a lo largo de su vida de apóstoles. Juan Damasceno destaca de un modo singular la misión que habrá de desempeñar Pedro, quien ocupará en el Nuevo Testamento un encargo que se parangona con el de Moisés en el Antiguo [12]. Simón Pedro ha sido escogido para contemplar la transfiguración precisamente porque Cristo «le había constituido guía y timonel de toda la Iglesia» [13].

El estilo oratorio de Juan Damasceno, especialmente en sus homilías festivas, es en gran manera lírico y vibrante. Adopta los recursos característicos de la elocuencia cristiana, que por una parte se sirve de las técnicas peculiares de la cultura helénica pero que aprecia sobre todo los valores de la tradición bíblica y el acervo de simbolismos propios del judeocristianismo. Los paralelismos, los contrastes, los elogios encendidos y los diálogos con los protagonistas o con los oyentes, ocupan un lugar importante en esos discursos y singularmente en el de la transfiguración, en

10. *Ibid.* 17, p. 49.
11. *Ibid.* 10, p. 38.
12. *Ibid.* 2, p. 22.
13. *Ibid.* 9, p. 37.

cuyo inicio encontramos las palabras del salmo 46: «El Señor es rey de toda la tierra; cantad con maestría» [14].

Muy apreciable y de peculiares características es una homilía no muy extensa acerca de la higuera infructuosa y de la parábola de los viñadores infieles. Cristo es presentado en ella como médico excelente que ha venido para curar nuestras enfermedades: «Ha corrido en pos de nosotros y ha salido al encuentro de quienes le detestaban. Siguió a los que huían de él y, al alcanzarlos, no les reprendió con aspereza ni les catigó con el látigo, sino que les aplicó el remedio, como un médico excelente a quien un loco furioso colmara de insultos, de golpes y de salivazos» [15].

Jesús vino con ansias de padecer por nosotros y se apresuró a beber el cáliz de la muerte en cruz, fuente de vida y de salvación para nosotros [16]. Su gesto de acercarse a la higuera, sintiendo hambre, es significativo de sus ansias redentoras. «Ya no brotará fruto de ti» dijo el Señor, condenando la esterilidad de aquellos a quienes representa la higuera: «En efecto, la salvación no proviene de los hombres. Soy yo el que realizará la salvación; yo, mediante mi Pasión, otorgaré la gracia de la resurrección y así haré que queden secas las hojas, o sea, los pecados» [17].

La viña que estaba en manos de unos perversos viñadores será entregada a otros que aporten los frutos a su debido tiempo. Estos son los apóstoles, «que entregaron al dueño una cosecha copiosa y excelente, ya

14. *Ibid.* 2, p. 23.
15. *Homilía sobre la Higuera estéril* 2, p. 58.
16. *Ibid.* 3, p. 59.
17. *Ibid.* 3, p. 62.

que por toda la tierra se ha difundido su voz y hasta los límites del orbe han llegado sus palabras» [18].

Era costumbre que el Sábado Santo se predicara un sermón extenso y muy doctrinal acerca del misterio de la Redención y con especiales referencias a la sepultura de Cristo y al descenso del Señor a los infiernos. El gran Sábado era, pues, un día de intensa reflexión. En Cristo se veían cumplidas todas las profecías y quedaban muy de manifiesto los símbolos y alegorías del Antiguo Testamento: «Ahora el Verbo desciende a enfrentarse con el dragón, o sea, con el Leviatán y apóstata» [19]. En las entrañas de la tierra «lo apresa el Señor con el anzuelo de su divinidad escondido en su cuerpo como en un gusano y le obliga a vomitar todos aquellos a quienes había devorado con la intención de fortalecer miserablemente su poderío, y así lo despoja de sus riquezas de que alardeaba» [20].

Las miróforas, que acuden al Santo Sepulcro con perfumes, son el mejor ejemplo de fidelidad. Ellas aportan sus aromas, pero sobre todo son atraídas por el buen olor del Señor: «Colmadas del ungüento de la divina gracia fueron portadoras de Cristo, ungüento derramado para nuestra regeneración» [21]. Ellas son las primeras en conocer el misterio de la resurrección de Cristo y anuncian la buena nueva a los discípulos. Estos y otros muchos asuntos de la predicación de san Juan Damasceno los podemos encontrar también en otros Santos Padres. Él se profesa especialmente deudor de san Gregorio Nacianceno y de san Juan Crisóstomo.

18. *Ibid.* 5, p. 66.
19. *Homilía sobre el Sábado Santo* 22, p. 91.
20. *Ibid.* 22, p. 91.
21. *Ibid.* 33, p. 109.

La Natividad de María

Ya en el siglo V existía en Jerusalén el santuario mariano situado junto a los restos de la piscina Probática, o sea, de las ovejas. Debajo de la hermosa iglesia románica levantada por los cruzados y que aún existe se hallan los restos de una basílica bizantina y unas criptas excavadas en la roca que parecen haber formado parte de una vivienda que se ha considerado como la casa natal de la Virgen. Esta tradición fundada en apócrifos muy antiguos, como el llamado Protoevangelio de Santiago, se vincula con la convicción expresada por muchos autores acerca de que Joaquín, el padre de María, fuera propietario de rebaños de ovejas. Estos animales eran lavados en dicha piscina antes de ser ofrecidos en el templo.

En esta venerable iglesia fue sin duda donde Juan Damasceno pronunció su hermoso sermón sobre la Natividad de María. Se trata de una valiosa pieza oratoria que pone de manifiesto la elocuencia y la devoción mariana del santo. El nacimiento de la Virgen es considerado por los Santos Padres bizantinos como el comienzo de los misterios de la salvación y por eso se celebra al iniciarse el año, cuyo primer mes es el de septiembre. La Natividad de María abre, pues, el año litúrgico bizantino, mientras que lo cierra la fiesta de la Dormición en agosto, que es el mes mariano por excelencia.

El piadoso y docto monje de San Sabas predica en Jerusalén en ocasión de ambas solemnidades de la Virgen. Con un gran lirismo y con singular facundia proclama las alabanzas de María y de sus padres Joaquín y Ana. En algunos párrafos parecen insinuarse ya los conceptos característicos de la doctrina de la Inmaculada Concepción que se desarrollará en siglos posteriores: «¡Oh venturosa pareja, a vosotros os está obli-

gada toda la creación! Por medio de vosotros, en efecto, ofreció al Creador el mejor de todos los dones, o sea: aquella augusta Madre, la única que fue digna del Creador. ¡Oh felices entrañas de Joaquín, de las que salió una descendencia absolutamente sin mancha! ¡Oh seno glorioso de Ana, en el que poco a poco fue creciendo y desarrollándose una niña completamente pura y, después que estuvo formada, fue dada a luz» [22].

Es impresionante el tejido de textos y figuras que nos ofrece Juan Damasceno para celebrar el nacimiento de María. Ella es el tallo salido de la raíz de Jesé, la puerta oriental del templo, la escalera que une el cielo con la tierra, la concha en la que se forma una perla preciosísima, un verdadero cielo que contiene al que es inabarcable, la hija de Adán y verdadera Madre de Dios. Toda la creación salta de gozo al proclamar el alumbramiento de esta niña. El santuario de la Probática en donde ha ocurrido ese acontecimiento es por ello digno de grandes honores.

La Dormición de Nuestra Señora

En el gran florecimiento de la literatura asuncionista del siglo VIII, san Juan Damasceno ocupa sin duda un lugar preeminente. En la bula *Muneficentissimus Deus*, que es la de la definición dogmática de la Asunción de María, el papa Pio XII alega el testimonio del santo como uno de los más destacados dentro de la época patrística.

Una bella trilogía de sermones pronunció el monje y presbítero de San Sabas en la fiesta de la Dormición,

22. *Homilía sobre la Natividad* 2, p. 119.

junto al sepulcro vacío de María en Getsemaní. Esto ocurría por el año 740, cuando él había ya llegado a una venerable ancianidad. El empeño que puso en esa tarea y el fervor espiritual que a ella le impulsaba se ponen muy de manifiesto en esos sermones, elegantes y llenos de profunda teología y de auténtica piedad.

Ya por entonces la fe de la Iglesia en la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma aparecía de un modo muy explícito y motivado en la interrelación de las verdades teológicas, así como plenamente integrado en el culto litúrgico y en la piedad del pueblo fiel.

Actualmente, gracias a los estudios patrísticos y de historia religiosa, podemos comprobar que los principales teólogos bizantinos de finales de la edad patrística no dudan en afirmar que al finalizar el curso de su existencia en la tierra, María fue definitivamente glorificada en cuerpo y alma. Para esta aseveración, se basan en la analogía de la fe, ya que descubren que tal glorificación es consecuencia de la plenitud de gracia y singulares privilegios de la Madre del Señor. Las razones de orden histórico y tradicional resultan para ellos menos impulsivas, aunque no dejan de reconocerles importancia.

La literatura apócrifa asuncionista había alcanzado, en efecto, un gran desarrollo y, a pesar de sus excrecencias y del interés popular por todo lo maravilloso, no hay duda de que se basa en unos precedentes antiguos que pueden derivar de una tradición muy primitiva. San Juan Damasceno acude a esas fuentes apócrifas con una indudable discreción.

La veneración del sepulcro vacío de la Madre de Dios, ubicado en Getsemaní, contribuye, no a embrollar como a veces se ha dicho, sino a esclarecer el desarrollo del culto asuncionista. El silencio de san Jerónimo y de Egeria acerca de este sepulcro dio pábulo a

las dudas de algunos estudiosos, pero las investigaciones recientes del P. Bagatti y de otros arqueólogos e historiadores han puesto de manfiesto que el silencio de dichos escritores antiguos obedecía a motivaciones de orden práctico, ya que el mencionado santuario pertenecía a grupos judeocristianos que no estaban en buenas relaciones con la jerarquía eclesiástica. Cuando en el siglo VI la situación ha cambiado y el sepulcro de María ha pasado a depender de la Iglesia bizantina, entonces se produce un gran incremento de veneración hacia este lugar en relación con el misterio de la Dormición de María [23].

En este glorioso santuario pronuncia Juan Damasceno sus sermones de la Asunción. Dirigiéndose literariamente a este sepulcro dice el predicador: «Quiero hablarte como si fueras un ser animado, oh sepulcro el más sagrado de todos después del vivificante sepulcro del Señor, que es la fuente de la resurrección». En boca del sagrado monumento mariano pone el santo palabras como éstas: «El que tenga sed de la curación de enfermedades, de la liberación de los vicios y pasiones del alma, de la remisión de los pecados, de la preservación de toda desgracia y, en fin, del reposo del reino de los cielos, que venga a mí y encontrará un espléndido y valiosísimo caudal de gracias» [24]. Estas palabras indican claramente que junto al sepulcro de María se desarrollaba un intenso movimiento de espiritualidad y que era un santuario lleno de vida y en el que los fieles, mediante la plegaria y la recepción de los

23. Un estudio histórico arqueológico sobre el santuario del sepulcro de María realizado por el P. Bagatti aparece en «Rivista Biblica» XI (1963), pp. 38-52.

24. *Segunda homilía sobre la Dormición* 17, p. 194.

sacramentos, obtenían abundantes gracias y favores del cielo.

El primer sermón de Juan Damasceno acerca de la Dormición de la Virgen viene a ser una síntesis en la que se proclama las maravillas que el Señor ha realizado en María. Ella es el taller en el que se han llevado a cabo las excelsas obras de Dios [25]. Se rememora la infancia de la Virgen, su estancia en el templo, su coloquio con el ángel y el gran misterio de la Encarnación. Se hace alusión a muchas figuras bíblicas y a los vaticinios proféticos y se pone de manifiesto que la que es fuente de la Vida no podía quedar sujeta a la muerte y fue trasladada triunfalmente a la gloria, después de haber sido su cuerpo depositado en el sepulcro, quedando así sumamente dignificado este sagrado monumento.

En el segundo sermón se hace un relato más extenso de los acontecimientos de la Dormición de María. Para ello se acude a los relatos apócrifos y se insiste en lo relativo a la gloria del sepulcro y a las gracias sobrenaturales que se producen en el santuario mariano de Getsemaní. María es el nuevo paraíso, en el que Dios se manifiesta y se hace presente. En este panegírico adquieren gran importancia las alocuciones y los diálogos. Escuchamos a Adán y Eva, a los apóstoles, a la Virgen y a Jesucristo, que baja del cielo en busca de su Madre, a la cual se dirige con palabras de gran afectuosidad, tomadas del libro del *Cantar de los Cantares*.

El último sermón de esta trilogía asuncionista es de menor extensión. Viene a ser como un cántico triunfal en el que se manifiesta una gran admiración hacia la Virgen Madre de Dios, y en el que se invita a todos

25. *Primera homilía sobre la Dormición* 3, p. 145.

los seres a alegrarse por el triunfo de María y a unirse a Ella, ahora en la celebración de su festividad y después al alcanzar la bienaventuranza por la bondad y misericordia de Dios, y gracias también a la intercesión maternal de María.

* * *

La presente traducción castellana de las *Homilías cristológicas y marianas* de san Juan Damasceno, se ha realizado sobre el texto griego de la edición crítica efectuada en la Abadía benedictina de Scheyern (Baviera), editada por Walter de Gruyter, Berlín 1988.

Juan Damasceno

HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS

HOMILÍA SOBRE LA TRANSFIGURACIÓN

SERMÓN DEL BIENAVENTURADO JUAN DAMASCENO PRESBÍTERO, ACERCA DE LA TRANSFIGURACIÓN DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO

Venid, aclamemos al Señor

1. ¡Ánimo, oh piadosa asamblea, solemnicemos la presente festividad! ¡Celebrémosla juntamente con las festivas potencias celestiales que han venido aquí para festejarla con nosotros! ¡Ea, pues, cantemos con nuestros labios, cual címbalos armoniosos, y exultemos de gozo en el espíritu! ¿A quién corresponde, en efecto, celebrar fiesta; a quién toca alegrarse y regocijarse, sino a aquellos que temen al Señor y honran a la Trinidad y, junto con el Padre, veneran al Hijo y al Espíritu Santo; a aquellos que con el alma, con el pensamiento y con la boca alaban a la divinidad única que, sin división, se manifiesta en tres personas; a aquellos que reconocen y confiesan a Cristo, Hijo de Dios y verdadero Dios, como una sola persona en dos naturalezas indivisas, aunque no confundidas, sino que poseen sus propias características naturales?

A nosotros nos toca la alegría y el más pleno gozo festivo. Para nosotros Cristo ha instituido las fiestas; para los impíos, en cambio, no existe el gozo [1]. Apar-

1. Cf. Is 48, 22.

temos toda nube de tristeza que pueda ensombrecer el espíritu y le impida remontarse a lo alto. Desechemos todo lo que sea terreno, puesto que nuestra ciudadanía no está en la tierra [2]. Elevemos nuestro espíritu hacia el cielo, de donde también esperamos que ha de venir Cristo nuestro Señor y Salvador [3].

Señor del Antiguo y del Nuevo Testamento

2. Hoy un abismo de luz inaccesible, hoy una inmensa efusión de divino resplandor ilumina a los apóstoles en el monte Tabor. Hoy es reconocido como Señor del Antiguo y del Nuevo Testamento Jesucristo, para mí tan amado, por su nombre y por sus hechos, el cual es verdaderamente dulcísimo y amabilísimo por encima de la mayor suavidad que se pueda imaginar. Hoy el iniciador de la antigua alianza, el divino legislador Moisés, está en el monte Tabor junto al legislador Cristo, como quien sirve a su Señor, y contempla claramente su plan de salvación, que tiempo atrás había ya visto en figura e imagen –lo cual puedo afirmar que se pone de manifiesto con lo que Dios realiza después– y percibe claramente la gloria de la divinidad encubierta en la cavidad de la roca, como dice la Escritura [4]. La piedra, en efecto, es Cristo, el Dios encarnado, el Verbo, el Señor, tal como san Pablo nos lo ha enseñado con toda claridad, diciendo: *La piedra era Cristo* [5], el cual, como con una pequeñísima abertura de su propia carne,

2. Cf. Flp 3, 20.
3. Cf. 1 Tm 6, 14-16.
4. Cf. Ex 33, 22.
5. 1 Co 10, 4.

derrama sobre los que están presentes una luz incomparable y más penetrante que cualquier visión.

Hoy el caudillo del Nuevo Testamento, aquel que con toda claridad proclamó a Cristo Hijo de Dios, diciendo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* [6], ve al promotor de la antigua alianza que está junto al legislador de los dos Testamentos y que exclama en alta voz: Este es el que es [7]; de Él predije que, como yo, sería constituido profeta [8]; como yo en cuanto hombre y cabeza del nuevo pueblo, pero por encima de mí en cuanto que tiene el señorío sobre mí y sobre toda la creación, el cual nos ha confiado a mí y a ti ambos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. Hoy el virgen del Antiguo Testamento, al virgen del Nuevo Testamento le anuncia al que es el Señor y virgen nacido de una virgen [9].

¡Ea!, pues, siguiendo al profeta David, *cantemos himnos a nuestro Dios, cantemos himnos a nuestro rey, cantemos porque Dios es el rey de toda la tierra, cantemos con maestría* [10]. Cantemos con labios exultantes, cantemos con espíritu de inteligencia, percibiendo el gusto de las palabras. La garganta degusta los alimentos, pero la mente discierne los discursos, dice el varón sapientísimo. Cantemos himnos también al Espíritu que sondea todas las cosas, incluso las profundidades de Dios [11], las cosas recónditas; cantemos

6. Mt 16, 16.
7. Cf. Ex 3, 14.
8. Cf. Dt 18, 15.
9. Con este juego de palabras el predicador nos presenta al profeta virgen Elías junto al apóstol virgen Juan, que se halla presente en la transfiguración. Se establece un paralelismo entre Moisés y Pedro por una parte, y Elías y Juan por otra.
10. Sal 47 (46), 7.
11. Cf. 1 Co 2, 10.

al Espíritu que ilumina todas las cosas en la luz del Padre, mientras contemplamos al Hijo de Dios, luz inaccesible.

Ahora han sido vistas las realidades que eran invisibles para los ojos humanos: un cuerpo terrestre que irradia resplandores divinos, un cuerpo mortal del que fluye la gloria de la divinidad. Efectivamente, *el Verbo se ha hecho carne* [12]. La carne ha venido a ser Verbo, sin que ni el Verbo ni la carne hayan perdido su propia naturaleza. ¡Oh prodigio que sobrepasa toda inteligencia! La gloria no ha llegado al cuerpo desde fuera sino desde el interior, por razón del inexplicable misterio de la unión hipostática con la divinidad del Verbo de Dios.

¿Cómo puede ser que unas cosas incomunicables se mezclen y permanezcan sin confundirse? ¿Cómo pueden juntarse unos elementos inconciliables, sin perder las características propias de su naturaleza? Esto es precisamente lo que se efectúa en la unión hipostática, de tal manera que los elementos que se unen forman un solo ser y una sola persona, pero conservando la unidad personal y la duplicidad de naturalezas, en una diversidad indivisible y en una unión sin confusión, que se realizan mediante la encarnación del Verbo inmutable y la incomprensible y definitiva divinización de la carne mortal. Como consecuencia de este trueque, de esta recíproca comunicación sin confusión y de la perfecta unión hipostática, los atributos humanos vienen a pertenecer a Dios y los divinos llegan a pertenecer a un hombre. Uno solo es, en efecto, aquel que, siendo Dios desde siempre, después se hace hombre.

12. Jn 1, 14.

El Tabor y el Hermón exultan de gozo

3. Hoy se ha escuchado algo que los oídos humanos eran incapaces de percibir. En efecto, el que aparece como un hombre es proclamado Hijo de Dios, unigénito, amado y consustancial con el Padre. Verídico es el testimonio; verdadera es la proclamación: el Padre que lo ha engendrado es el que hace el anuncio. Que venga aquí David y, pulsando la lira del Espíritu de resonancias divinas, entone ahora con toda claridad las palabras que pronunció antiguamente al contemplar con ojos puros y con visión profética la encarnación del Verbo de Dios: *El Tabor y el Hermón exultarán en tu nombre* [13].

El Hermón exultó en primer lugar cuando escuchó que el Padre atestiguaba claramente que Cristo poseía la filiación divina. Esto ocurrió cuando el Precursor, que ocupa un lugar intermedio entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, salió a bautizar en el Jordán [14]. Él era una joya escondida en el desierto y fue enviado para mostrar a todos la luz inaccesible que brillaba en las tinieblas, o sea, en el mundo y permanecía oculta para los que eran cortos de vista. Así, dentro del río Jordán el agua de la remisión, sin haber sido previamente purificada, realizaba la purificación del mundo, cuando, por la voz del Padre que resonaba desde el cielo, fue declarado su Hijo amado aquel que era bautizado y que, al ser objeto de ese testimonio, era también señalado por el Espíritu Santo que apareció en forma de paloma.

13. Sal 89 (88), 13.

14. Se considera que el Jordán nace en el monte Hermón y por eso se dice que esta montaña sagrada exulta de gozo cuando Cristo es bautizado en el río Jordán.

Ahora el que se alegra y exulta es el Tabor [15], monte santo y excelso que con razón se goza por su gloria y resplandor, más que por su encumbrada altura, y que compite con el cielo en lo que se refiere a la gracia. En efecto, los ángeles en el cielo permanecen inmóviles sin atreverse a fijar su vista en el Señor, mientras que los apóstoles escogidos contemplan en este monte la gloria resplandeciente de su reino. En el Tabor se cree en la resurrección de los muertos y Cristo es proclamado Señor de vivos y muertos [16], después de haber sacado a Moisés de entre los muertos y de haberse procurado como testigo a Elías, todavía viviente, que antiguamente desde la tierra condujo un carro de fuego por las rutas celestes [17]. En este monte ahora los representantes más insignes del profetismo, con profética inspiración anuncian la muerte en cruz del Señor. Por eso el Tabor se alegra e imitando los brincos de los corderos, salta de gozo al escuchar el testimonio proveniente de la nube, o sea, del Espíritu Santo, acerca de la filiación de Cristo, de quien el Padre atestigua que es dador de vida. Este es, en efecto, un nombre que está sobre todo nombre y de eso proviene que el Tabor y el Hermón exulten de gozo. *Este es mi Hijo*

15. Todas las probabilidades están a favor del Tabor como lugar de la transfiguración, que según los evangelios tuvo lugar en un «monte alto» (Mt 17, 1; Mc 9, 2). Hay referencias de que en el siglo IV se recordaba en el Tabor la transfiguración de Jesús. Actualmente una elegante iglesia construida en piedra de color blanco y con su fachada inspirada en las tradicionales iglesias siríacas está situada en la cumbre del monte. Un poco más abajo existe un santuario griego dedicado a Melquisedec, preclara figura de Cristo, Rey de paz y único sacerdote de la Nueva Alianza.

16. Cf. Rm 14, 9.

17. Cf. 2 R 21, 11.

amado [18]. Por eso se alegra toda la creación. Esto es el honor de los hombres y su gloria indeficiente, pues Aquel de quien se da testimonio es un hombre, aunque no un simple hombre como los demás.

¡Oh cuán inestimable es el gozo que nos ha sido concedido! ¡Oh bienaventuranza que sobrepasa todo cuanto cabía esperar! ¡Oh dones divinos que superan todo deseo! ¡Oh beneficios de Dios que exceden la medida de toda súplica! ¡Oh benefactor generoso e incomparable por su magnificencia! ¡Oh don cuya dignidad no está en relación con el que lo recibe, sino con el que lo da! ¡Oh insólito intercambio! ¡Oh poder del que da y debilidad del que recibe! ¡Oh manifestación de un ser que no tiene comienzo y que se da a conocer cuando se realiza la creación del cuerpo de aquel que no tiene principio! Si un hombre viene a ser Dios cuando Dios se hace hombre, un solo ser se manifiesta Dios y al mismo tiempo hombre. Por eso, a pesar de ser hombre, no tiene principio en cuanto a la divinidad, y, siendo Dios, tiene principio en cuanto a la humanidad.

Un nuevo plan de salvación

4. Antiguamente en el monte Sinaí el humo, las tinieblas, la tempestad y un fuego pavoroso [19] ocultaban la cima, poniendo de manifiesto que el legislador era inaccesible y que, al darse a conocer sólo oscuramente y como por la espalda [20] a través de sus propias crea-

18. Mt 17, 5; Mc 9, 7.
19. Cf. Ex 19, 18ss.
20. Cf. Ex 33, 23.

turas demostraba ser el creador supremo; ahora, en cambio, aparece todo lleno de luz y de resplandor. Él es el legislador, el creador del universo y el Señor venido del seno del Padre y que, sin dejar su propia morada, o sea, su permanencia en el seno paterno, descendió hacia sus siervos, y tomando la forma de siervo, se hizo hombre[21], asumiendo la naturaleza y el aspecto de hombre, a fin de ser reconocido como Dios por los hombres que no pueden comprender a Dios tal como es. De esta manera, en sí mismo y por sí mismo, manifestaba los resplandores de la naturaleza divina.

En primer lugar Dios creó al hombre y le comunicó su divina gracia cuando acababa de formarlo del barro de la tierra y le había infundido el espíritu de vida, dándole unos dones de superior categoría, honrándole con su propia imagen y semejanza y haciéndole ciudadano del Edén y compañero de los ángeles. Mas, cuando con el lodo de nuestras pasiones oscurecimos y echamos a perder la imagen divina, el Señor se apiadó de nosotros y nos ofreció un nuevo plan de salvación, más firme y maravilloso que el primero. Él, en efecto, aunque conservando la primacía de su divinidad, asume aquello que es de inferior categoría, divinizando en sí mismo lo humano y uniendo el arquetipo con la imagen, en la cual manifiesta hoy su propia belleza.

Su rostro resplandece como el sol, ya que, por la unión hipostática su faz adquiere un resplandor inmaterial y por eso viene a ser «sol de justicia». Sus vestidos se vuelven blancos como la nieve, no por haber sido glorificados con la dignidad de la unión hipostática, sino por razón de que le sirven de envoltura. Una nube luminosa extendió su sombra manifestando el res-

21. Cf. Flp 2, 6-7.

plandor del Espíritu Santo [22]. De modo semejante, el divino Apóstol dice que el mar era figura del agua y que la nube lo era del Espíritu. Todas estas cosas son luminosas y resplandecientes para quienes son capaces de recibir la luz y cuyas almas no están manchadas por la impureza de la conciencia.

Sigamos a Cristo; subamos al monte

5. ¡Ea!, pues, imitemos la obediencia de los discípulos; sigamos, animosos, a Cristo que nos llama; rechacemos la turba de las pasiones; confesemos decididamente al Hijo del Dios vivo y, una vez hechos dignos de la promesa, subamos al monte de las virtudes, que es la caridad, y obtengamos el poder contemplar la gloria y escuchar los misterios, puesto que, como dice el Señor, son bienaventurados los ojos de los que ven y bienaventurados sus oídos, porque ellos ven y escuchan cosas que muchos profetas y reyes desearon ver y escuchar y no consiguieron lo que anhelaban [23].

¡Ea!, pues, interpretemos, en cuanto nos sea posible, las palabras de los oráculos divinos y conduzcamos hacia la mesa a nuestros nobles invitados que sienten gran anhelo por las cosas divinas. Hagámosles sentar a la mesa uno a uno, con gran deseo. Reunámoslos en torno a la mesa de los oráculos divinos, dispuesta por la gracia del Espíritu Santo sin el esfuerzo de la sabiduría y de la elocuencia de los griegos, pues nosotros no nos apoyamos mucho en esos conocimientos, sino en la sabiduría que tiene su fundamento

22. Cf. 1 Co 10, 1-4.
23. Cf. Mt 13, 16-17.

en la gracia de Aquel que da a los mudos una lengua ágil y capaz de hablar claramente.

La confesión de Pedro

6. En Cesarea de Filipo –se trata de Páneas, ciudad antiguamente muy famosa, que tomó el nombre del césar Filipo, pero que en la Sagrada Escritura es designada como Dan, pues leemos que David hizo el censo del pueblo desde Dan hasta Bersabé– [24], habiendo llegado el Señor con sus discípulos, liberó del flujo de sangre a una mujer y resucitó a la hija del arquisinagogo [25]. Aquí fue donde, reuniendo el primer sínodo de sus discípulos [26], el que es la Piedra de la vida se situó sobre una piedra, a modo de cátedra, y dirigió a sus discípulos esta pregunta: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* [27]. No hizo esta pregunta porque desconociera la ignorancia de los hombres, siendo así que Él conoce todas las cosas; sino que obró así porque con la luz del conocimiento quería disipar las tinieblas que afectaban a los ojos del espíritu.

Ellos entonces respondieron que unos decían que era Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas [28]. En efecto, al ver que se

24. Cf. 2 S 24, 2; 24, 6-7.

25. Cf. Mt 9, 18-26; Mc 5, 21-43; Lc 8, 40-56. No tiene fundamento la localización de estos milagros en Cesarea de Filipo.

26. Resulta sugestiva esta designación de «primer sínodo» que san Juan Damasceno aplica a la reunión de los discípulos con Jesús en Cesarea de Filipo. La celebración de sínodos siempre ha tenido mucha importancia y especialmente en las iglesias orientales.

27. Cf. Mt 16, 13 y lugares paralelos.

28. Cf. Mt 16, 14.

realizaban innumerables milagros, sospechaban que era uno de los antiguos profetas, que había resucitado de entre los muertos y que por eso había recibido esta gracia. Esto también se pone de manifiesto en lo que dice el Evangelio: *El tetrarca Herodes oyó hablar de Jesús y dijo a sus ministros: Este es Juan el Bautista que ha resucitado de entre los muertos y por eso unas fuerzas milagrosas actúan en él* [29]. Con el fin de desvanecer tales opiniones y proporcionar a quienes no le conocían el don de una confesión verdadera, que es el más excelente de todos los dones, ¿qué es lo que hace el que tiene en sus manos todo el poder? Como hombre hace una pregunta, pero como Dios instruye secretamente a aquel que había sido llamado en primer lugar y que desde un principio le había seguido y al que, con su providencia, había destinado a ser digno conductor de la Iglesia. Como Dios, le infunde su inspiración y habla a través de él.

Esta es la pregunta: *Y vosotros ¿quién decís que soy yo?* Entonces Pedro encendido de ardoroso entusiasmo e impulsado por el Espíritu Santo, dijo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* [30]. ¡Oh boca bienaventurada! ¡Oh labios plenamente dichosos! ¡Oh alma divinamente inspirada! ¡Oh inteligencia ilustrada por Dios y ennoblecida por sus enseñanzas! ¡Oh portavoz por medio del cual ha hablado el Padre! ¡Bienaventurado eres, en verdad, oh Simón hijo de Jonás, –así habló aquel que es totalmente veraz– pues ni la carne ni la sangre ni la inteligencia humana, sino el Padre celestial es el que te ha revelado esta ciencia divina e inefable [31], pues nadie

29. Mt 14, 1-2.
30. Mt 16, 15-16.
31. Cf. Mt 16, 17.

es capaz de conocer al Hijo, sino el único que es conocido por Él: el Padre que lo ha engendrado y el Espíritu Santo que conoce las profundidades de Dios [32]. Esta es la fe firme e inmutable sobre la cual está fundamentada la Iglesia, como sobre una piedra, y de esto deriva, con toda verdad, el nombre que te ha sido impuesto. Las puertas del infierno, las bocas de los herejes, los pertrechos de guerra de los demonios, se lanzarán contra ella, pero no prevalecerán; la atacarán, pero no la destruirán [33]. Sus golpes vendrán a ser como flechas de niños. Sus lenguas se debilitarán y se volverán en contra suya, porque se perjudican a sí mismos los que se oponen a la verdad. El Señor adquirió la Iglesia comprándola con su propia sangre y te la confía a ti, el más fiel de sus siervos. Con tus plegarias guárdala segura e inconmovible, ya que es bien sólida la confianza de que nunca ha de zozobrar ni vacilar. El que se ha expresado así es Cristo, por quien los cielos están afianzados y la tierra se halla sólidamente asentada y permanece estable. En efecto, el Espíritu Santo dice: *Por la palabra del Señor fueron afianzados los cielos* [34].

Lo que suplicamos es que el alboroto del oleaje se apacigüe, que las perturbaciones sean eliminadas y que seamos recompensados con una paz colmada de serenidad y de sosiego. Suplícalo, oh Pedro, a Cristo que es el Esposo inmaculado de la Iglesia y que te ha elegido como custodio de las llaves del Reino y que, en cuanto a los pecados, te ha confiado el poder de atar y desatar. Todo eso te lo ha concedido el Señor a ti

32. Cf. 1 Co 2, 10.
33. Cf. Mt 16, 18.
34. Sal 33 (32), 6.

que, con toda verdad y con palabras divinamente inspiradas, le proclamaste Hijo de Dios [35].

¡Oh acontecimientos divinos e inefables! Cristo se designó a sí mismo como Hijo del hombre [36], mientras que Pedro, o mejor dicho el que hablaba por medio de él, lo proclamó Hijo de Dios. Él es, en verdad, Dios y hombre y no se le llama hijo de Pedro o de Pablo o de cualquier otro padre, sino Hijo del hombre, puesto que no tuvo padre sobre la tierra Aquel que no había tenido madre en los cielos.

Tres apóstoles contemplan la gloria del Señor

7. Queriendo confirmar las palabras con los hechos y sabiendo lo que había de ocurrir después, el que es la sabiduría y el poder de Dios y en el cual están escondidos todos los tesoros de la ciencia [37], dijo: *Hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte sin que antes vean al Hijo del hombre viniendo en su realeza* [38]. Si refiriéndose a uno solo hubiese dicho: «Hay uno de los aquí presentes», sospecharíamos que hacía alusión a aquel de quien más tarde diría: *Si yo quiero que éste se quede hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?* [39]. Esto fue dicho de Juan el Teólogo, como si éste no hubiese de morir y hubiese de permanecer en vida hasta la segunda venida de Cristo. De esta manera interpretaron el pasaje algunos varones muy eru-

35. Cf. Mt 16, 16.
36. Cf. Ez caps. 2-3; Dn 7, 13; Mt 8, 20; 24, 30; Jn 3, 14.
37. Cf. 1 Co 2, 7.
38. Mt 16, 28.
39. Jn 21, 22.

ditos. Mas, puesto que la frase de que tratamos se refiere a varias personas que habrían de ver algo que efectivamente ocurrió después, no hay lugar para los que quieren entender el texto en el sentido mencionado.

Está, pues, escrito: *Hay algunos de los aquí presentes.* ¿Por qué algunos y no todos? ¿No eran todos discípulos y apóstoles? ¿No le seguían todos de la misma manera, después de haber sido llamados? ¿No obtuvieron todos el mismo don de curaciones? ¿Cómo es que no todos fueron juzgados dignos de contemplar esta visión extraordinaria? ¿Acaso el Señor hacía acepción de personas? Todos eran en verdad discípulos, pero no todos estaban ciegos a causa del vicio de la avaricia. Todos eran discípulos, pero no todos eran cortos de vista a causa de la legaña de la envidia. Todos eran discípulos, pero no todos fueron traidores. Todos eran apóstoles, pero no todos toparon con los escollos de la desesperación, ni estuvieron dispuestos a oponerse a la maldad con el mal. Todos amaban a Cristo; sólo uno era amante del dinero: Judas Iscariote, el único que no fue digno de contemplar la divinidad. La Escritura dice: *Sea apartado el impío, a fin de que no vea la gloria del Señor* [40]. Sólo él, separándose de los demás, lleno de envidia y de malevolencia, quedó abrasado por el fuego de un extravío mayor.

Era preciso que tuvieran una visión de la gloria aquellos que habrían de presenciar después los padecimientos de Cristo. Por eso tomó Él consigo a los principales apóstoles como testigos de su propia gloria y de su divinidad. El número tres hace referencia

40. Is 26, 10.

al venerable misterio de la Trinidad y también hace alusión al texto bíblico que dice: «Toda palabra se apoyará sobre dos o tres testigos» [41]. De esta manera Cristo cierra para el traidor la posibilidad de hacer un reproche de verse traicionado y, al propio tiempo, pone de manifiesto ante los apóstoles su propia divinidad. En efecto, viendo Judas que Andrés se había quedado, no podía defenderse con el pretexto de haberse visto impulsado a vender al Señor por no haber sido partícipe de la visión. Por este motivo Andrés se quedó abajo con el resto del colegio de los apóstoles, separados corporalmente pero unidos con el vínculo de caridad. Ellos permanecían abajo con el cuerpo, pero seguían al Maestro con el amor y con el movimiento del espíritu [42].

Los evangelistas no se contradicen

8. Los excelsos evangelistas Mateo y Marcos dicen: *Seis días después* [43], mientras que el sapientísimo Lucas escribe: *Aconteció como unos ocho días después de estos discursos* [44]. Con toda exactitud y oportunidad los que son heraldos de la verdad hablan de ocho y de seis días. En estas palabras no existe contradicción, antes bien una perfecta concordancia, puesto que han sido proferidas por el mismo Espíritu Santo y no son los

41. Cf. Dt 19, 15; 2 Co 13, 1.

42. San Juan Damasceno se fija especialmente en la persona del apóstol san Andrés, por su singular relieve dentro de la Iglesia griega, que le considera como su apóstol más peculiar y le designa con el honroso título de «Protocletos»: el primer llamado.

43. Mt 17, 1; Mc 9, 1.

44. Lc 9, 28.

evangelistas los que hablan, sino que es el Espíritu de Dios el que habla en ellos. El Señor, en efecto, dijo: *Cuando venga el Paráclito, os enseñará y os sugerirá todas las cosas* [45]. Los que hablan de seis días prescinden del primero y del último y cuentan sólo los días intermedios; aquel otro que menciona ocho días incluye en la cuenta los dos días de los extremos. Es costumbre el contar de una y de otra manera.

Además el número seis es considerado como el primero de los números perfectos, por razón de las partes que lo componen. En efecto, su mitad es tres, su tercio es dos y su sexta parte es uno; todo esto, en conjunto, le confiere su perfección. Por eso los entendidos en la materia consideran como perfecto el número seis. Además, Dios con su palabra creó en seis días todo el conjunto de las cosas visibles. También es justo que sean perfectos aquellos que contemplan la gloria divina, la cual lo transciende todo y es lo más excelso que existe en cuanto a perfección. El Señor así mismo dice: *Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos* [46].

El número ocho es figura del siglo futuro, puesto que la vida presente se compone de siete edades y la octava es aquella que se denomina vida futura, tal como lo asegura el eximio teólogo Gregorio [47], al interpretar un pasaje de Salomón en el que se dice: «Divídela en siete partes –refiriéndose a la vida presente– y también en ocho –aludiendo a la futura–» [48]. Era necesario que

45. Jn 14, 26.
46. Mt 5, 48.
47. GREGORIO NACIANCENO, *Sermón de la Natividad del Señor*, PG 36, 311-334.
48. Cf. Qo 11, 2.

en el día octavo se pusiera a la vista de los perfectos aquello que es propio de la octava. Según afirma Dionisio, teólogo verdaderamente ilustre, el Señor será contemplado por sus siervos perfectos del mismo modo que se manifestó a los apóstoles en el monte Tabor [49]. Aquí finaliza lo que hace referencia al número de los días.

Pedro, Santiago y Juan

9. ¿Por qué el Señor escogió a Pedro, a Santiago y a Juan? A Pedro, porque quería manifestar que el testimonio dado por él se cimentaba en la verdad y provenía del Padre; también para confirmar su propia declaración de que el Padre celestial había inspirado a Pedro ese testimonio y para dar a conocer que Él le había constituido guía y timonel de toda la Iglesia. A Santiago lo escogió porque había de ser el primero de todos los discípulos en dar su vida por Cristo, bebiendo su cáliz y siendo bautizado por Él con su propio bautismo [50]. A Juan lo eligió por razón de su pureza y virginidad y como transmisor de la ciencia divina, a fin de que, habiendo contemplado la gloria eterna del Hijo, proclamara con voz de trueno: *En el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios* [51]. Por eso Juan fue llamado también «el hijo del trueno» [52].

49. PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *De los nombres divinos* 1, PG 3, 585-588.
50. Cf. Mt 20, 23; Hch 12, 1.
51. Jn 1, 1.
52. Cf. Mc 3, 17.

La plegaria del Señor

10. ¿Por qué Cristo condujo a sus discípulos a un monte alto? La Sagrada Escritura llama simbólicamente montes a las virtudes [53]. Entre todas las virtudes la cumbre y el alcázar es la caridad, porque en ésta consiste la perfección. Si uno hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles y tuviera una fe capaz de trasladar montañas y poseyera todos los misterios y entregase su cuerpo para ser quemado, pero no tuviese caridad, ese tal sería un bronce que suena o un címbalo que retiñe sin fuerza alguna y debería ser considerado como carente de todo valor [54].

Es preciso que dejando en la tierra las cosas terrenas, sobrepasando la bajeza del cuerpo y elevándonos hacia la altísima y divina atalaya de la caridad, contemplemos las realidades invisibles. En efecto, el que ha llegado a la cumbre de la caridad, saliendo en cierta manera de sí mismo, comprende cosas que son invisibles, y volando por encima de las tinieblas que produce la nube del cuerpo, alcanza las regiones aéreas bien despejadas, propias de un alma serena, y fija nítidamente sus ojos en el Sol de justicia, por más que en modo alguno pueda ser absorbido y confundirse con el que es objeto de su contemplación [55]. Entonces el alma ora internamente, pues la soledad es la madre de la plegaria, y ésta es manifestación de la gloria divina. Cuando nuestros sentidos permanecen quietos, cuando

53. Cf. Sal 36 (35), 7.

54. Cf. 1 Co 13, 1ss.

55. Esta precisión obedece al propósito de evitar todo peligro de una interpretación de tipo neoplatónico que comprometa la trascendencia divina.

se establece una íntima relación entre nosotros y Dios, y cuando, desvinculados del torbellino del mundo, entramos libremente en nuestro interior, entonces contemplamos con claridad dentro de nosotros mismos el reino de Dios. En efecto, Jesús, nuestro Dios, dijo: «El reino de los cielos, o sea, el reino de Dios, está dentro de vosotros» [56].

De una manera rezan los siervos y de otro modo diverso hacía el Señor su oración. Efectivamente, los siervos, por medio de la plegaria, con respeto y con anhelo se aproximan al Señor y la oración conduce el espíritu hacia el encuentro y la unión con Dios, y por medio de la plegaria el alma se alimenta y se robustece. Pero, ¿cómo sería la oración de aquella mente santa unida hipostáticamente al Verbo de Dios? ¿De qué modo suplicaba Aquel que es el Señor? Es evidente que oraba como quien ha asumido nuestra condición humana. Rezaba para instruirnos, abriéndonos un camino de subida hacia Dios por medio de la oración. Oraba para enseñarnos que la plegaria nos conduce hacia la gloria divina y para hacernos ver que Él en nada se contraponía a Dios, sino que honraba al Padre como principio y origen suyo, y había concedido a la carne el unirse a su propia naturaleza, a fin de que, por medio del elemento divino, la carne se fortaleciera y se instruyera al estar en contacto y bajo posesión de una naturaleza superior. Otra razón fue la de confundir al tirano que estaba al acecho, tratando de averiguar si Él era Dios tal como lo proclamaba el poder de los milagros. Por esto el Señor combinaba los aspectos humanos con los divinos, ocultando el anzuelo dentro del cebo. Así aquel que con el anhelo de la divinidad había engañado al

56. Cf. Lc 17, 21.

hombre, con justicia quedaría atrapado por el misterio de la humanidad asumida. Al observarse los resplandores en el transcurso de la plegaria, vino el recuerdo del rostro glorificado de Moisés; pero esa glorificación le llegó a Moisés desde fuera, mientras que el Señor Jesús no obtuvo la manifestación gloriosa como un don recientemente otorgado, sino que es efecto de la gloria divina que le compete por naturaleza.

Primogénito entre muchos hermanos

11. Cuál fuera la invocación que hacía el Señor, te lo enseña el profeta David con toda claridad, diciendo: *Él mismo me invocará: Tú eres mi padre, mi Dios y el refugio de mi salvación* [57]. Padre, en verdad, del que es Dios Hijo desde antes de los siglos y resplandor de la sustancia del Padre [58]. *Dios y refugio de salvación* se entiende de aquel que ha asumido nuestra carne, haciéndose hombre, y ha renovado en Él nuestra naturaleza, elevándola de nuevo a la antigua belleza de la imagen divina, y que ha compartido nuestra condición humana.

Por eso el salmo continúa diciendo: *Y yo lo constituiré primogénito* [59]. En efecto, fue *primogénito entre muchos hermanos* [60] Aquel que estuvo dotado de carne y de sangre, como nosotros. Como Verbo e Hijo de Dios desde toda la eternidad, no tuvo un nacimiento temporal; como hombre, en cambio, afirmamos que

57. Sal 89 (88), 27.
58. Cf. Hb 1, 3.
59. Sal 89 (88), 28.
60. Rm 8, 29.

nació en el tiempo, a fin de que permaneciera inalterada su condición de Hijo. Una vez realizada la encarnación, ya que la carne pertenece al Hijo de Dios, Éste en verdad, desde un primer momento por razón de la unión hipostática, se hizo carne y subsistió en su divinidad, aun después de haberse hecho hombre.

La radiante luz de la divinidad

12. Después de haber tomado consigo a aquellos que se distinguían por lo excelso de sus virtudes, el Señor *se transfiguró delante de ellos*[61] en el monte Tabor. Se transfiguró delante de los discípulos Aquel que es glorificado siempre del mismo modo y resplandece con la radiante luz de la divinidad. Engendrado por el Padre desde la eternidad, posee por naturaleza el resplandor eterno propio de Dios, sin que haya comenzado a existir en el tiempo, ni haya conseguido la gloria con posterioridad. Aunque procede del Padre (por generación) no tiene principio ni ha comenzado en el tiempo, puesto que posee como propios los resplandores de la gloria y, al encarnarse, permanece en su identidad y conserva el fulgor de la divinidad. La carne también es glorificada ya desde el momento en que pasa del no ser al ser, y la gloria de la divinidad viene a ser también gloria del cuerpo. Cristo, en efecto, es uno, aunque tiene dos naturalezas: es consustancial al Padre y está unido a nosotros por naturaleza y por parentesco.

El cuerpo santo del Señor nunca estuvo privado de la gloria divina, sino que, desde el comienzo de la unión hipostática, quedó plenamente enriquecido con

61. Mt 17, 2; Mc 9, 2.

la gloria de la invisible divinidad, ya que una e idéntica es la gloria del Verbo y de la carne, si bien esa gloria invisible que existía en un cuerpo visible, no podía ser vista por aquellos que estaban bajo las ataduras de la carne, e incluso los ángeles eran incapaces de contemplarla.

Cristo al transfigurarse no asume aquello que Él no era, ni se transforma en algo distinto de lo que era, sino que se manifiesta a sus discípulos tal como era, abriéndoles los ojos y convirtiéndoles de ciegos en videntes. Esto es lo que significan las palabras *se transfiguró delante de ellos*, pues, permaneciendo en su única identidad, además de manifestarse tal como era anteriormente, se muestra ante los ojos de los discípulos de un modo diverso de cómo antes le veían.

Resplandece como el sol

13. *Y su rostro resplandeció como el sol*[62]. Es el rostro de Aquel que con gran poder hizo que brillara la luz solar; que creó la luz anterior al sol y que después hizo del astro solar un receptáculo de luz. Él es la luz verdadera, engendrada eternamente de la luz verdadera e inmortal; es el Verbo consustancial al Padre, resplandor de la gloria e impronta natural de la sustancia de Dios Padre. Su rostro fue el que resplandeció como el sol.

¿Qué dices, oh evangelista? ¿Por qué comparas lo que es incomparable? ¿Por qué parangonas y pones a un mismo nivel, lo que en realidad no es equiparable? ¿Acaso el Señor resplandeció como el siervo? ¿Por ven-

62. Mt 17, 2.

tura la luz deslumbrante e inaccesible brilló a la manera del sol que está a la vista de todos?

El autor sagrado contesta, diciendo: Yo no hago comparación ni establezco paridad respecto del Unigénito del Padre y resplandor de la gloria divina, que no puede asimilarse a cosa alguna; pero, puesto que dirijo mis palabras a quienes se hallan bajo las ataduras de la carne, pongo como parangón el más bello y resplandeciente de los seres materiales.

No es que en ello exista una verdadera semejanza, puesto que es imposible que una cosa creada pueda ser imagen fiel de lo increado; pero resulta que el sol, siendo uno, posee dos sustancias: una que es la luz que fue hecha anteriormente y otra que es la materia, que fue creada con posterioridad; y es de notar que la luz siempre ha estado unida inseparablemente al elemento material que permanece en sí mismo, mientras que la luz se difunde por todos los confines de la tierra. Así también Cristo, «luz de luz», luz que no tiene principio y es inaccesible, nacido con un cuerpo temporal y creado, es un solo Sol de justicia, un solo Cristo, que se manifiesta con dos naturalezas inseparablemente unidas. Por eso su cuerpo santo estaba delimitado y al encontrarse en el Tabor, no se hallaba fuera del monte; pero su divinidad ilimitada estaba en todas partes y traspasaba todos los confines.

Su cuerpo resplandece como el sol, ya que la luz de su cuerpo se vuelve resplandeciente. En efecto, tanto lo que pertenece a la carne, como lo que es propio de la divinidad ilimitada, todo eso es común y permanece unido en el único Verbo de Dios encarnado. Sin embargo, aquello que hace que sean comunes los resplandores de gloria es diverso de aquello que determina que sean también comunes los padecimientos. Con todo, prevalece el elemento divino que comunica su propia

luz y su gloria al cuerpo, pero que en el padecer permanece inmune de los padecimientos.

Se dice que su rostro brilló como el sol, no porque no fuese más resplandeciente que el sol, sino que con tales palabras se hace referencia a la capacidad de percepción de quienes le contemplaban. En efecto, si se hubiese manifestado con toda la claridad de su gloria, ¿no habrían ellos quedado abrasados? Su rostro brilló como el sol, es decir, lo que el sol viene a ser para las cosas visibles, lo mismo es Dios para los seres dotados de inteligencia.

Sus vestidos se volvieron blancos como la luz [63]. Así como una cosa es el sol –fuente de luz y que no puede ser observado con la mirada fija– y otra cosa es la luz solar que se derrama sobre el mundo –la cual se percibe y se contempla directamente, gracias a la sabiduría y a la bondad de Dios, que no quiere que estemos privados de contemplar la belleza–, de modo semejante, mientras el rostro de Jesús resplandece brillantemente como el sol, sus vestidos se vuelven blancos como la luz, resplandeciendo por el don de la luz divina.

Dispuestos para afrontar las luchas

14. Realizadas estas cosas, a fin de que Cristo fuese manifestado como único Señor del Antiguo y del Nuevo Testamento y se cerraran las bocas de los herejes, cuyas gargantas son un sepulcro abierto, y para que se creyera en la resurrección de los muertos y en Aquel de quien se atestiguaba que es Señor de vivos y muertos, Moisés y Elías estuvieron junto al Señor en la gloria

63. Mt 17, 2.

como servidores, y los otros siervos (los apóstoles) les veían hablar con Él. Era natural que al ver los discípulos la gloria y la privanza de aquellos que eran consiervos suyos, pero que estaban al servicio de Dios, se quedaran transportados de admiración hacia la benignidad y condescendencia del Señor y se sintieran llenos de emulación y de fortaleza para afrontar las luchas, porque el que conoce el fruto que han de reportar las fatigas, con gran facilidad puede soportar los sufrimientos, pues vemos que el anhelo de la ganancia induce a tratar con aspereza el propio cuerpo.

Los soldados, los púgiles, los campesinos y los mercaderes afrontan con gran ardor las fatigas y se atreven a surcar el mar embravecido, sin amedrantarse por las fieras o los piratas, con tal de conseguir las apetecidas ganancias, y cuanto más se fijan en cómo se gozan con el lucro obtenido aquellos que con anterioridad se fatigaron, tanto más se sienten ellos impulsados a soportar con paciencia los trabajos. De modo semejante aquellos que espiritualmente son siervos, combatientes, agricultores o mercaderes del Señor y que no aspiran a ganancias terrenas, ni apetecen los bienes perecederos, cuando vean con sus propios ojos aquello que esperaban y contemplen a quienes antes se habían esforzado, disfrutando ya del goce de los bienes esperados, se dispondrán con mayor empeño para emprender la lucha, no con el fin de enfrentarse a unos hombres, ni de golpear el aire, ni con el propósito de disponer los bueyes bajo el yugo para la labranza, trazando surcos en la tierra, ni con miras a emprender la navegación a través de mares lejanos y agitados, sino que su intento será el de luchar contra el poder de las tinieblas, golpeando a sus enemigos con el hecho mismo de ser ellos golpeados y acumulando riquezas precisamente al ser ellos despojados. Empuñando el timón de la cruz, se

enfrentarán con las tempestades de este mundo y con los espíritus malignos que las provocan. Con la fuerza del Espíritu Santo pondrán en fuga a los que son como fieras rugientes y rapaces, y en los corazones de los hombres, como si de unos surcos se tratara, sembrarán la palabra de la religión y recogerán una copiosa mies para el Señor. Ahora debemos ya retornar a la exposición de la materia que nos habíamos propuesto.

La verdadera vida de los hombres

15. Entonces Moisés habló como era justo y dijo: Escucha, oh Israel espiritual, aquello que no pudo oír el Israel carnal: El Señor tu Dios es un solo Señor [64]. Es un Dios único, manifestado en tres personas. En efecto, es una sola la sustancia divina del Padre que da testimonio, del Hijo que es testificado y del Espíritu Santo que cubre con su sombra [65]. Aquel de quien ahora el Padre da testimonio es la Vida de los hombres. Los insensatos le verán pendiente del leño [66] y no creerán en el que es su vida. Por esto Elías, a su vez, replicó, diciendo: Este es aquel a quien antiguamente contemplé como incorpóreo en una brisa ligera, o sea, en el Espíritu, pues *a Dios nadie le ha visto jamás* [67], tal como es en su naturaleza. El que ha visto esto, lo ha contemplado en el Espíritu: *Este es el cambio de la diestra del Altísimo* [68]. Estas son las cosas que ni el ojo

64. Cf. Dt 5, 6-10.
65. Cf. Mt 17, 5; Mc 9, 7; Lc 9, 34.
66. Cf. Dt 21, 23.
67. Jn 1, 18.
68. Sal 77 (76), 11.

vio, ni el oído oyó, ni han penetrado jamás en el corazón del hombre [69]. Así pues, en el siglo futuro estaremos siempre con el Señor [70], contemplando a Cristo, resplandeciente con la luz de la divinidad.

La victoria de la luz alcanza a todos los creyentes

16. ¿Por qué Pedro, al contemplar esta manifestación divina, dijo al Señor: *Bueno es estarnos aquí* [71]? ¿Quién podría preferir las tinieblas a la luz? Mirad nuestro sol y observad qué bueno es, qué agradable, qué maravilloso, qué apetecible y cómo brilla y refulge. Y la vida, en verdad es dulce y amable, de tal manera que todos le tienen apego y no escatiman medios para conservarla. ¿Y acaso no debéis considerar como mucho más deseable la luz que existe por sí misma y que es el origen de toda luz? ¿Y no pensáis que la más dulce y apetecible es aquella vida que tiene por sí misma la existencia y de la cual proviene, como un don, cualquier otra vida, y en la que todos *vivimos, nos movemos y existimos* [72]? ¿Por ventura puede haber una vida más deseable y amable que ésta? No existen ciertamente, dulzura, ni cosa alguna apetecible que admitan comparación con la verdadera vida, ni hay discursos o conceptos que sean capaces de expresar lo que esa vida es en sí misma. Ella está por encima de cualquier parangón y sobrepasa toda medida. En efecto, ¿cómo podría ser medido aquello que no tiene límites y que no

69. Cf. 1 Co 2, 9; Is 64, 3.
70. Cf. 1 Ts 4, 17.
71. Mt 17, 4; Mc 9, 5; Lc 9, 33.
72. Hch 17, 28.

puede ser alcanzado ni siquiera con el pensamiento? Esa luz obtiene la victoria sobre cualquier otro ser creado. Esa vida es la que ha vencido al mundo[73]. ¿Cómo no ha de ser hermoso el estar unidos a la Belleza?

Pedro no dijo, pues, cosa alguna que fuera desacertada. Pero, teniendo en cuenta que todo es hermoso si se sitúa en su tiempo oportuno –«hay un tiempo oportuno para cada cosa», dijo Salomón– [74], era preciso que la belleza no quedara reservada únicamente para quienes estaban en aquel lugar, sino que evidentemente debía derramarse sobre todos los creyentes y a todos ellos debía extenderse lo que es bueno, de manera que fuesen muchos más los que participaran de aquel beneficio, o sea, de los misterios de la cruz, de la pasión y de la muerte del Señor, que pronto iban a realizarse. No era, pues, conveniente que permaneciera en el monte Aquel que con su propia sangre había de redimir al que había sido hecho a imagen suya y en favor del cual se había encarnado.

Si os hubieseis quedado en el monte Tabor, no habría tenido efecto, oh Pedro, la promesa que se te había hecho, pues no se te habrían entregado las llaves del Reino, ni el paraíso se habría abierto para el ladrón [75], ni habría quedado abatida la insolente tiranía de la muerte, ni los infiernos habrían sido saqueados, ni Adán habría sido salvado, ni Eva rescatada, ni los patriarcas, los profetas y los justos habrían sido sacados de los abismos infernales, ni la naturaleza humana habría sido revestida de incorruptibilidad.

73. Cf. Jn 16, 33.

74. Cf. Qo 3, 1-8. Este libro tradicionalmente se atribuía a Salomón.

75. Cf. Lc 23, 43.

Si Adán no hubiese apetecido la divinización antes de su debido tiempo, habría conseguido lo que deseaba. Así pues, oh Pedro, no trates de conseguir antes de tiempo las cosas bellas. Estas llegarán un día en el que alcanzarás para siempre esta visión. El Señor te ha constituído cabeza, no de unos tabernáculos, sino de la Iglesia universal. Tus discípulos, aquellos que son tus ovejas y que te han sido confiados por el excelso Príncipe de los pastores, han dado cumplimiento a tus palabras construyendo un tabernáculo para Cristo y para sus servidores Moisés y Elías, lugar en donde hoy celebramos la presente festividad [76].

Pedro decía tales cosas no por su propio conocimiento, sino impulsado por el Espíritu Santo que anuncia el futuro. Por eso el piadosísimo Lucas dice que Pedro no sabía lo que se decía [77] y Marcos da la razón de esto, diciendo que los discípulos estaban fuera de sí, por el espanto [78]. Después de que Simón hubo exclamado esto, *he aquí que una nube luminosa los cubrió* [79] y los discípulos fueron presa de un temor más intenso, al ver que el Señor y Salvador Jesús, junto con Moisés y Elías, estaba dentro de la nube.

La nube luminosa

17. Antiguamente el que contemplaba a Dios pe-

76. Probablemente Juan Damasceno predicó esta homilía en el santuario del Tabor. Es natural que en ese lugar, junto con la transfiguración de Jesús, se venerara a Moisés y Elías, sin que debamos pensar que hubiera tres construcciones diversas.

77. Cf. Lc 9, 33.

78. Cf. Mc 9, 6.

79. Mt 17, 5; Mc 9, 7; cf. Lc 9, 34.

netraba en la oscuridad, lo cual hace referencia a la ley, pues ésta contenía la sombra de los bienes futuros [80] y no la verdad misma, según se desprende de lo que escribió Pablo: Por entonces Israel no pudo, en verdad, fijar la vista en el resplandor del rostro de Moisés, a pesar de que era efímero [81]; nosotros, en cambio, con el rostro descubierto contemplamos, como en un espejo, la gloria del Señor, transfigurados de una gloria en una gloria mayor, como por obra del Espíritu del Señor [82].

Es por esta razón que les cubrió con su sombra una nube que no era oscura, sino luminosa. En efecto, el misterio escondido desde siglos y generaciones, ha sido revelado [83] y se pone de manifiesto una gloria constante y perpetua. Por tal motivo estuvieron presentes Moisés y Elías como representantes de la ley y de los profetas, puesto que Aquel a quien anunciaron la ley y los profetas es Jesús, el que da la vida. Moisés además representa la asamblea de los santos que habían muerto en el pasado, y Elías representa la corporación de los vivientes, pues quien es transfigurado es el Señor de vivos y muertos. Moisés entró en la tierra prometida, porque Jesús se la dio en herencia [84] y aquellas cosas que antiguamente contempló en imagen, las ve hoy con toda claridad. Esto es lo que se insinúa con el resplandor de la nube.

80. Cf. Hb 10, 1.
81. Cf. 2 Co 3, 7.
82. Cf. 2 Co 1, 18.
83. Cf. Ef 3, 5.
84. Moisés no pudo entrar, durante su vida, en la tierra prometida, pero Jesús le concedió hallarse en ella asistiendo al misterio de la transfiguración del Señor, participando así en los hechos ocurridos en la plenitud de los tiempos.

Este es mi Hijo amado

18. *Y desde la nube se dejó oír una voz que decía: Este es mi hijo amado, en el que me he complacido; escuchadle* [85]. La voz del Padre vino desde la nube, que es el Espíritu Santo: *Este es mi Hijo amado*, el que aparece como hombre y lo es; Él recientemente se ha hecho hombre y convive humildemente con vosotros; su rostro ha resplandecido ahora. *Este es mi Hijo amado*, el que existe desde siempre, el unigénito de Dios, engendrado desde la eternidad y que existirá eternamente. Él es engendrado por mí, está en mí y mora conmigo. No ha comenzado a existir después de mí, sino que existe desde siempre. Procede de mí por razón de paternidad; siendo engendrado de mi propia sustancia, es consustancial conmigo. Está en mí, porque es engendrado sin división, ni separación alguna. Mora conmigo, en cuanto que es persona del todo perfecta y no una mera palabra lanzada al aire. Por eso es el amado.

¿Quién es, en efecto, el Hijo amado, sino el Unigénito? *En él me he complacido*. Por complacencia del Padre el Verbo e Hijo unigénito se ha encarnado. Por la complacencia del Padre, en su Hijo unigénito ha realizado la salvación del mundo entero. Por la complacencia del Padre, en su Hijo unigénito ha llevado a término la unión de todas las cosas. Puesto que el hombre ha sido constituido como un microcosmos y ha venido a ser el lazo de unión de todos los seres, tanto visibles como invisibles, dado que en él existe lo uno y lo otro, el Señor, creador y soberano del universo, se ha complacido de que en su Hijo unigénito se efectuase la unión de la divinidad y de la humanidad y

85. Cf. Mc 9, 7; Mt 17, 5; Lc 9, 35.

toda la creación se mantuviera unida, a fin de que *Dios sea todo en todos* [86].

Este es mi Hijo, el resplandor de mi gloria, la impronta de mi esencia, por medio del cual hice también los ángeles, y por medio de Él los cielos han sido consolidados y ha sido formada la tierra; Él es quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder [87] y con el espíritu de su boca, o sea, el Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

Escuchadle, pues el que le acoge a Él, me acoge a mí, que soy el que lo he enviado [88] y no con las características de un dominador, sino de padre. Como hombre ciertamente ha sido enviado, pero como Dios, permanece en mí y yo en Él. El que no honra al Unigénito, mi Hijo amado, no me honra a mí, el Padre que lo he enviado. *Escuchadle*, pues Él tiene palabras de vida eterna. Esta es la conclusión de todo lo realizado; ésta es la fuerza del misterio.

La guarda del secreto

19. ¿Qué ocurrió después? Moisés y Elías fueron enviados a su propio lugar y los apóstoles vieron ya al Señor solo. Bajaron así del monte, sin decir a nadie nada de lo que habían visto y oído, tal como Él se lo había mandado [89]. ¿Cuál fue el motivo de este precepto? Pienso que el Señor así lo dispuso porque sabía que los discípulos eran imperfectos –pues todavía no habían

86. 1 Co 15, 28.
87. Cf. Hb 1, 3.
88. Cf. Mc 9, 37.
89. Cf. Mt 17, 9; Mc 9, 9; Lc 9, 36.

recibido en plenitud el Espíritu Santo– y que la tristeza habría inundado sus corazones [90], además de que la envidia habría provocado la cólera del traidor. Nosotros hemos de poner término ya a nuestro discurso.

Un camino hacia la divina hermosura

20. Acordaos siempre de lo que se os ha dicho, llevando constantemente en el corazón la belleza de esta visión y haciendo que resuene en vuestros oídos la voz del Padre que dice: Este no es un siervo, ni un embajador, ni un ángel, sino que es mi Hijo amado; escuchadle. Escuchémosle, pues, cuando dice: *Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón* [91]. *No matarás* [92], ni te enojarás contra tu hermano; *reconcíliate primero con tu hermano y después ven a presentar tu ofrenda* [93]. *No cometerás adulterio* [94] y ni siquiera te fijarás en la belleza que pertenece a otro [95]. *No jurarás en falso* [96] y ni siquiera proferirás juramentos, sino que vuestro modo de hablar será: sí, sí y no, no, pues lo que pasa de eso es invención del Maligno [97]. *No dirás falso testimonio* [98]. *No robarás* [99]; e incluso da a quien te pide y no vuelvas

90. Aquí el orador se refiere a los discípulos que se habían quedado al pie del monte.
91. Dt 6, 5; Mt 22, 37.
92. Ex 20, 13; Dt 5, 17; Mt 5, 21.
93. Mt 5, 24.
94. Ex 20, 17; Dt 5, 18; Mt 5, 27.
95. Cf. Mt 5, 28.
96. Ex 20, 7; Dt 5, 20; Mt 5, 33.
97. Cf. Mt 5, 37.
98. Ex 20, 7; Dt 5, 20; Mt 5, 33.
99. Ex 20, 15; Dt 5, 19.

la espalda al que desea que le hagas un préstamo; y si alguno te quita lo tuyo, no le pongas resistencia [100]. *Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os aborrecen, rezad por los que os calumnian y persiguen* [101]. *No juzguéis, a fin de que no seáis juzgados* [102]. *Perdonad y se os perdonará* [103], a fin de que seáis hijos de vuestro Padre y seáis perfectos y misericordiosos, como vuestro Padre celestial [104], *que hace salir el sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos* [105].

Cumplamos con todo cuidado estos mandatos divinos, para que también nosotros podamos gozar de la divina hermosura, saciados con su dulcísima suavidad, ahora en la medida en que es posible para quienes soportan el peso del tabernáculo terrenal del cuerpo, pero después de una manera más clara y más pura, cuando los justos brillarán como el sol y, liberados de la cárcel del cuerpo, serán inmortales como los ángeles, junto al Señor, en la grandiosa y visible manifestación que, desde los cielos, ha de efectuar el Señor, Dios y Salvador nuestro, Jesucristo. Junto con Él sea la gloria al Padre con el Espíritu Santo, ahora y por los perdurables siglos de los siglos. Amén.

100. Cf. Mt 5, 4; Lc 6, 30.
101. Mt 5, 44.
102. Mt 7, 1.
103. Lc 6, 37.
104. Cf. Mt 5, 48.
105. Mt 5, 45.

HOMILÍA SOBRE LA HIGUERA ESTÉRIL

SERMÓN DE NUESTRO PADRE SAN JUAN, MONJE Y PRESBÍTERO DE LA IGLESIA DE LA SANTA RESURRECCIÓN DE CRISTO NUESTRO DIOS, ACERCA DE LA HIGUERA QUE SE QUEDÓ SECA Y DE LA PARÁBOLA DE LA VIÑA

Nos mostró la riqueza de su amor

1. El que me impulsa a hablar es el Verbo consustancial al Dios y Padre y que, sin alejarse del seno del Padre, fue concebido en el seno de la Virgen, pero sin quedar por ello delimitado. Él es el Verbo que por mí se hizo tal como yo soy y que, siendo impasible por razón de la divinidad, ha asumido un cuerpo pasible como el mío. El que está sentado en la carroza de querubines, hallándose en la tierra subió sobre un pollino de asnilla [1]; siendo el Rey de la gloria que, junto con el Padre y el Espíritu Santo, es proclamado santo por los serafines [2], aceptó los balbuceos de la inocente lengua de los niños. Siendo Dios, empezó a existir en la forma de siervo que había asumido y, siendo inmortal e invisible como Dios, tomó para sí un cuerpo visible y palpable y aceptó voluntariamente el sufrimiento, a fin de concederme la gracia de la impasibilidad.

1. Cf. Mt 21, 1-7.
2. Cf. Is 6, 3.

Efectivamente, cuando el Señor vió que el hombre, modelado por sus manos a su imagen y semejanza [3], había sucumbido a la seducción de la serpiente, había transgredido su mandato y había quedado sometido a la corrupción y destinado a la muerte, entonces Él, que por naturaleza es misericordioso, no toleró que se perdiera aquel a quien amaba, antes bien de muy diversos modos le fue llamando a la conversión y a la penitencia, corrigiéndole como a un siervo insensato o como a un hijo que de muchas maneras y en diversas circunstancias haya obrado neciamente. El Señor, en efecto, empleando todos los recursos, intentó que el hombre se liberase de la esclavitud del tirano y retornase hacia el que lo había plasmado.

Pero el hombre carecía de fuerzas para convertirse, una vez que se había hecho esclavo del pecado y se había entregado por propia voluntad a los bajos instintos. Por eso el Señor bondadosísimo, viendo que la naturaleza humana estaba tan debilitada, la tomó sobre sí. Cuando vio, en efecto, que el hombre desobedecía a su palabra y quebrantaba sus mandamientos y saludables preceptos, ¿qué fue lo que dijo? Es necesario –exclamó– que yo instruya con el ejemplo de mis obras a quien es tan ignorante. Es preciso que yo asuma su naturaleza y la encamine hacia la práctica de la virtud, a fin de que se acostumbre y se ejercite en el bien obrar. Es preciso que yo me presente visiblemente y así el enfermo obtendrá la salud. Es preciso que yo recupere la oveja perdida y la conduzca al antiguo redil de paraíso. ¿Y cómo podré recobrarla, si no me acerco a ella en forma visible? ¿Y cómo conseguiré conducirla por el camino, si ella no descubre mis huellas?

3. Cf. Gn 1, 26-27.

El Señor se hizo hombre a fin de que, a través de lo que Él hizo y padeció, aquel que era ignorante aprendiera cómo se ha de practicar la virtud. Su intención era que, al verle bajar a la tierra desde el seno del Padre para nuestra salvación, nosotros, desde el seno de nuestra madre la tierra, voluntariamente subiéramos hacia Él. Obró así para mostrarnos la extraordinaria riqueza de su amor hacia nosotros, pues nadie puede manifestar un amor más grande que el de quien ofrece su alma por aquellos a quienes ama [4]. ¿Cómo podría, pues, demostrar su amor el que no tuviera alma? [5].

Cristo, médico excelente para nuestras enfermedades

2. Por eso se encarnó: para poder ser visto en la tierra y vivir con los hombres. Por eso asumió un alma: para poder ofrecerla por sus amigos. Digo amigos, no por el hecho de que ellos le tuvieran afecto, sino porque Él les tenía un gran amor. Así como nosotros le hemos tenido aversión y nos hemos apartado de Él, sirviendo a otro; Él, en cambio, ha permanecido firme y constante en su amor por nosotros. Por eso ha corrido en pos de nosotros y ha salido al encuentro de quienes le detestaban. Siguió a los que huían de Él y, al alcanzarlos, no los reprendió con aspereza ni les castigó con el látigo, sino que les aplicó el remedio, como un

4. Cf. Jn 15, 13.

5. Con esta expresión san Juan Damasceno quiere manifestar la fe de la Iglesia en la encarnación del Verbo, que ha asumido la naturaleza humana completa, con cuerpo y alma. Así se descalifica y rechaza la herejía de Apolinar que afirmaba que en Cristo la divinidad suplía el alma humana.

médico excelente, a quien un loco furioso colmara de insultos, de golpes y de salivazos.

Teniendo en cuenta lo difícil que era la curación, el Señor ofreció su divinidad como medicina para el género humano. Se trataba de un remedio eficacísimo y todopoderoso. Así se puso de manifiesto que una carne débil resultaba más poderosa que las potestades invisibles. Así como el hierro que se aplica al fuego no se puede tocar, así el heno de nuestra naturaleza, al unirse al fuego de la divinidad, ha venido a ser intocable para el demonio y, puesto que los ayudantes de los médicos dicen que lo contrario se cura con lo contrario, así también con lo opuesto se cura lo opuesto: el placer se vence con los sufrimientos y la soberbia con la humildad. El Señor no sólo se humilló a sí mismo al hacerse hombre, siendo como era rico por la divinidad, sino que también se humilló entre los hombres [6].

¿Qué hombre hubo, en efecto, que fuera tan pobre y humilde como Él? No tuvo donde reclinar la cabeza[7]. No poseyó cabalgadura, ni dos mantos, ni una túnica de repuesto; *siendo ultrajado no replicaba con injurias, siendo maltratado no profería amenazas* [8]. Como un cordero inocente llevado al sacrificio, no se rebelaba ni gritaba [9]; al ser abofeteado ofrecía voluntariamente la mejilla al que le estaba pegando [10]; no apartó su rostro ante el ultraje de los salivazos [11]; cuando le llamaban samaritano

6. Cf. Flp 2, 6-8.
7. Cf. Mt 8, 20.
8. 1 P 2, 23.
9. Cf. Is 53, 7.
10. Cf. Mt 5, 39.
11. Cf. Mt 27, 30; Mc 15, 19.

y endemoniado [12] o le perseguían, lo soportaba todo, a fin de que nosotros siguiéramos sus huellas.

Todo esto lo realizaba por voluntad del Padre. Siendo como era su hijo unigénito y consustancial, revelaba el amor que el Padre nos tiene. En efecto, de tal manera nos amó Dios Padre, que a su Hijo unigénito lo entregó en rescate por nosotros [13]. ¡Oh amor insuperable! El Hijo unigénito que reina junto con el Padre, en favor nuestro es entregado a la muerte: en favor de unos siervos ingratos, de unos criados rebeldes, de unos adversarios blasfemos que rinden culto al enemigo y lo proclaman como Dios. ¡Oh profundidad de la riqueza del amor de Dios! [14]. Y el Hijo unigénito no se opuso, ni se desentendió de la voluntad del Padre, puesto que Él mismo era el consejo y el querer del Padre [15]. Por eso, ya que el Hijo posee la misma naturaleza y la misma bondad del Padre, puesto que es una sola la naturaleza del Padre y del Hijo, éste también obró por su voluntad y se hizo hombre y *obediente* al Padre *hasta la muerte, y muerte de cruz* [16], y así puso remedio a mi desobediencia.

Hambre de nuestra salvación

3. El Señor viene con ansias de padecer y se apresura a beber el cáliz de la muerte que ha de salvar a

12. Cf. Jn 8, 48.
13. Cf. Jn 3, 16; 2, 9.
14. Cf. Rm 11, 33.
15. La voluntad divina es única en las tres divinas personas, pero el Verbo, al encarnarse, asumió una voluntad humana. Véase el canon I del Concilio de Letrán del año 649, celebrado bajo Martín I (DENZINGER, *Enchiridion Symbolorum* 501).
16. Flp. 2, 8.

todo el mundo. Viene con hambre de la salvación de los hombres y no encuentra el fruto para saciarla, según se insinúa en la parábola de la higuera. ¿Quién es el que come a primera hora? [17]. Es el Rey, el Señor, el Maestro. Al sentir hambre por la mañana, no se deja llevar por el deseo de comer y, sin embargo, no se impone sobre la naturaleza, sino que, como si fuera débil de voluntad e intemperante, se lanza sin demora hacia el alimento cuando no es el tiempo a propósito. ¿Cómo podrá así inculcar a sus discípulos el ayuno y enseñarles a no dejarse llevar por los deseos desordenados? No se trata de esto, sino que así como, al hablar, enseña con parábolas, al actuar, expone también parábolas.

Se acercó a la higuera, porque tenía hambre [18]. La higuera significa el género humano. Dulce es el fruto de la higuera, pero sus hojas son amargas, inútiles y a propósito para ser quemadas. Así también el género humano poseía el fruto suavísimo de la virtud que Dios había dispuesto que produjera, pero por haber sido estéril a este respecto, resultó que sus hojas fueron amargas. ¿Qué hay, en efecto, más amargo que las preocupaciones de esta vida?

En otro tiempo Adán y Eva estaban desnudos y no sentían vergüenza [19]; vivían de un modo sencillo y natural. No conocían los artificios, ni las preocupaciones; no se cuidaban de cómo cubrir la desnudez de su cuerpo, ni se avergonzaban de su pobreza y simplicidad de vida. Aunque estuvieran desnudos corporalmente, se hallaban protegidos por la divina gracia. No tenían un vestido para el cuerpo, pero estaban re-

17. Cf. Mt 21, 18.
18. Cf. Mt 21, 18-19.
19. Cf. Gn 2, 25.

vestidos de la inmortalidad, pues, como vivían cerca de Dios por la obediencia, les cubría una vestidura de incorrupción.

Por el contrario, después de haber desobedecido, se vieron privados del vestido de la gracia y apartados de la extática contemplación de Dios. También se dieron cuenta de la desnudez de su cuerpo [20], ansiaron los placeres de la vida, se avergonzaron de sus costumbres sencillas y pobres; cosieron hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores [21], se esforzaron en hacer muchos razonamientos y encontraron una vida dura, llena de preocupaciones y dolores. Efectivamente, la Escritura dice: Comerás tu pan con el sudor de tu frente. Maldita sea la tierra en tus labores; te producirá cardos y espinas. Pero tú eres tierra y a la tierra volverás [22]. Has albergado sentimientos terrenos y a la tierra regresarás. Has sido comparado a las bestias irracionales, porque no correspondiste a la dignidad que poseías [23]. Estabas junto a Dios y no reconociste una dignidad tan fructífera, sino que preferiste el goce de las cosas terrenales y deseaste el género de vida propio de los irracionales. *Eres tierra, y a la tierra volverás* [24]. Heredarás la muerte, tal como corresponde a los animales. Por eso tú vas vestido con túnicas de pieles [25]. El que al principio vivía feliz, habitando corporalmente en un jardín

20. Cf. Gn 3, 7.
21. *Idem.*
22. Cf. Gn 3, 17-19.
23. Cf. Sal 49 (48), 13.
24. Gn 3, 19.
25. Las vestiduras hechas de pieles de animales que el Señor dió a Adán y Eva (Gn 3, 21) son consideradas por Juan Damasceno como un símbolo de su nueva situación, en la que se sienten impulsados a secundar los bajos instintos a semejanza de las bestias.

de delicias y morando en una cámara regia, se ha ganado el tener un cuerpo áspero y mortal, capaz de soportar sufrimientos.

Verdaderamente son ásperas las hojas de higuera que afectan a nuestra naturaleza y también lo es la malicia de nuestra condición humana. A esta higuera, o sea, al género humano se acercó el Salvador, hambriento y buscando en ella el más dulce de los frutos, es decir, la virtud, que es dulcísima para Dios y de la cual proviene la salvación. Pero el Señor no encontró fruto, sino que halló solamente hojas, o sea, el pecado, que es lo más áspero y desdichado que existe, y los males que de él se originan. Por eso, encarándose con la higuera, exclamó: *Ya no brotará fruto de ti*[26]. En efecto, la salvación no proviene de los hombres, ni la virtud tiene su origen en las facultades humanas. Soy yo el que realizará la salvación; yo, mediante mi pasión, otorgaré la gracia de la resurrección y así haré que queden secas las hojas, o sea, los pecados. Esto es lo que hizo el Señor.

Esterilidad del alma incrédula

4. Después de haber realizado estas cosas, que vienen a ser como una parábola, Jesús entró en el templo[27], para visitar la casa del Padre, y encontró allí a los malos viñadores, los sumos sacerdotes, aquellos que ciertamente estaban sentados sobre la cátedra de Moisés, pero que no realizaban las obras de Moisés, aquellos lobos que exteriormente tenían apariencia de

26. Mt 21, 19.
27. Cf. Mt 21, 23.

ovejas y que, siendo como una higuera estéril, no producían frutos dulces, sino que sólo tenían hojas y éstas de una gran aspereza. Escucha, si no, sus palabras muy ásperas.

Ellos dijeron: *¿Con qué potestad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado esta potestad?* [28]. ¡Observa cuánta esterilidad del alma y qué incredulidad! En vez de eso, ellos deberían haber dicho: Bien has obrado, oh Maestro bueno, tú que resucitaste a Lázaro muerto de cuatro días [29], tú que enseñaste a los cojos a caminar sin dificultad, tú que diste a los ciegos la facultad de la vista, tú que sanaste a los paralíticos y curaste toda enfermedad y dolencia, tú que expulsaste los demonios y que enseñaste el camino de la salvación. En vez de expresarse de este modo, ellos dicen: *¿Con qué protestad haces estas cosas?* ¡Oh insensatos! Si os hubiese dicho con qué potestad obraba, ¿acaso le hubierais creído? No habríais creído, puesto que tampoco creísteis a Juan. Corristeis hacia Juan como un río en crecida y, confesando vuestros pecados, fuisteis aparentemente bautizados, pero no creísteis. ¿Acaso creeríais, si yo os respondiese a lo que me preguntáis? *¡Oh generación malvada e incrédula!* [30].

Vosotros sois los malos viñadores que habéis devorado la viña del Señor de los ejércitos. ¿A cuál de los profetas no le condenasteis a muerte? [31]. Mi Padre os envió mis siervos los profetas, para reclamar de vosotros los frutos de la viña. Yo transporté la viña desde Egipto, por medio de Moisés, y la planté en una tierra

28. Mt 21, 23.
29. Cf. Jn 11, 1-44.
30. Mt 17, 17.
31. Cf. Hch 7, 52.

fértil, después de haber desalojado a los gentiles [32] y la di en herencia mediante suertes [33]. Hice que estuviera bien arraigada de acuerdo con la ley y la palabra de los profetas, y la viña cubrió la tierra; sus sarmientos llegaron hasta el mar y sus brotes llenaron los ríos de los pueblos [34]. Vosotros echasteis por tierra su cerca, la protección que provenía de la ley, y, estando así desprotegida, la vendimiaron los demonios, que corren por el camino de la vida; el jabalí de la selva y el ladrón la maltratan y una singular fiera salvaje se apacienta en ella [35].

Cuando mis siervos los profetas fueron a pedir los frutos de esta viña bellamente plantada, fecunda y excelente, a uno lo aserrasteis, a otro lo echasteis en un hoyo de fango, y a otro lo apedreasteis. He aquí que ahora yo, el Hijo y heredero, estoy personalmente ante vosotros. Respetad mi filiación; reverenciad el honor que corresponde a mi naturaleza divina, que es la misma del Padre: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí* [36], aunque yo haya venido a vosotros porque me he compadecido de mi viña; a pesar de que yo haya bajado a la tierra, habito en el seno de mi Padre; entregadme el fruto de mi viña. Pero, en verdad, como malos viñadores, *vosotros habéis colmado la medida de vuestros padres* [37]. Ellos mataron a los profetas, pero vosotros habéis llegado hasta dar muerte a Dios; les habéis superado en maldad. Yo soy el heredero, la piedra angular que, aun habiéndola vosotros rechazado,

32. Cf. Sal 80 (79), 9.
33. Cf. Sal 105 (104), 11.
34. Cf. Sal 80 (79), 12.
35. Cf. Sal 80 (79), 14.
36. Jn 10, 38.
37. Mt 23, 32.

os aplastará [38]. Yo uniré los dos pueblos; por muy distante que esté, yo juntaré lo terreno con lo celestial. Por obra mía habrá una sola Iglesia, compuesta de ángeles y de hombres. Por obra mía los que sois enemigos seréis reconciliados con mi Padre. Yo estableceré la paz, y la prenda de paz que daré será mi sangre, que será derramada para la salvación de todo el mundo.

Ceguera de unos sacerdotes impíos

5. Como estas cosas las dijo el Señor con parábolas, ellos no quedaron persuadidos; cerraron los ojos para no ver y escucharon con oídos entorpecidos. Por eso es que no quedaron iluminados con la luz del Evangelio.

¡Oh insólito endurecimiento de unos sacerdotes impíos! Ellos se condenaron a sí mismos, sin saber lo que se decían. Pronunciaron sentencia contra ellos mismos, pues al ser preguntados acerca de lo que haría el dueño de la viña con aquellos malos viñadores, respondieron acertadamente, aunque sin darse plena cuenta de ello, y dijeron: *Hará morir de mala muerte a los malvados* [39]. En verdad es de justicia que sufra males aquel que por propia voluntad obró el mal.

La viña, en cambio, será entregada a otros viñadores que aportarán los frutos a su debido tiempo [40]. Ellos, como sacerdotes que eran y poseedores de la dignidad sacerdotal, hablaron proféticamente y dijeron la verdad,

38. Cf. Lc 20, 17-18; Sal 118 (117), 22; 1 P 2, 6.
39. Mt 21, 41.
40. Cf. Mt 21, 41.

aunque sin darse cuenta. En efecto, la viña, o sea, el pueblo del Señor, es confiada a unos viñadores, que son los apóstoles, que entregarán al dueño una cosecha copiosa y excelente, ya que *por toda la tierra se ha difundido su voz y hasta los límites del orbe han llegado sus palabras* [41] y *¡qué hermosos son los pies de los que traen la buena nueva de la paz y anuncian el bien!* [42]. Caminando ellos como ovejas en medio de lobos [43], transforman los lobos en ovejas, integran en el rebaño de Cristo a los gentiles que antes les perseguían y adquieren para el Señor un pueblo escogido y fervoroso en las buenas obras [44].

Manifestar la fe con buenas obras

6. ¡Ea!, pues, hermanos, nosotros que de la fe hemos tomado el nombre y que hemos sido considerados dignos de llamarnos y ser el pueblo de Cristo, no contaminemos la fe con acciones inconvenientes. No basta con ser creyentes; hemos de manifestar nuestra fe con las obras.

Un padre tenía dos hijos y dijo a uno: *Ve a trabajar en la viña* [45]. Este prometió que iría, pero no lo cumplió. Después el padre dijo lo mismo al otro. Este de palabra se negó a hacer lo que se le mandaba, pero luego, en realidad, lo cumplió. El primero es reprobado, mientras que el segundo es elogiado.

41. Sal 19 (18), 5; cf. Rm 10, 18.
42. Is 52, 7.
43. Cf. Mt 10, 16.
44. Cf. Tt 2, 14.
45. Mt 21, 28.

Nosotros acordémonos de las renuncias y de los compromisos que hicimos en el bautismo. Renunciamos entonces al diablo y a sus ángeles y asimismo a todas sus obras, a prestarle cualquier servicio y a rendirle honores. Mantengamos estos compromisos y no hagamos como los perros, que retornan hacia su propio vómito. Obras del diablo son: los adulterios, las fornicaciones, la impureza, las envidias, los homicidios, las discordias, las disputas, la hipocresía, la maledicencia, la ironía, la ira, el resentimiento, las condenas, las difamaciones, los conjuros, las murmuraciones. Signos de la incredulidad son: las cobardías, las pasiones desordenadas, las antipatías, la avaricia, los alardes, la embriaguez. Pompas del diablo son: la arrogancia, la ambición, la presunción, la altivez, la soberbia, la ostentación y el adorno del cuerpo.

Desechando toda participación en esas cosas, unámonos a Cristo y esforcémonos en adquirir las virtudes opuestas a dichos vicios: la castidad, la modestia, la pobreza, la perseverancia, la paz, la caridad, la compasión, la limosna, la generosidad con los necesitados, la conveniente moderación en el género de vida y en el vestido, la verdad en las palabras, la humildad y sobre todo la participación en los oprobios que Cristo padeció, pues si participamos en los sufrimientos de Cristo, tendremos parte también en su gloria y ofreceremos a Dios padre una víctima viviente e inmaculada [46] en la Iglesia de los primogénitos, donde está la morada de los santos que poseen la felicidad [47].

46. Cf. Rm 12, 1.
47. Cf. Sal 87 (86), 7.

Exhortación a la Iglesia esposa de Cristo

7. Ha llegado el momento de dirigirte mis palabras, ¡oh esposa amadísima de Cristo! [48]. Corresponde con tu amor a Aquel que tanto te ama. Ábrele lo más íntimo de tu corazón, a fin de que ponga allí su morada junto con el Padre y el Espíritu Santo. Aparta de tu corazón todo lo terreno, para que Cristo pueda entrar en él. Una casa, en efecto, no puede albergar al mismo tiempo tierra y aire en movimiento. En la medida en que admitas la tierra, harás que se aleje la corriente de aire, y en tanto que albergues en tu corazón las cosas terrenas, apartarás de ti el Espíritu Santo.

¿De dónde provienen las fornicaciones? ¿De dónde los adulterios? ¿De dónde las discordias, las envidias, los homicidios, y tanta abundancia de males? ¿Acaso no derivan del apetito de cosas de la tierra? Aleja de ti toda ambición, ya que ésta es la madre de la incredulidad. Jesús, en efecto, dice: *No podéis creer en mí, vosotros que recibís gloria de los hombres* [49]. Expulsa de tu corazón toda presunción, arrogancia y soberbia, pues el hombre de corazón altivo es impuro en la presencia del Señor. En efecto, el Señor *resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes* [50]. Rechaza toda jactancia, toda autocomplacencia y todo deseo de agradar a los hombres, a fin de someterte únicamente a la ley de Dios, y Él te conducirá hacia el puerto de su beneplácito.

48. La esposa de Cristo es la Iglesia, y, por estar integrada en ella, lo es también toda alma fiel. Aquí san Juan Damasceno hace una ferviente exhortación a la fidelidad a Cristo.

49. Jn 5, 44.

50. Pr 3, 34, según la versión de los *Setenta*; St 4, 6.

No admitas ningún otro esposo en el tálamo de tu corazón, pues celoso es tu esposo Cristo [51], que es dulcísimo, el único verdaderamente noble, todo suavidad y amor. Abre solamente para Él tu corazón y grítale: *Tengo herido el corazón* [52]; tu amor me tiene enajenada, tu caridad me ha embelesado, oh Señor. Estoy cautiva de tu amor; entra en mi cámara. Besaré tus huellas, pues no soy digna de decir: *Bésame con los besos de tu boca* [53].

Habita en mí y paséate dentro de mí, según tu promesa veraz, oh Señor [54], y haz de mí un templo de tu Espíritu Santísimo. Gobierna mi corazón, Señor; tómalo como posesión tuya y pon en mí tu morada, junto con el Padre y el Espíritu Santo. Acrecienta en mí tus vínculos amorosos, los impulsos de tu Santísimo Espíritu, pues tú eres mi Dios. Y yo te glorificaré, junto con tu Padre ingénito y con tu santo y vivificante Espíritu ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

51. Cf. Dt 4, 24.
52. Ct 2, 5.
53. Ct 1, 2.
54. Cf. Lv 26, 11-12.

HOMILÍA SOBRE EL SÁBADO SANTO

HOMILÍA DEL HUMILDE MONJE Y PRESBÍTERO JUAN DAMASCENO SOBRE EL SÁBADO SANTO

Los limpios de corazón verán a Dios

1. *¿Quién anunciará las proezas del Señor y dará a conocer todas sus alabanzas?* [1]. ¿Quién describirá el mar ilimitado e inconmensurable de su bondad? ¿Quién podrá manifestar su inescrutable amor hacia sus siervos? ¿Quién será capaz de expresar su insondable condescendencia? ¿Quién podrá explicar su gran misericordia para con nosotros y la inefable protección que nos dispensa? Nadie podría hacerlo, ni aunque hablara las lenguas de los ángeles y de los hombres [2] y poseyera toda la inteligencia humana. Por más que el espíritu esté pronto [3], la lengua es inhábil para expresarse y la mente se halla oscurecida y carece de la suficiente capacidad de comprensión. En efecto, el gran misterio de la obra salvadora de Dios no puede ser alcanzado por la razón, sino únicamente mediante la fe y para ello se requiere la pureza del alma, que no existe sino con el temor y el amor de Dios. En verdad la purificación del espíritu solamente se obtiene mediante el

1. Sal 106 (105), 2.
2. Cf. 1 Co 13, 1.
3. Cf. Mt 26, 41.

temor y el amor de Dios, y no es posible recibir la iluminación divina sin la previa purificación de la vista del alma.

Dios es inaccesible para los impuros; sólo los limpios de corazón verán a Dios [4], como lo dice Cristo, que es la verdad por esencia. Por eso cuando Dios antiguamente se apareció a Moisés en la visión de la zarza, lo primero que le ordenó fue quitarse las sandalias y, después de haberlo hecho, acercarse a contemplar aquel signo [5]. El descalzarse significa eliminar los pensamientos mortales y terrenos [6]. Por otra parte, mientras el monte Sinaí humeaba y cuando tenía lugar la entrega de las leyes divinas, no todos pudieron acercarse, pues la subida estaba reservada a quienes se sometieran a la purificación. Ahora bien, si incluso tratándose de unos símbolos, se preceptuaba la purificación de toda mancha, ¡cuánto más incontaminados y parecidos a Dios habrán de ser aquellos que quieran acercarse a las realidades que anteriormente fueron expresadas en figuras.

Purifiquémonos, pues, hermanos, de todo sentimiento terrenal, de todo desorden y de la vida agitada, a fin de poder acoger con todo su fulgor los resplandores de la palabra divina y alimentar nuestras almas con aquel pan espiritual que sustenta a los ángeles. Así, una vez que hayamos penetrado en los sagrados recintos, podremos comprender debidamente los divinos padecimientos de Aquel que es impasible, los cuales han proporcionado a todo el mundo la salvación.

4. Cf. Mt 5, 8.

5. Cf. Ex 3, 5.

6. Véase GREGORIO NACIANCENO, *Sermón II de Pascua*, PG 36, 694.

Se manifiesta el amor de Dios

2. Ahora se revela el misterio escondido desde siglos [7]; ahora obtiene su cumplimiento el plan divino de la salvación y llega a su plenitud la obra de la encarnación del Verbo de Dios; ahora se pone de manifiesto el abismo del amor divino. El Verbo de Dios de tal manera ha amado al mundo, que, según la benévola decisión del Padre, ha condescendido en encarnarse [8] y, siendo inmaterial, se ha revestido con la pesadez de un cuerpo material, a fin de que, habiendo experimentado los sufrimientos y la muerte en su naturaleza pasible, nos revistiera de impasibilidad a nosotros que estamos sujetos a los padecimientos. Por eso Él sufrió el hambre, la sed, el sueño, el cansancio, la tristeza, la angustia, el temor; cosas éstas que provienen del deseo natural de conservar la vida. Por eso mismo, Él aceptó la cruz, la pasión, y la muerte, del modo que corresponde a nuestra naturaleza [9]. La condición humana, en efecto, está sometida a tales afecciones, que son inevitables para nosotros que hemos sido condenados a soportarlas. El Señor no rehusó el experimentar esos sentimientos, a fin de que, al ser dominados en Él, también en nosotros queden sujetados.

Imitación de Cristo

3. Cristo está clavado en la cruz: unámonos a Él y

7. Cf. Ef 1, 26.
8. Cf. Jn 3, 16.
9. Véase lo que el autor escribe a ese respecto en su obra *De la fe ortodoxa* III, 20, PG 94, 1081-1084.

participemos de sus sufrimientos, a fin de que tengamos también parte en su gloria [10].

Cristo está entre los muertos: muramos al pecado, para vivir en la justicia.

Cristo está envuelto con vendas y sábanas incontaminadas [11]: liberémonos de todos los lazos de pecados y revistámonos del divino resplandor.

Cristo está en un sepulcro nuevo [12]: limpiémonos de la levadura vieja y transformémonos en masa nueva [13], a fin de llegar a ser albergue de Cristo.

Cristo está en los infiernos [14]: bajemos hacia la humildad que enaltece, a fin de que también resucitemos con Él y seamos ensalzados y glorificados juntos con Él y contemplemos a Dios para siempre y seamos contemplados por Él.

Sed liberados los que, desde siglos, estáis en el Ades; salid afuera, vosotros los que estáis encadenados; dejaos ver los que estáis en tinieblas [15]; obtened la libertad los que estáis cautivos [16]; recobrad la vista, vosotros los ciegos. Levántate tú que duermes, oh Adán, y resucita de entre los muertos, pues aparece Cristo, que es la resurrección [17].

Si os parece bien, iniciemos el discurso desde el principio, pues así resultará más claro y más persuasivo y será una senda más llana y más expedita. Vosotros,

10. Cf. 1 Co 2, 7; 2 P 1, 3-4.
11. Cf. Mt 27, 59; Mc 15, 46; Lc 23, 53; Jn 20, 40.
12. Cf. Mt 27, 60; Mc 15, 46; Lc 23, 43; Jn 20, 41.
13. Cf. 1 Co 5, 7.
14. Cf. 1 P 3, 19; 4, 6 y el Símbolo Niceno-constantinopolitano.
15. Cf. Is 49, 9.
16. Cf. Is 61, 1.
17. Cf. Ef 5, 14.

implorad para mí la divina luz del Espíritu Santo, sin la cual los sabios son unos necios, mientras que gracias a ella los iletrados vienen a ser mucho más doctos que los sabios [18].

El inefable misterio de Dios

4. El creador de todas las cosas es Dios, el cual no tiene su origen en ningún otro ser y por eso Él es increado. El Verbo de Dios es consustancial, coeterno y engendrado por el Padre, sin alteración alguna y sin relación al tiempo. Jamás se ha separado del Padre; es perfecto Dios y en todo igual al que lo ha engendrado, exceptuando que el Padre es ingénito; es igual al Padre en la esencia y en el poder, así como en la voluntad, en la fuerza, en la realeza y en el señorío. Aunque procede del Padre por generación, no ha comenzado a existir en el tiempo, pues no existía el Padre sin que existiera el Hijo. El Padre es Padre del Hijo y no existe el Padre sin que exista el Hijo. Este tiene la misma existencia que el Padre y por Él es engendrado, aunque sin división, y permaneciendo constantemente unidos el Padre y el Hijo. Este es la Sabiduría del que lo ha engendrado y su Potencia sustancial. Es Dios por naturaleza, de la misma sustancia del Padre, y no puede ser conocido sino mediante la acción del Espíritu Santo [19].

También el Espíritu Santo procede del Padre; tiene idéntico poder, la misma perfección, el mismo modo de obrar, la misma fuerza; es coeterno y consustancial; su

18. Cf. 1 Co 1, 17ss.
19. Cf. *De la fe ortodoxa* I, 10, PG 94, 837-842.

procedencia, sin embargo, no es por filiación; es otra su manera de existir: divina e incomprensible. Es en todo igual al Padre y al Hijo; es bueno, soberano, Señor, creador, Dios por naturaleza y de la misma sustancia del Padre y del Hijo, y junto con ellos reina y es glorificado y adorado por toda creatura.

Este es nuestro Dios, al que servimos: el Padre ingénito que engendra al Hijo y que no procede de ningún otro; el Hijo que es engendrado por el Padre, pues de Él procede por generación; el Espíritu Santo de Dios Padre, puesto que procede de Él, y que también es designado como Espíritu del Hijo, ya que por Él es manifestado y enviado al mundo [20], pero que no ha recibido de Él la existencia. Dios es único, pues existe una sola divinidad, una sola potencia, una sola esencia, una sola voluntad, una sola operación indistinta en cada una de las distintas personas, que vienen a ser tres modos peculiares de existencia. En efecto, sólo el Padre es ingénito; sólo el Hijo es engendrado por el Padre desde siempre y eternamente; sólo al Espíritu Santo corresponde su procedencia desde antes del tiempo y para siempre [21]. La Trinidad es única, simple, sin composición alguna, infinita en su esencia, luz inaccesible, potencia ilimitada, mar inmenso de bondad, un solo Dios que es glorificado en tres personas perfectas e inseparablemente unidas [22].

La magnificencia del Creador

5. Dios creó de la nada a los ángeles, el cielo, la

20. Cf. Jn 20, 22.
21. Cf. *De la fe ortodoxa* I, 10, PG 94, 837-842.
22. *Ibid.* 11, PG 94, 841-844.

tierra y todo cuanto hay en ellos: el fuego que se eleva hacia lo alto, el abismo de las aguas, el aire que alimenta la respiración y es limpidísimo vehículo de la luz [23], el segundo firmamento que se sostiene entre las aguas que están en el aire y las del abismo, y al cual llamó también cielo [24]; el luciente sol que da origen al curso alternativo del día y de la noche y que con sus resplandores inextinguibles ilumina todas las cosas; la luna que con su luz alegra la noche y establece una alternancia con el ardoroso brillo del sol; también las estrellas que adornan el firmamento, las flores de toda especie y de variadísima utilidad, las plantas que producen semilla, los árboles frutales y todo cuanto constituye un magnífico adorno de la tierra; los animales de toda clase que se mueven en las aguas, los cetáceos grandes y monstruosos, todo género de reptiles, las aves aladas que tienen su origen en las aguas, se elevan por los aires y viven sobre la tierra [25]; también los animales terrestres: las bestias salvajes, los rebaños de ovejas y animales domésticos. Todo ello es testimonio de la magnificencia del Señor y tiene como destinatario al hombre modelado a imagen de Dios [26].

El hombre rey de la creación

6. El hombre fue el último en ser creado, como un rey y como el más ilustre de todos los vivientes. Dios le honró formándole con sus propias manos y a imagen suya. Lo hizo de tierra en cuanto al cuerpo, pero

23. *Ibid.* PG 94, 793-798 y 801-804.
24. Cf. Gn 1, 7-8
25. Cf. *De la fe ortodoxa* II, 9-10, PG 94, 901-910.
26. Cf. Gn 1, 27.

creó el alma con su soplo divino y vivificante, o sea, el Espíritu Santo que da la vida, crea, perfecciona y santifica todas las cosas. No infundió en el cuerpo un alma preexistente –cese la palabrería origenista, absurda y malsonante–, sino que la hizo de la nada y la unió al cuerpo modelado.

El árbol de la vida

7. A éste, sí, a este hombre creado a imagen suya, inteligente y racional, dotado de espíritu de vida, Dios le hizo partícipe de su gracia y le entregó la custodia del jardín del Edén que había plantado al oriente [27] –los hijos de los hebreos a la felicidad la llaman Edén–, le concedió igualmente el llevar una vida feliz y plenamente dichosa, alejada y libre de toda preocupación, exenta de todo dolor, tristeza y lamento [28]. Como una especie de ángel que habitase en la tierra, entonaba himnos a Dios que le había creado, inundado de pensamientos divinos, mediante todas las cosas creadas se elevaba hacia el Creador. Efectivamente, también para esto había sido creado el hombre. Creo que no se equivocaría el que, apoyándose en el sentido anagógico, identificase el árbol de la vida [29] con esa plenitud total que conduce hacia una inquebrantable adhesión al bien [30].

27. Cf. Gn 2, 8.

28. Cf. *De la fe ortodoxa* II, 11, PG 94, 909-918; GREGORIO DE NISA, *De opificio hominis* 19, PG 44, 195-198; GREGORIO NACIANCENO, *Oratio II in Pascha*, PG 36, 632.

29. Cf. Gn 3, 22.

30. El sentido anagógico o místico de la Sagrada Escritura con-

La serpiente antigua

8. Pero el inventor del mal, el padre de la mentira, el autor de la envidia, la serpiente diabólica, no soportó el ver al hombre regalado con tanta abundancia de bienes. Por eso lo hizo el blanco de sus ataques, a fin de privarle de aquello que dichosamente poseía. Simulando benevolencia le hizo objeto de traición y engaño, precipitándolo en la peor y más miserable de todas las desgracias. Mirad de qué cebo se sirvió para ello.

El árbol de la ciencia.

9. ¿Qué es lo más excelso que existe? ¿Qué es lo único y verdaderamente excelso? Sin duda que es Dios, el cual está por encima de todo cuanto existe. ¿Qué puede haber, pues, más deseable que el ser designado como Dios? Nada, ciertamente. Engañado el hombre con esta persuasión, el diablo le indujo a que gustara el fruto del árbol de la ciencia. Primero fascinó la simplicidad de la mujer, pues sucede muchas veces que el mal se oculta bajo la apariencia de bien y encubre sus vicios con el espejismo de la virtud. Aquel que todo lo sabe prohibió, en cambio, a Adán, para el bien de éste, que comiese de aquel árbol, tal como el apetito se lo sugería.

El Señor, en efecto, dijo: *Podéis comer de todos los árboles, pero no comáis del árbol de la ciencia del bien y del mal y ni siquiera lo toquéis, pues el día que co-*

duce y eleva los conceptos hacia las realidades superiores de la revelación y de la vida eterna.

máis de él, moriréis [31]. Si te parece bien, puedes pensar que el árbol fue plantado como prueba y experimento de la obediencia o desobediencia y que por eso se llamaba el árbol del conocimiento del bien y del mal, o también puedes suponer que a quienes comían de él les otorgaba la facultad de conocer su propia naturaleza. Estas opiniones no te apartarán del buen camino [32].

La desobediencia atrajo la muerte

10. Era, sin embargo, perjudicial el comer de este árbol antes de haber alcanzado la perfección. En efecto, Adán después de haber gustado el fruto, se dio cuenta de que estaba desnudo y, procurándose una vestidura, fue a esconderse [33] y, preocupándose por el cuidado de su propio cuerpo, se apartó de la divina contemplación [34]. En consecuencia se despoja de la divina gracia y se reviste de la corrupción; se vuelve hacia lo terreno y, expulsado del paraíso divino, es condenado al sudor, a los padecimientos y a la muerte. No es que el árbol produjera la muerte, pues Dios no creó la muerte [35], sino que fue la desobediencia la que atrajo la muerte. Desde entonces el pecado me corroe y me esclaviza a mí que soy tres veces miserable; produce en mí toda clase de males; saborea así un manjar agradable y se lo ofrece a la muerte.

31. Gn 2, 16; 3, 3.
32. Juan Damasceno presenta aquí diversas suposiciones, sin inclinarse por ninguna de ellas en particular.
33. Cf. Gn 3, 7-8.
34. Cf. GREGORIO NACIANCENO, o. c., PG 36, 632-633.
35. Cf. Sb 1, 13.

La inmensa bondad de Dios

11. ¿Cómo es posible? Aquel que por naturaleza es compasivo, que nos dio la existencia y nos concedió una vida feliz, ¿acaso desdeñó su propia imagen, nobilísima y amadísima, después de que ésta se quedara sujeta a una terrible tiranía? [36]. No, por cierto. Antes bien, según dice el Apóstol: *Muchas veces y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por medio de profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo* [37], unigénito y consustancial, al que envió al mundo, a fin de conducir de nuevo al hombre extraviado hacia la felicidad antigua.

¡Oh inmensa bondad! ¿Qué es lo que ocurrió? Lo que no podía unirse quedó unido, lo que trasciende la naturaleza se sometió a ella. Lo que *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni a la mente del hombre se le ocurrió* [38], ahora se ve, se escucha, se dice y se cree.

¿Qué significa esto? El Hijo de Dios y verdadero Dios se hace Hijo del hombre, mediador entre Dios y los hombres, sin dejar de ser Dios, puesto que es inmutable; y no se hace hombre sólo en apariencia, ya que Él es veraz y todo engaño o fraude son ajenos a la divina voluntad. Se hizo, pues, verdaderamente hombre por naturaleza, aunque sin experimentar cambio ni confusión. Esto se realizó con el fin de otorgar en verdad la salvación a la naturaleza humana.

El hombre entero recibe la salvación

12. Por eso Cristo es perfecto Dios, ya que *en Él*

36. Cf. *De la fe ortodoxa* III, 1 PG 94, 981-984.
37. Hb. 1, 1.
38. 1 Co 2, 9; cf. Is 64, 3.

habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente[39], y es perfecto hombre, con el fin de salvar al hombre entero; en efecto, aquello que no haya sido verdaderamente asumido, no ha sido sanado [40]. Él es único e idéntico en dos naturalezas perfectas, sin experimentar división alguna. Según la persona viene a constituir una unidad con su propia carne, mientras que según la naturaleza, en cuanto Dios es consustancial con el Padre y con el Espíritu Santo. Como hombre, se ha hecho de nuestra misma raza y familia, asumiendo enteramente la naturaleza del primer Adán, es decir, todo aquello que es propio del hombre: un cuerpo mortal, un alma intelectiva, inmortal, racional, dotada de libre albedrío y de fuerza operativa, pues, faltando una cualquiera de estas facultades, ya no existiría el hombre [41]. Asumiendo, por obra de la Virgen santa, un cuerpo animado y un alma racional e inteligente, persistió la unidad personal y fue procreado como Dios hecho hombre el Hijo único, Cristo el Señor, y aquella que le concibió quedó constituida Madre de Dios.

El Hijo consustancial con el Padre

13. Si no hubiese unidad en cuanto a la persona, ¿cómo se habría hecho carne el Verbo? [42]. Pero, según atestigua el Espíritu Santo, el Verbo no se convirtió en carne, sino que se unió hipostáticamente a la carne. ¿De qué modo *el Hijo unigénito, que está en el seno del*

39. Col 2, 9.
40. *De la fe ortodoxa* III, 18, PG 94, 1071-1078; GREGORIO NACIANCENO, *Epist. a Cledon.*, PG 37, 175-194.
41. *De la fe ortodoxa* III, 2, PG 94, 983-988.
42. Cf. Jn 1, 14.

Padre, lo ha revelado [43]? El que se ha manifestado como hombre es quien lo ha dado a conocer. Si éste no fuese al mismo tiempo Dios, ¿cómo se podría creer que esté en el seno del Padre?

¿Cómo, además, se podría entender el texto evangélico que dice: *Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, el que está en el cielo* [44]? Aún no había subido corporalmente al cielo, ya que después de la resurrección dijo: *Todavía no he subido al Padre* [45]. ¿Cómo se deben interpretar las palabras: *El que bajó es el mismo que también subió* [46]? El que descendió en cuanto a la divinidad, no lo hizo cambiando de lugar, sino en el sentido de una condescendencia; subió, en cambio, corporalmente Aquel que es uno, siendo a la vez Dios y hombre. El que se proclama hombre y se manifiesta como tal, ¿cómo puede decir: *Yo y el Padre somos una sola cosa* [47]? Ciertamente ningún hombre podría sensatamente decir frases como éstas, a no ser que fuese al mismo tiempo Dios y consustancial con el Padre [48].

Perfecto Dios y perfecto hombre

14. Si no se hubiese manifestado en dos naturalezas, ¿cómo podría ser a la vez mortal e inmortal, creado e increado, visible e invisible, perfecto Dios y perfecto hombre? Estas características no podrían atribuirse a

43. Jn 1, 18.
44. Jn 3, 13.
45. Jn 20, 17.
46. Ef 4, 10.
47. Jn 10, 30.
48. *De la fe ortodoxa* IV, 19, PG 94, 1191-1194.

una sola naturaleza. No tienen, en efecto, idéntica naturaleza lo creado y lo increado, lo mortal y lo inmortal, lo visible y lo invisible, la divinidad y la humanidad.

Quien ve al Hijo, ve también al Padre

15. ¿Cómo podría Cristo tener una sola naturaleza compuesta, si vemos que al Padre y al Espíritu Santo se les reconoce una naturaleza simple? ¿Cómo tendrá la misma esencia del Padre y será consustancial con nosotros? Esto es en realidad una idea más absurda que cualquier otra imaginación extravagante. Sin embargo, ¿cómo es que Él mismo ha dicho: *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre* [49]?, y también: *¿Por qué pretendéis matarme a mí, que soy un hombre que os he dicho la verdad?* [50]. Quien le ha visto como hombre solamente, no ha visto a Dios, ni al Padre [51].

Verdaderamente hombre

16. Si afirmamos que la actividad operativa de Cristo es única, ¿a quién atribuiremos el movimiento local

49. Jn 14, 9.
50. Jn 8, 40.
51. En estos párrafos (14-18) quedan plenamente descalificadas las herejías cristológicas, tanto el monofisismo que pretende que en Cristo la naturaleza humana haya sido absorbida en la divinidad, dejando así de existir, como el nestorianismo que considera a Cristo como a una persona humana, en la que el Verbo habría establecido su morada como en un templo o mansión, sin asumir la verdadera naturaleza del hombre.

del cuerpo, el partir el pan, el proferir palabras y las demás cosas que no corresponden a la naturaleza divina, sino a la actividad humana? Todo esto no se realizaba de un modo aparente, sino que se efectuaba en la realidad de la naturaleza.

La voluntad humana de Cristo

17. Si suponemos que Cristo, en cuanto hombre, carecía de una voluntad natural y libre [52], ¿cómo podremos explicar que experimentase la necesidad de comer y de otras cosas naturales, como son: el beber, el dormir, etc.? Estas necesidades que provienen de las leyes de la naturaleza, obligan a los animales irracionales a satisfacerlas de acuerdo con sus facultades y por eso el apetito lleva consigo el instinto, que es lo que proporciona el impulso para obrar. Así pues, los irracionales se ven impulsados por la naturaleza y en consecuencia están libres de responsabilidad y no son merecedores de ningún castigo. En cambio, los seres dotados de razón se rigen por el libre albedrío y tienen dominio sobre su naturaleza, pudiendo libremente secundar sus apetitos o refrenarlos. La voluntad, en efecto, es algo propio de la naturaleza racional y ejerce su dominio sobre los deseos. Así sucede en aquellos que se cuidan de vivir de acuerdo con su naturaleza, pues quienes no se preocupan de seguir las leyes naturales, en vez de dominar la naturaleza quedan bajo la sujeción de ella y son víctimas de las costumbres viciosas.

52. Aquí se hace alusión a la herejía del monotelismo que negaba la existencia de la voluntad humana en Cristo. Era una especie de monofisismo mitigado.

El Hijo del hombre

18. ¿A qué voluntad nos referimos, al decir que el Señor entró en una casa y, a pesar de que deseaba que nadie lo supiese, no consiguió permanecer oculto? [53]. Para todos resulta evidente que la voluntad divina es omnipotente, mientras que la humana es débil y está sujeta a limitaciones. ¿Cuál es el significado de que Cristo, posponiendo su propia voluntad, suplicaba que se cumpliese la voluntad del Padre? [54]. ¿A cuál de las naturalezas corresponde el suplicar? A la naturaleza creada, evidentemente. A ésa pertenece, pues, la voluntad que es relegada. Por tanto, Cristo es uno solo, Hijo y Señor, con dos naturalezas perfectas y con todo aquello que es propio de cada una de ellas. Sin división ni confusión alguna realiza aquello que es peculiar de cada una de las naturalezas, las cuales se unen entre sí, tal como les corresponde por su esencia, pero sin confundirse. Cristo es uno de la Santa Trinidad, el Hijo de Dios que por nosotros se ha hecho el Hijo del hombre.

Por un hombre vino la resurrección

19. Ya que por un hombre vino la muerte, convenía que también por un hombre fuese concedida la resurrección [55]. Así como un alma racional, por su libre voluntad había introducido la desobediencia, convenía que un alma dotada de entendimiento, por su volun-

53. Cf. Mt 7, 24.
54. Cf. Mt 26, 39 y lugares paralelos.
55. Cf. 1 Co 15, 21; Rm 5, 12ss.

tad natural y libre instaurara la obediencia al Creador, y la salvación retornara al mundo de donde la muerte había desterrado la vida. De este modo la muerte ya no podría pensar que tendría al hombre bajo su dominio [56].

La muerte ha sido vencida

20. ¿Qué ocurrió después? El que había seducido al hombre con la ilusión de llegar a ser Dios, quedó engañado al toparse con la carne (de Cristo); y la muerte, al gustar un cuerpo sin pecado, sintió náuseas y, vencida, vomitó todo el alimento que tenía en sus entrañas [57]. El Verbo divino, nuestro Creador, tomando sobre sí para nuestro bien todo cuanto nos pertenece, experimentó nuestros sufrimientos, *siendo semejante a nosotros en todo, menos en el pecado* [58], y cumplió la ley, a pesar de ser el único entre los hombres que se manifestó sin pecado, y por eso se sometió a la muerte. Habiendo demostrado a todos con sus milagros el poder de su naturaleza divina, al final, en beneficio nuestro, se encaminó voluntariamente hacia la pasión que había de salvar a todo el orbe, y *haciéndose por nosotros maldición* [59], no porque Él sea maldición, puesto que es bendición y santificación, sino porque tomó sobre sí nuestra maldición. Por nosotros, pues, fue crucificado, muerto y sepultado.

56. Cf. *De la fe ortodoxa* III, 27, PG 94, 1095-1098.
57. Cf. *Ibid.* 1 y 27, PG 94, 981-984 y 1095-1098.
58. Hb 4, 15.
59. Ga 3, 13.

Maldito quien pende del madero, dice la Escritura. *Eres tierra y a la tierra volverás* [60], dijo Dios a Adán. Por nuestro bien Cristo se hizo maldición, a fin de que nosotros recibiéramos la bendición. El evangelio, en efecto, dice: *A todos los que le acogieron se les ha dado el poder de llegar a ser hijos de Dios; a aquellos que creen en Él* [61].

Bautismo de regeneración

21. ¡Oh qué maravilla! El *pastor de Israel* [62] que, como Dios, es anterior al tiempo, es condenado a muerte, como hombre, por obra de los israelitas. *El que conduce a Israel como a un rebaño* [63], es llevado al sacrificio como cordero inocente [64]. El árbol de la vida queda contrapuesto al árbol de la ciencia [65], y el gustar el vinagre mezclado con hiel elimina la enfermedad que un alimento dulce había causado en la naturaleza [66]. *Aquel que*, como Dios, *se sienta sobre querubines* [67], es suspendido de la cruz como un condenado. Él es la vida de los hombres, pero los deicidas, viéndole colgado del

60. Gn 3, 19.
61. Jn 1, 12.
62. Sal 80 (79), 2.
63. *Ibid.*
64. Cf. Is 53, 7.
65. El árbol de la vida (Gn 2, 6) aquí es interpretado tipológicamente como la cruz de Cristo. Toda esta temática deriva de Pablo que presenta a Cristo como el nuevo Adán (cf. Rm 5, 12ss), consideraciones que se hallan muy presentes en toda la patrística.
66. Contraposición alegórica de uno de los tormentos sufridos por Cristo (Mt 27, 48 y lugares paralelos), con el relato de la tentación y del pecado de Adán y Eva en el paraíso terrenal.
67. Sal 80 (79), 2.

madero, no creyeron, cerraron sus ojos y fueron duros de oído [68].

El que con sus divinas manos había plasmado al hombre, todo el día tendió sus manos incontaminadas hacia un pueblo que no creía y que se rebelaba [69] y entregó su espíritu en las manos del Padre [70]. Con una lanza es herido el costado [71] de Aquel que formó a Eva sacándola del costado de Adán [72]; de la herida brotan sangre divina y agua, que son bebida de inmortalidad y bautismo de regeneración. Por esto el sol sintió vergüenza y no soportó el ver ultrajado al espiritual Sol de justicia. La tierra temblaba al ser rociada con la sangre del Señor y se sacudía la afrentosa suciedad de los ídolos impuros, saltando de inmenso gozo al sentirse purificada [73]. Los muertos se alzaron de los sepulcros, manifestando anticipadamente la resurrección de Aquel que había muerto por nosotros [74]. El sol se oscureció y de nuevo se encendió, lo cual está relacionado con el número de los tres días del Señor (en el sepulcro) [75]. El velo del templo se rasgó, mostrando así claramente que el santuario se hacía accesible y que las cosas ocultas se ponían al descubierto [76].

Un ladrón está a punto de penetrar en el paraíso y el hombre que es entregado a la muerte, como si fuera

68. Cf. Is 6, 10.
69. Cf. Is 65, 2.
70. Cf. Lc 23, 46.
71. Cf. Jn 19, 34.
72. Cf. Gn 2, 22.
73. Cf. Mt 27, 51.
74. Cf. Mt 27, 52-53.
75. Cf. Mt 27, 45. Referente al simbolismo del oscurecimiento del sol, véase más adelante, párrafo 26.
76. Cf. Mt 27, 51.

un malhechor, será confesado y adorado como Dios por toda la creación, como lo era realmente; el cuerpo terreno y hecho de polvo será elevado a lo más alto de los cielos y se sentará junto a Dios: así será revelado el conocimiento de la santa, bienaventurada y laudabilísima Trinidad.

Enfrentamiento con el Leviatán

22. Aquel que con su aliento había infundido el espíritu de vida en Adán [77], constituyéndolo en alma viviente, después de morir es depositado sin vida en el sepulcro. El que había condenado al hombre a retornar a la tierra [78], ha sido contado entre aquellos que bajo tierra yacen en el olvido. Son quebrantadas las puertas de bronce y rotos los cerrojos de hierro [79]; se alzan las puertas eternas [80], se estremecen los guardianes del infierno y quedan al descubierto los cimientos del orbe [81]. Aquel que está libre de pecado es enumerado entre los muertos, y es envuelto en fajas el que desató las vendas de Lázaro [82]. Así el hombre muerto por el pecado y aprisionado por sus lazos, es desatado y liberado.

Ahora el rey de la gloria, el poderoso en las batallas [83], se ha enfrentado con el tirano, viniendo a nosotros

77. Cf. Gn 2, 7.
78. Cf. Gn 3, 19.
79. Cf. Sal 107 (106), 16.
80. Cf. Sal 24 (23), 7-9.
81. Cf. Sal 18 (17), 16.
82. Cf. Jn 11, 1ss.
83. Cf. Sal 24 (23), 7-8.

desde lo alto de los cielos y corriendo como gigante por el camino de la vida. Asumió, en efecto, la debilidad humana y ató al fuerte, como a un pájaro, subyugando su escolta con el poder inmenso de su divinidad, arrebatándole sus armas [84] y llevándose consigo hacia lo alto venturosamente todo lo que aquél tristemente había precipitado en el abismo.

Ahora el Verbo desciende a enfrentarse con el dragón, o sea, el Leviatán [85] y apóstata –en efecto, leviatán significa dragón–, aquel arrogante espíritu de los asirios, es decir, de las potencias enemigas, el cual se oculta en las entrañas de la tierra. Lo apresa el Señor con el anzuelo de su divinidad, escondido en su cuerpo como en un gusano, y le obliga a vomitar todos aquellos a quienes había devorado con la mísera intención de fortalecer su poderío, y así le despoja de sus riquezas de las que alardeaba [86].

El niño que ha nacido y que nos ha sido dado [87], después de bajar a la fosa de las serpientes, captura, estrangula y arruina a aquel orgulloso y altanero. Entonces el infierno se transforma en un cielo y las cavernas subterráneas se llenan de luz; las anteriores tinieblas son eliminadas y se devuelve la vista a los ciegos [88]. A quienes yacían en la oscuridad y en las sombras de la muerte se les apareció el sol que nace de lo alto [89], tal como claramente lo prefiguraron y anunciaron los profetas, los patriarcas y los justos.

84. Cf. Mt 12, 29.
85. Cf. Is 27, 1.
86. Cf. Job 20, 20.
87. Cf. Is 9, 5.
88. Cf. Is 9, 1; Lc 4, 18.
89. Cf. Lc 1, 78-79.

Se humilló para exaltarnos

23. El justo es encadenado porque resulta molesto. Los que esquilman el pueblo del Señor y perturban los senderos de sus pies, celebran consejo en contra de sí mismos. ¡Ay de sus almas! Recibieron males a consecuencia de sus obras, dice Isaías [90]. Lo que ya se ha realizado ha sido para nuestro alivio y curación. *Ofrezco mi espalda a los azotes y mis mejillas a las bofetadas y soporto el ultraje de los salivazos*, dijo el que habló por medio de Isaías [91]. Por eso aquel a quien he modelado con mis manos [92] no quedará avergonzado ni ultrajado. No he considerado una usurpación el ser igual a Dios, pues siendo Dios y consustancial con el Padre, me he anonadado y me he humillado hasta la muerte en favor de los impíos, según el beneplácito del Padre [93]. Yo quiero, en efecto, lo que quiere el Padre, ya que comparto su querer y estoy unido a Él por la divinidad. Soy exaltado, siendo el Altísimo. En mí es glorificada la humanidad –en esto manifiesto el amor del Padre–, a fin de que las ovejas que me han sido confiadas, justificadas con mi sangre y reconciliadas con el Padre por medio de mi muerte, vivan de mi vida y reposen bajo mis alas.

Nos ha revestido de inmortalidad

24. Nosotros que no hemos presenciado tales cosas escuchemos y demos fe a las palabras de los que anun-

90. Cf. Is 3, 10-11.
91. Is 50, 6, según la versión de los *Setenta*.
92. Cf. Gn 2, 7.
93. Cf. Flp 2, 6-8.

cian la buena nueva de la paz [94]. A nosotros se ha revelado el brazo del Señor, su fuerza todopoderosa [95]. Si comprendemos, seremos glorificados y lo seremos en gran manera, contemplando como en un espejo la gloria del Señor en su abajamiento y humillación, y veremos aquella belleza que supera todo conocimiento [96]. En efecto, aunque Cristo haya padecido por razón de su debilidad, vive por la fuerza y el poder de Dios [97]; aunque se le haya visto colgado del madero, muriendo desfigurado y ofendido a la vista de todos los hijos de los hombres, Él es, sin embargo, el resplandor de la gloria del Padre [98]. La tierra, al ver esto, siente vergüenza y muestra su aflicción.

El ha llevado a lo alto del leño nuestros pecados, ha sufrido nuestras heridas y ha padecido por nosotros soportando golpes, fatigas y privaciones, a fin de que obtengamos la reconciliación y la paz. En efecto, cuando nosotros, como ovejas, andábamos errantes alejándonos del camino del Señor y siguiendo nuestras propias sendas, Él, por sus entrañas de misericordia, fue entregado por nuestros pecados, sin resistirse ni gritar, dejándonos un ejemplo, y como oveja muda fue conducido a la muerte por nosotros [99].

Moisés dijo: «Contemplaréis vuestra vida pendiente ante vuestros ojos y no creeréis en vuestra vida» [100]. David, el padre divino, o mejor dicho Aquel que es el Señor de David, hablando por boca de éste, proclamó

94. Cf. Is 52, 7.
95. Cf. Is 53, 1.
96. Cf. 1 Co 13, 12.
97. Cf. 2 Co 13, 4.
98. Cf. Hb 1, 3.
99. Cf. Is 53, 7.
100. Cf. Dt 28, 66.

de antemano su propia pasión y su sepultura, fuente de vida, y dijo: *Se repartirán mis vestiduras y echarán a suertes mi túnica* [101].

El que había revestido con túnicas de pieles a nuestros primeros padres se deja desnudar para ser crucificado, a fin de que nosotros, despojados de la condición mortal, seamos revestidos con la belleza de la inmortalidad. Deja su túnica a los soldados para que se la sorteen, pues, al resucitar de entre los muertos, a aquellos discípulos que había escogido los enviaría a los pueblos gentiles y entonces, por el bautismo, Él mismo vendría a ser vestidura para los creyentes y por eso el apóstol Pablo dice: *Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo* [102].

Cristo contemplado desde antiguo

25. Noé, encerrado en el arca y que con un leño salva la simiente de un nuevo mundo y queda constituido en nuevo principio del género humano, es una clara imagen de Cristo, que se deja sepultar, que lava los pecados con la sangre que, junto con el agua, brota de su costado, y que con el leño de la cruz salva a toda nuestra estirpe y da origen a una nueva vida y a un nuevo pueblo.

El gran patriarca Abraham que conduce al sacrificio a Isaac [103], el hijo de la promesa y en el que se cumplían las promesas [104], es anuncio anticipado y ma-

101. Sal 22 (21), 19.
102. Ga 3, 27.
103. Cf. Gn 22, 1ss.
104. Cf. Gn 18, 20; 21, 1-7.

nifiesto de la inmolación del Señor. Isaac, por voluntad de Dios, es devuelto con vida a su padre, pero un cordero enredado por los cuernos en un árbol de sabec[105] se convierte en la víctima del sacrificio. Así este doble símbolo del cordero y de Isaac vienen a ser una auténtica imagen del misterio de Cristo nuestro Dios, en el cual existe una duplicidad y unión de elementos, por ser Dios y al mismo tiempo hombre. En cuanto Hijo de Dios y Dios por esencia, continuó siendo impasible, pero en cuanto que se hizo hombre de un modo que supera al hombre, en favor del mundo se ofreció a sí mismo al Padre como víctima inocente, sobre el árbol de sabec, o sea, en el leño de la remisión. Sabec, en efecto, significa remisión [106].

¿Qué significan las tres medidas de flor de harina que se cuecen entre las cenizas? [107]. ¿Acaso no se refieren claramente a los tres días en los que el Pan de vida estuvo en el sepulcro?

¿Qué sentido tiene la cisterna de José y el posterior encarcelamiento del mismo personaje? [108]. Por ventura no aluden de modo evidente al sepulcro y a la guardia que junto a la tumba se puso? En un salmo, en efecto, se dice: *Me han puesto en la fosa profunda, en tinieblas y sombras de muerte* [109].

105. No sabemos a qué árbol o planta corresponde este nombre, que, por otra parte, no es el que aparece en los textos bíblicos conservados.

106. Según esta alegoría, que de algún modo aparece también en Orígenes y otros escritores antiguos, Isaac es figura de la divinidad de Cristo y el cordero lo es de su humanidad.

107. Cf. Gn 18, 6.

108. Cf. Gn 37, 19ss y 39, 20ss.

109. Sal 88 (87), 7.

¿Qué diremos de Moisés, el que contempló a Dios y promulgó la ley? ¿No fue ocultado dentro de una cesta, destinado a la muerte y recogido por la reina? [110]. Así también Cristo fue encerrado en el sepulcro, muerto en cuanto al cuerpo, pero enseguida restituido a la vida por razón de su divinidad que reina sobre toda la creación.

El mismo Moisés que con la vara golpea el mar dos veces, vertical y horizontalmente [111], no nos muestra la figura de la cruz? Y cuando baja al fondo del mar y emerge al punto hacia la tierra, significando el descenso del Salvador a los infiernos y la subida que desde allí realiza en presencia de los ángeles, ¿no ocasiona la muerte del faraón que le perseguía y así salva a Israel? [112]. Lo mismo hace Cristo, que elimina la muerte y salva a todos los que creen en Él.

Cuando Moisés, extendiendo las manos, pone en fuga a Amalec y hace triunfar a Israel [113] manifiesta con antelación el misterio del Salvador.

La maravilla del maná [114] provoca en mi mente una admiración extraordinaria. Así como el maná únicamente en la víspera del Sábado no aparecía [115], así también Cristo mi Dios, que por mí se hizo hombre y que es todo dulzura y amor, al atardecer del día de la Parasceve quedó oculto en el sepulcro.

¿No fue el Señor en persona quien presentó a Jonás como figura suya? Dijo, en efecto: *Como Jonás estuvo*

110. Cf. Ex 2, 3ss.

111. Cf. Ex 14, 27, aunque no contenga exactamente lo que el santo predicador manifiesta.

112. Cf. Ex 14, 27-31.

113. Cf. Ex 17, 8ss.

114. Cf. Ex 16, 4ss.

115. Cf. Ex 16, 25-30.

tres días y tres noches en el vientre del cetáceo, así también es preciso que el Hijo del hombre permanezca tres días y tres noches en el seno de la tierra [116].

Tres días y tres noches

26. Alguien dirá: Si el Señor aceptó voluntariamente la muerte en el día sexto y resucitó en el primer día de la semana, ¿cómo se puede sostener que permaneció tres días y tres noches en el seno de la tierra? El ilustre Moisés además nos dice: *A la luz el Señor la llamó día y a las tinieblas las llamó noche* [117]. Ahora bien, cuando el Señor fue suspendido de la santa Cruz las tinieblas cubrieron toda la tierra [118], y no porque una nube se interpusiera deteniendo los rayos solares, ni porque la luna se situara como un muro o tabique impidiendo que la luz llegara hasta nosotros, tal como se produce en los eclipses solares, según afirman los expertos en esta materia. Lo que ocurrió fue que la oscuridad cubrió toda la tierra y las tinieblas fueron mucho más espesas que en la plaga de los egipcios [119]. Fue la propia fuente de la luz solar la que detuvo su actividad, pues era conveniente que toda la creación estuviera de duelo por la muerte corporal del Creador.

Por eso un profeta dice: *El sol se pondrá a medio día y la luz se oscurecerá en pleno día* [120] y otro excla-

116. Mt 12, 40.
117. Gn 1, 5.
118. Cf. Mt 27, 45; Mc 15, 33; Lc 23, 44.
119. Cf. Ex 10, 21ss.
120. Am 8, 9.

ma: *Aquel día no habrá luz. No habrá día ni noche y al atardecer resplandecerá la luz* [121]. Al producirse, efectivamente, aquellas tinieblas, el alma divina y santísima del Señor, separada del cuerpo sagrado y vivificante, se alojó en el seno de la tierra, y esto es considerado como noche.

Después de las tinieblas, por obra del Creador aparece de nuevo la luz del día y el sol recupera su propio aspecto; por eso el profeta dijo que al atardecer resplandecería la luz. A continuación sigue la noche anterior al sábado; después el sábado que antecede al primer día de la semana y finalmente el día resplandeciente y luminoso que es el día santo del Señor, en el cual la luz increada sale corporalmente del sepulcro, como esposo que se adorna con la belleza de la resurrección. Este es el fin de los sábados y es lo que el santo evangelista designa como *después del sábado* [122]; es el comienzo del primer día de la semana.

He aquí, pues, la clara enumeración de los tres días y de las tres noches. Pero, retornemos ya al asunto del que nos habíamos alejado.

En medio de las tinieblas brilló la luz

27. Al polvo de la tierra ha sido reducido Aquel que del polvo había formado al hombre, y su vida ha sido eliminada de la faz de la tierra [123]. Él ha abandonado las cosas terrenas; pero no me refiero al cuerpo,

121. Za 14, 6-7.
122. Mt 28, 1.
123. Cf. *De la fe ortodoxa* IV, 1, PG 94, 1101-1104.

sino a aquellas cosas corporales, como son, el sueño, la fatiga, el hambre, la sed, las heridas y los humores que han venido a formar parte de nuestra vida a causa de la desobediencia. Su sepultura se ha efectuado en paz, aquella paz que nos ha merecido por su cruz y su sepultura, reuniendo lo que estaba disociado y sometiendo al Creador el hombre que se había rebeldo.

En consecuencia, los malvados fueron exterminados ante su sepulcro [124]. Después de la devastación del templo y de la ciudad, los judíos fueron hechos prisioneros por sus enemigos y deportados, sin regresar nunca más a su tierra, porque habían quedado privados del divino auxilio, según lo que les dijo el Señor: *Vuestra casa quedará desierta* [125]. Los demonios, por su parte, fueron desposeídos del poder tiránico y soberbio que, llevados de su condición perversa, ejercían malvadamente sobre nosotros, dominándonos con las pasiones más vergonzosas.

El Señor recibió en herencia los despojos de los demonios, o sea, aquellos que desde antiguo habían muerto, y liberó a todos los que se hallaban bajo el yugo del pecado. Habiendo sido contado entre los malhechores, Él fue quien implantó la justicia. La semilla de los incrédulos se abolió; el luto se cambió en fiestas y el llanto en himnos de gozo. En medio de las tinieblas brilló para nosotros la luz [126]; de un sepulcro surgió la vida y del fondo de los infiernos brotaron la resurrección, la alegría, el gozo y la exultación.

124. Alude a la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70.

125. Mt 23, 38.

126. Cf. Jn 1, 5.

José de Arimatea

28. No estará fuera de lugar hacer mención de unas palabras de los evangelios y extraer la riqueza divina que contienen. Los evangelistas que movidos por el Espíritu dan a conocer cosas divinas y por medio de los cuales habla Cristo, se expresan así: *Llegado el atardecer vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, ilustre sanedrita, varón bueno y justo, que también se había hecho discípulo de Jesús y que aguardaba el reino de Dios. El no había dado su consentimiento a la actuación de los otros y se había ocultado por temor de los judíos. Cobrando valor se presentó ante Pilato y pidió el cuerpo de Jesús* [127].

¡Oh varón bienaventurado y digno de alabanza! Es cierto lo que dice el Señor: Todo árbol se reconoce por sus frutos [128]. Siendo bueno y justo no había dado su asentimiento al consejo y a la actuación de los otros. Verdaderamente fue un *bienaventurado varón*, como dice David inspirado por Dios, pues *no siguió el consejo de los impíos, no caminó por la senda de los pecadores, ni se sentó en la cátedra de los perversos* [129], uniéndose inútilmente a los pueblos malvados en contra del Señor y de su Ungido [130]. Él no dijo: *Fuera, fuera, crucifícale* [131]. No se sumó al grito de aquellos infelices que echaron sobre sí mismos y sobre su propia descendencia el castigo por aquella sangre inocente y divina; por el contrario, conformando su voluntad a la ley del Señor

127. Cf. Mt 27, 57-58; Mc 15, 42-43; Lc 23, 50-52; Jn 19, 38.
128. Cf. Mt 7, 16-17.
129. Sal 1, 1.
130. Cf. Sal 2, 1-2.
131. Jn 19, 15.

y meditándola constantemente tanto de día como de noche, irrigaba su mente con las aguas de los divinos manantiales del Espíritu. Se había hecho discípulo del Maestro bueno y seguía sus huellas con fidelidad [132]. ¡Oh venturosa decisión de este hombre rico! ¡Oh inteligente mercader que a cambio de las riquezas terrenas obtiene las celestiales y esconde dentro de sí el tesoro de la vida!

Según dice el evangelio, P*ilato se maravilló de que Cristo ya hubiese muerto* [133]. Se admiró de que la vida estuviese muerta y de que Aquel que había infundido el espíritu en el hombre, hubiese entregado el espíritu. Ha muerto en verdad, oh Pilato, pero voluntariamente, pues tiene el poder de dar su vida y también de recuperarla [134]. Ha muerto para despojar a la muerte; para dar vida al hombre que yacía fuertemente encadenado; para que, siendo el primogénito de entre los muertos [135], fuera el principio de la resurrección de los muertos, y para que la muerte fuera absorbida por la vida [136].

La Pasión del Señor es nuestra Parasceve

29. El cuerpo de Jesús es entregado a José. ¡Oh audacia incontenible y libertad de espíritu, que dimanan de la fe y del amor a Dios! Los discípulos que habían sido agraciados con dones divinos, se esconden de-

132. Se descubre una actitud contrapuesta a la del joven rico que llama «bueno» al Maestro, pero rehusa seguirle (Lc 18, 18ss. y lugares paralelos).

133. Mc 15, 44.

134. Cf. Jn 10, 17.

135. Cf. Col 1, 18.

136. Cf. 2 Co 5, 4.

salentados por el miedo, mientras que tú pides que se te entregue el cuerpo del que acaba de morir. Muy pronto has imitado a tu maestro, tu guía y tu Señor, mostrándote dispuesto a entregar tu propia vida. No soportaste el contemplar desnudo e insepulto el cuerpo de tu Señor, y con tus manos, que resultaron ser portadoras de Dios, recogiste el cuerpo santo del Señor, que estaba unido hipostáticamente a la divinidad. Tocaste el carbón divino que los serafines no pueden tocar, ni siquiera en imagen [137].

¡Oh manos bienaventuradas y brazos dichosísimos que envolvieron con una sábana incontaminada el cuerpo de mi Dios y lo ungieron con perfumes de gran valor! [138]. El evangelio dice que éste era el modo de enterrar acostumbrado entre los judíos. Después añade: *En el lugar donde fue crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que nadie había sido puesto. Allí, pues, a causa de la Parasceve de los judíos, ya que el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús* [139]. *José había excavado el sepulcro en la roca y, habiendo hecho rodar una gran piedra sobre la entrada del sepulcro, se retiró* [140].

La Parasceve de que se habla era una preparación para el descanso del Sábado. En efecto, el Sábado implicaba el cese de los trabajos, pues Dios había ordenado a los hebreos que en ese día no realizaran ninguna obra servil. Para nosotros, en cambio, la Pasión del Señor ha venido a ser la Parasceve (preparación)

137. Cf. Is 6, 6.
138. Cf. Mt 27, 50.
139. Jn 19, 40-42.
140. Mt 27, 60; Mc 15, 46.

que antecede a la eliminación del pecado y de las desgracias que de él derivan.

El único totalmente puro e incontaminado es envuelto en una sábana inviolada; Él es quien ha cubierto el cielo de nubes y se ha revestido de un manto de luz. Es depositado en un sepulcro Aquel que tiene los cielos como trono y la tierra como escabel de sus pies, Aquel que llena y abarca todo el universo. El único que, como Dios, es ilimitado y que con su mano encierra toda la creación, en cuanto al cuerpo es colocado dentro de un sepulcro. Aquel que en el cielo es adorado junto con el Padre y el Espíritu Santo, como hombre yace corporalmente en el sepulcro, mientras que su alma está en lo profundo de los infiernos y hace que el paraíso sea accesible para el ladrón [141]. Sin embargo, siempre permanece unido a la inabarcable e inmensa divinidad.

En efecto, aunque el alma santa y divina se separó del cuerpo incontaminado y vivificante, la divinidad del Verbo, sin embargo, no se apartó de ninguno de los dos elementos, o sea, ni del cuerpo ni del alma, por efecto de la indivisa unión hipostática de las dos naturalezas, que se realizó en la concepción efectuada en el seno de la santa Virgen María Madre de Dios. Así resulta que, incluso al producirse la muerte, continúa habiendo en Cristo una sola persona, que es el Verbo divino, y después de la muerte del Señor, en esta persona siguen subsistiendo el alma y el cuerpo. Por eso, *toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo y toda lengua proclame que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre* [142].

141. Cf. Lc 23, 43.
142. Flp 2, 10-11.

Un sepulcro nuevo

30. ¿Por qué razón Cristo es depositado en un sepulcro nuevo en el que todavía ningún muerto había sido enterrado? Yo creo que el motivo debió ser el de que no se pudiese sospechar que el resucitado fuese alguno de los que estuvieran allí sepultados desde antiguo, porque aquellos que miran con malos ojos su propia salvación son proclives a la malicia y muy inclinados a la incredulidad.

Así pues, a fin de que la resurrección del Señor resultara indudable y manifiesta, en su sepulcro nuevo sólo fue enterrado Él, que es la espiritual piedra de la vida, de la cual bebieron los ingratos a quienes acompañaba [143]. Es la piedra angular y no cortada por mano de hombre, y que se oculta en la roca excavada [144]. Las almas frágiles y propensas a entregarse a los placeres no están dispuestas a aceptar la Palabra de Dios; quienes la acogen son más bien las almas fuertes y firmemente inclinadas a la virtud.

El sanedrín de los prevaricadores

31. *Al día siguiente, que era el de después de la Parasceve, reunidos los sumos sacerdotes y los fariseos, se presentaron ante Pilato...* [145]. Una vez más se reúne el sanedrín de la prevaricación compuesto por aque-

143. Cf. 1 Co 10, 4.

144. Simbólicamente Cristo, nacido de madre virgen, es la piedra que se ha desprendido del monte sin intervención de ningún hombre (cf. Dn 2, 34) y que se oculta en la roca excavada, o sea, en el sepulcro.

145. Mt 27, 62.

llos que matan a los profetas y apedrean a los que les han sido enviados. Ellos son los que devastan horriblemente la viña del Señor, o sea, el pueblo de Israel, y después de lo que han hecho a los siervos, llevados por el odio dan muerte al Hijo y heredero [146], pues ignoraban que Él, como hombre, había de recibir en herencia toda la creación. Efectivamente, *si lo hubiesen sabido, no habrían crucificado al Señor de la gloria* [147].

¿Qué es lo que dicen a Pilato? *Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor, cuando aún vivía, dijo: Después de tres días resucitaré* [148]. ¡Oh iniquidad propia de idólatras! Esos embaucadores y extraviados llaman al Señor, difusor de engaños y siervo del pecado. Designan como impostor al Salvador y Señor del universo, al que es la verdad por esencia, la sabiduría y el poder del Padre [149], *la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo* [150].

¿Por qué antes, refiriéndose al Señor, ellos han dicho: *Cuando aún vivía*? ¿Acaso no vive después de la muerte el que para todos los vivientes es la fuente de la vida y de la existencia? Está ciertamente entre los muertos, pero viviente y no como quien está sometido a la muerte. ¿No habéis escuchado lo que dijo una vez el Señor por medio del profeta Jonás: *Tres días aún y Nínive será asolada* [151]? Será destruido el error cuando, al tercer día, el Señor resucite del sepulcro, y entonces serán plantadas la justicia y la verdad.

146. Cf. Mt 21, 33ss.
147. 1 Co 2, 8.
148. Mt 27, 63.
149. Cf. 1 Co 1, 24.
150. Jn 1, 9.
151. Jon 3, 4, según el texto griego de los *Setenta*.

Ellos dijeron: *Ordena, pues, que el sepulcro sea custodiado hasta el día tercero* [152]. ¿Por qué os inquietais inútilmente, oh desgraciados? ¿Por qué temeis, allí donde el temor no existe? Los sellos no podrán retener al que es ilimitado. Si los sellos de la fosa no impidieron la entrada de Habacuc para que diera de comer al profeta y siervo de Dios Daniel [153], ¿cómo podrán los sellos detener al que es Señor de todo cuanto existe? La maldad verdaderamente es una ceguera y muy fácilmente se engaña.

No suceda que, viniendo sus discípulos, le hurten y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos, y será el último engaño peor que el primero [154]. ¿Quién roba un cadáver, oh insensatos? Ocurre que hay algunos que perforan las tumbas para robar las vestiduras de los que yacen en ellas, pero ¿quién jamás ha hurtado un cadáver? Si Cristo no hubiese resucitado y hubiese mentido al anunciar que resucitaría, ¿por qué sin motivo habrían de permanecerle fieles sus discípulos? Todo muerto, en efecto, es olvidado en el corazón de los mortales, dice la Escritura [155]. ¿Y no será aún mayor el olvido tratándose de un impostor? ¿Por qué los discípulos habrían de mantenerse fieles a un embaucador muerto, si esto había de atraer sobre ellos las más diversas tribulaciones, la pena de muerte y toda clase de males? ¡El extravío que vosotros imaginais, atribuidlo en verdad a los que yerran!

152. Mt 27, 64.
153. Cf. Dn 14, 32-38.
154. Mt 27, 64.
155. Cf. Sal 31 (30), 13.

Atraerá a todos hacia sí

32. Dijo entonces Pilato: *Ahí tenéis la guardia; id y aseguradlo, tal como vosotros sabéis. Ellos fueron y aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia* [156]. Pilato se retrae del trato con los deicidas, puesto que no había encontrado en Cristo nada que mereciera condena, y les deja actuar a ellos con una total insensatez. *Aseguradlo* –dice– *tal como vosotros sabéis*. A fin de que no os falte ningún argumento en contra de la resurrección he puesto en vuestras manos el sello y la guardia. Pero, si resultan verdaderas las predicciones hechas por éste, a quien vosotros llamáis seductor, por el hecho de que realmente resucite, entonces no os pongáis a elaborar extrañas reflexiones ni falsos argumentos. La cuestión se halla sobre el filo de una navaja. *Ahora tiene lugar el juicio* [157], como dijo el mismo a quien os referís. En efecto, si Él es levantado desde la tierra con su resurrección, vosotros los príncipes seréis echados fuera, mientras que Él atraerá a todos hacia sí [158].

Tales son las palabras de Pilato, pero aquellos desgraciados y necios se lanzaron como perros sobre el sepulcro y sellaron la piedra.

Custodiado con sellos y guardianes yace muerto en el sepulcro el que ha creado el abismo y le ha puesto sus sellos, el que ha establecido los arenales como límite al mar. Se ha acostado como un león y se ha dormido como un cachorro de león [159]; es velado como

156. Mt 27, 65-66.
157. Jn 12, 31.
158. Cf. Jn 12, 32.
159. Cf. Gn 49, 9.

un rey cuando duerme [160], ¿quién lo despertará? Ahora me levantaré, dice el Señor [161], ahora seré enaltecido, ahora seré glorificado; ahora veréis, ahora comprenderéis.

Tras el buen olor de sus perfumes

33. Por otra parte, las mujeres, inflamadas de un ardiente amor al Maestro, observando con lucidez todas estas cosas y anhelando arrostrar cualquier peligro por el Señor, aventajaron en audacia a los apóstoles, no soportando el ser tenidas en menor aprecio que ellos. En efecto, *donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* [162]. Era preciso que quienes habían suministrado la muerte, fueran también ellas quienes llevaran el anuncio de la resurrección [163].

¿Cómo es que los apóstoles se esconden? Deberían haber permanecido en guardia estos testigos fidelísimos de la obra divina de la salvación, destinados a ser heraldos que anunciaran a las naciones lo que habían visto con sus propios ojos y que actuaran como ministros de los divinos misterios.

¿Cómo es que también Pedro cae en la cobardía de

160. Con una fina ironía y con una visión proclive al simbolismo es interpretada la guardia del sepulcro como un involuntario homenaje.

161. Cf. Sal 12 (11), 6.

162. Rm 5, 20.

163. Apoyándose en el paralelismo entre Adán y Cristo (cf. Rm 5, 12 y 1 Co 15, 21-22) Juan Damasceno, con singular originalidad, prolonga el simbolismo estableciendo una antítesis entre Eva y las mujeres, que fueron las primeras en atestiguar la resurrección de Cristo.

las negaciones [164], siendo él tan diligente y esmerado custodio de todo lo bueno y estando destinado a llevar el timón de la Iglesia? Resulta, sin duda, providencial su desliz en la cobardía de las negaciones, pues, amaestrado por su propia debilidad, se hizo comprensivo e indulgente con aquellos que se arrepienten de sus transgresiones.

Las mujeres, en cambio, colmadas del ungüento de la divina gracia, fueron portadoras de Cristo, ungüento derramado para nuestra regeneración, el cual, como Dios se derrama y unge, mientras es ungido corporalmente, pues el ungir y el ser ungido se integra plenamente en una sola persona y sustancia. Buscando ellas siempre, por amor, a Cristo y corriendo sin desfallecer tras el buen olor de sus perfumes [165], compran aún más aromas y se encaminan presurosas hacia el sepulcro. Por eso ellas son las primeras en conocer la divina resurrección, pues el justo Juez distribuye sus gracias a la medida del fervor de cada uno.

Que los talentos se multipliquen

34. Procuremos hacernos semejantes a los siervos prudentes que aguardaban el regreso de su señor [166]; una vez recibido el talento, pongamos todo nuestro esfuerzo para multiplicarlo, a fin de que, como siervos buenos y administradores fieles, alcancemos el gozo del Señor [167]. A mi parecer, el talento representa todos los

164. Cf. Mt 26, 69-75 y lugares paralelos.
165. Cf. Ct 1, 3.
166. Cf. Lc 12, 36.
167. Cf. Mt 25, 14-30.

dones que la bondad divina ha concedido a los hombres. No hay nadie que se halle totalmente privado de los dones divinos: uno está bien dispuesto para una determinada virtud, otro para otra; uno tiene buena inclinación para muchas virtudes, otro para más pocas; uno para las más elevadas, otro para las más humildes y sencillas. Dios ha distribuido sus dones, a cada uno según la medida de la fe. En consecuencia, los poderosos serán examinados rigurosamente [168] y *al que se le ha concedido mucho, se le exigirá mucho* [169], pues a cada uno se le reclama según la medida de lo que le ha sido confiado por el poder de Dios. Aquel que hace la donación conoce bien al que la recibe, pues t*odas las cosas están descubiertas y manifiestas ante sus ojos* [170].

Esforcémonos, pues, con todo empeño en multiplicar los talentos: el que haya recibido cinco, que devuelva otros cinco más al que se los entregó, y otros dos, el que haya recibido dos. Quien haya recibido el favor de Dios que le da capacidad para ayudar a los demás, que tienda una mano favorecedora a los que están necesitados de conmiseración y soportan el pesado fardo de la pobreza, y el que ha recibido la capacidad para hacerlo, alimente con la palabra a quienes están consumidos por el hambre de conocimientos y se hallan resecos a causa del viento tórrido y quemante de la incredulidad.

Ganémonos amigos con las riquezas de injusticia [171]. Llenemos el estómago de los pobres, a fin de que ellos, como elocuentes oradores, hablen en favor nuestro ante

168. Cf. Sb 6, 8.
169. Lc 12, 48.
170. Hb 4, 13.
171. Lc 16, 9.

el pavoroso tribunal; demos hospedaje a los que están sin techo, vistamos a los desnudos, preocupémonos por los enfermos, no tengamos reposo en el ir a visitar a quienes están en la cárcel, tendamos la mano a los tristes y afligidos. Participemos del dolor de los que sufren; derramemos lágrimas de compasión, pues éstas apagarán el fuego perpetuo del infierno. Si realizamos estas cosas con el corazón ardiente, también a nosotros nos dirá el Señor: *Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del reino que está preparado para vosotros* [172].

Las vírgenes prudentes

35. Los que hemos sido llamados pongámonos el espléndido vestido nupcial, para participar en las bodas divinas. Esforcémonos a fin de poder ser considerados dignos de la invitación y así llegar a comer del ternero cebado y del cordero de pascua. Gustemos el fruto nuevo de la vid, ahora que, mediante la invocación [173], de un modo real y misterioso el pan se convierte en la carne divina y el vino en la divina sangre. El que lo prometió no puede mentir. Participando con la conciencia pura, por siete veces [174], de esta comida y bebida, como pasa con el oro, seremos purificados y liberados de la fealdad del pecado y después, preserva-

172. Mt 25, 34.

173. La epiclesis es la invocación al Espíritu Santo que, especialmente en el rito bizantino, va unida a las palabras de la consagración, en la celebración de la Eucaristía.

174. Este número, que es sagrado en la tradición bíblica, viene a significar aquí una recepción constante de la Eucaristía.

dos de la corrupción, recibiremos el don de la vida y de la inmortalidad, nos uniremos a Dios, seremos divinizados y gozaremos plenamente de su presencia. Esto acontecerá cuando suene la trompeta del Señor y resuciten los muertos, cuando se instale el tribunal, el día establecido por Dios para juzgar al mundo con justicia.

Entonces todas las cosas alcanzarán su restauración, de una vez para siempre. El fuego inextinguible devorará a los adversarios, mientras que los justos serán acogidos en las moradas preparadas para ellos desde antes de los siglos; ellos serán recibidos en el seno de Abraham, o sea, junto al Señor, el Verbo divino, que al encarnarse se ha hecho descendiente de Abraham. Entonces la tierra de los impíos quedará en ruinas y sobre los malvados vendrán las tinieblas, el oscuro fuego que ellos mismos encendieron, el gusano que atormenta sin cesar y el llanto unido al rechinar de dientes. Aquellos, en cambio, que tienen un corazón puro y que profesan una fe auténtica, luminosos y resplandecientes como la luz del sol, serán acogidos en la tierra de los mansos y pacíficos.

Las vírgenes necias se alborotarán insensatamente en una inoportuna búsqueda de lo que ya no podrán alcanzar, e intentarán alimentar sus apagadas lámparas con un aceite extraño [175]. Para ellas se cerrará la cámara nupcial y desde dentro se dejará oir la voz severa del juez incorruptible que dice: *No os conozco* [176], es decir, no os amo, porque vosotros no habéis amado a mis hermanos, no habéis dado muestras de amor hacia ellos, ni vuestros corazones se han conmovido por ellos.

175. Cf. Mt 25, 1-13.
176. Mt 25, 12.

Habrá un juicio sin misericordia para quien no tuvo misericordia [177]. Sólo se me puede prestar servicio con la misericordia, pues yo soy misericordioso. Nada me conmueve tanto como la misericordia: *Misericordia quiero y no sacrificio* [178]: Ya que no abristeis la puerta de la misericordia a los necesitados, tampoco yo os franquearé la entrada en mi reino. Esta es la cosecha de las vírgenes necias.

Las prudentes, en cambio, estaban preparadas y no se inquietaron. Habiendo llenado sus lámparas con toda clase de virtudes, teniéndolas abundantemente provistas del óleo de la misericordia y encendidas con la llama resplandeciente de la fe ortodoxa, a media noche, radiantes de gozo, salen al encuentro del Esposo. En la divina sala de las bodas danzan a coro, disfrutando de la felicidad que allí se manifiesta, y están para siempre unidas espiritualmente al Esposo inmaculado y gozando del honor de una casta convivencia con Aquel que es casto por excelencia.

Mandamientos que dan vida

36. Nosotros que formamos el divino y sagrado rebaño del gran Pastor, sacerdote y víctima; nosotros el pueblo escogido, *sacerdocio real* [179] y que, como siervos de Cristo, hemos sido enriquecidos con un nombre nuevo, acordándonos de sus padecimientos, de sus palabras y de sus acciones, observemos sus mandatos vivificantes. El Señor, en efecto, dice: *Creéis en Dios;*

177. St 2, 13.
178. Os 6, 6; cf. Mt 9, 13.
179. 1 P 2, 9.

creed también en mí[180]; el Padre os enviará el Paráclito, el Espíritu de la verdad[181], que procede del Padre. Guiados, pues, por la fe, amémosle ardientemente, pues Él nos dice: *Aquel que me ame será amado por mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a él*[182].

Cerremos los oídos frente al anticristo

37. Detestemos a todos sus enemigos. Todo aquel que no confiesa a Cristo como Hijo de Dios y verdadero Dios, es el anticristo[183]. Si alguno dice que Cristo es siervo, cerremos los oídos, sabiendo que quien habla así es un mentiroso y que la verdad no está en él. Soportemos el reproche que nos hace, como una diadema gloriosa, pues dice el Señor: *Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo género de mal, por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos*[184]. De este modo evitaremos la insensatez de las vírgenes necias y emularemos la prudencia de las vírgenes sensatas.

El freno de la templanza

38. Dispongámonos también, teniendo en cuenta la resurrección del Señor, de entre los muertos. No busquemos el deleite de nuestro vientre. No amontonemos

180. Jn 14, 1.
181. Cf. Jn 14, 16.
182. Jn 14, 21.
183. Cf. 1 Jn 4, 3.
184. Mt 5, 11-12.

para el cuerpo muchos vestidos, perfumes inútiles y de gran precio. No nos dediquemos a banquetes y embriagueces, que suelen ir acompañados de fornicación y desenfreno. No seamos arrogantes con los pobres. No fomentemos el apetito de la vanagloria. Dominemos las pasiones con el freno de la templanza. No seamos como caballos enloquecidos de celo, no tengamos trastornada nuestra mente por el loco afán de abusar del cuerpo de los demás. No depositemos en la carne el combustible para el fuego. No nos dejemos dominar por el oro y la plata, ni por el vano atractivo de las piedras preciosas. No consintamos que, mientras otros pasan necesidad, nuestra mesa abundantemente provista excite la voracidad insaciable del gusano del infierno.

He aquí que se alza el Esposo; he aquí que el Rey de reyes sale del sepulcro. Estemos apercibidos, a fin de no quedarnos privados del gozo. Hagámonos como los más acreditados cambistas que saben distinguir bien lo que tiene más valor, de aquello que es menos valioso. Quememos esto último con el fuego del fervor y del amor a Dios; guardemos, en cambio, lo otro en nuestros graneros. Refrenemos la ira y la concupiscencia; dominemos las apetencias del vientre; pongámonos por ceñidor la sensatez que se alcanza mediante la continencia y la humildad de corazón; reprimamos la ostentación y el lujo, con la sencillez de vida y con el recuerdo de la muerte. Estemos constantemente a disposición de todos; soportemos con buen ánimo los ultrajes y, al ser ofendidos, alegrémonos en la esperanza [185]. *La apariencia de este mundo es transitoria* [186] y todo lo que ahora vemos ha de perecer.

185. Cf. Mt 5, 11-12; Rm 12, 12.
186. 1 Co 7, 31..

Sacudámonos el yugo de las pasiones

39. En toda ocasión *tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús* [187], el cual nos amó a pesar de que fuésemos enemigos [188]. Amándonos, se compadeció de nosotros; compadeciéndose, se humilló a sí mismo y, humillándose, nos salvó. Del amor deriva la compasión, de la compasión la humillación, y de la humillación derivan la salvación y la elevación. Si seguimos esas normas en nuestra vida, seremos liberados de los sufrimientos que nos agobian. Si nos sacudimos el yugo de las pasiones, destruiremos también su tiránico dominio. Así como de las cosas más favorables provienen las aflicciones, así también de los sufrimientos derivan las consecuencias más felices.

Abandonando, pues, nuestros anteriores desórdenes, celebremos con honestidad y pureza la fiesta del tránsito del Señor, nuestro Dios. Rechacemos toda palabra impía dirigida contra el Creador, y la vida de la Iglesia transcurrirá en paz. Después, con lámparas resplandecientes en las manos y llenos de alegría saldremos al encuentro del Esposo inmortal, vencedor de la muerte, y seremos recibidos en la incontaminada cámara nupcial. Con el rostro desvelado contemplaremos la gloria del Señor y su hermosura nos llenará de gozo. A Él, junto con el Padre y el Espíritu Santo, la gloria, el honor, la adoración y la alabanza ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

187. Flp 2, 5.
188. Cf. Col 1, 21.

HOMILÍA SOBRE LA NATIVIDAD

SERMÓN DEL HUMILDE MONJE Y PRESBÍTERO JUAN DAMASCENO, ACERCA DE LA NATIVIDAD DE MARÍA MADRE DE DIOS

Gozo y renovación

1. ¡Ea!, pueblos todos, hombres de cualquier raza y lugar, de cualquier época y condición, celebremos con alegría la fiesta natalicia del gozo de todo el universo. Los gentiles, con sumo respeto y ofreciendo dones según las posibilidades de cada cual, celebraban los natalicios de los dioses, que con fingidos relatos extraviaban las inteligencias y ocultaban la verdad, y asimismo festejaban los cumpleaños de los reyes, a pesar de que todos estos personajes perjudicaban la vida de los hombres. Nosotros, en cambio, tenemos razones muy válidas para honrar el nacimiento de la Madre de Dios, por medio de la cual todo el género humano ha sido restaurado y la tristeza de la primera madre Eva se ha transformado en gozo. Esta, en efecto, escuchó la sentencia divina que dice: *Parirás los hijos con dolor* [1]. A María, por el contrario, se le dijo: *Alégrate, oh llena de gracia* [2]. A Eva se refieren las palabras que dicen: *Hacia*

1. Gn 3, 16.
2. Lc 1, 28.

tu marido irá tu apetencia [3], mientras que a María se le dice: *El Señor es contigo* [4].

¿Qué otra cosa ofreceremos a la Madre del Verbo, a no ser nuestra palabra? Alégrese toda la creación y festeje el sacratísimo alumbramiento de santa Ana, la cual ha proporcionado al mundo un valiosísimo e inalienable tesoro. De este modo el Creador, sirviéndose de la condición humana, ha renovado y perfeccionado toda la naturaleza. El hombre, en efecto, participa de la materia y del espíritu y es el lazo de unión entre todos los seres creados, visibles e invisibles, y, al unirse con la naturaleza humana el Verbo de Dios, que es el origen de toda las cosas, se ha obtenido la vinculación de todo lo creado con su Creador. Celebremos, pues, que haya cesado la humana esterilidad y que haya finalizado la carencia de bienes que padecíamos.

Triunfo de la gracia

2. ¿Por qué razón la Virgen Madre ha nacido de una madre estéril? Porque era preciso que a lo único que es nuevo bajo el sol [5] y a lo que constituye la principal maravilla de todas se le abriese camino con unos acontecimientos maravillosos, y que poco a poco se fuese avanzando desde las cosas pequeñas a las más grandes. Y existe todavía un motivo más excelso y sublime; la naturaleza, en efecto, ha sido superada por la gracia y, sintiéndose atemorizada, no ha querido en modo alguno iniciar la marcha. Por eso, cuando la

3. Gn 3, 16.
4. Lc 1, 28.
5. Cf. Qo 1, 9.

Virgen y Madre de Dios iba a ser concebida por Ana, la naturaleza no se atrevió a iniciar la producción del germen de la gracia y por esta razón permaneció estéril hasta que la gracia hizo que germinara el fruto. Era necesario ciertamente que naciera como primogénita aquella que había de dar a luz al primogénito de toda la creación, en el cual subsisten todas las cosas [6].

¡Oh feliz pareja, Joaquín y Ana, a vosotros está obligada toda la creación! Por medio de vosotros, en efecto, la creación ofreció al Creador el mejor de todos los dones, o sea, aquella augusta Madre, la única que fue digna del Creador. ¡Oh felices entrañas de Joaquín, de las que provino una descendencia absolutamente sin mancha! ¡Oh seno glorioso de Ana, en el que poco a poco fue creciendo y desarrollándose una niña completamente pura y, después que estuvo formada, fue dada a luz! ¡Oh vientre dichoso que albergó un cielo viviente más vasto que los amplísimos espacios celestes! ¡Oh feliz era, que contuvo el montón del trigo que da la vida, tal como el mismo Cristo lo manifestó, diciendo: *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda él solo* [7]! ¡Oh dichosos pechos que amamantaron a la que nutrió a Aquel que alimenta el mundo entero! ¡Oh maravilla de maravillas y prodigio de prodigios! Era preciso que la inefable y misericordiosa encarnación de Dios fuera precedida de unos hechos tan portentosos.

¿Cómo podré yo proseguir? La mente se halla fuera de sí; el temor y el amor me invaden conjuntamente. El corazón palpita con fuerza y la lengua se me traba. No soy capaz de soportar tanta alegría; me enajenan

6. Cf. Col 1, 15 y 17.
7. Jn 12, 24.

estas maravillas; estoy transportado de gozo. ¡Que el amor salga vencedor y retroceda el temor; que resuene la cítara del Espíritu Santo: *Alégrense los cielos, regocíjese la tierra* [8]!

Dones celestiales sobre la tierra

3. Hoy se abren las puertas de la esterilidad y emprende su ruta la que es puerta divina de la virginidad. De ella y por medio de ella, Dios, que está por encima de todo cuanto existe, se hace presente en el mundo [9] corporalmente [10], según nos lo dice Pablo, conocedor de grandes misterios [11]. Hoy, de la raíz de Jesé ha salido un retoño del que brotará para el mundo una flor que posee la sustancia divina [12].

Aquel que antiguamente, sacándolo de entre las aguas, elevó y afianzó el firmamento, hoy, sirviéndose de la naturaleza terrena, ha preparado un cielo sobre la tierra. Y este cielo es en verdad mucho más divino y maravilloso que el otro, pues Aquel que en el sobredicho cielo colocó el astro solar, se alza desde este nuevo cielo como Sol de justicia. Hay en Él dos naturalezas, por más que los acéfalos [13] desvaríen; hay una sola persona, por más que los nestorianos [14] se enfurezcan. La

8. Sal 96 (95), 11.
9. Cf. Hb 1, 6.
10. Cf. Col 2, 9.
11. Cf. 2 Co 12, 4.
12. Cf. Is 11, 1.
13. Se refiere a los monofisitas más radicales que se apartaron incluso de la obediencia al patriarca copto de Alejandría.
14. Nestorio propugnaba que en Cristo se unían dos personas distintas.

luz eterna que existe y es engendrada de la luz eterna desde antes de los siglos, El que es inmaterial e incorpóreo, asume de aquella mujer escogida una naturaleza corpórea y aparece en el mundo como el esposo que sale del tálamo, y, siendo Dios y habiéndose hecho hombre terrenal, animoso como un gigante se dispone a recorrer los caminos de nuestra naturaleza [15], a encaminarse entre dolores hacia la muerte, a encadenar al fuerte y apoderarse de sus bienes [16], que son el género humano, y a conducir la oveja errante hacia el cielo [17].

Hoy *el hijo de carpintero* [18], el artífice de todas las cosas, el Verbo divino por medio del cual todo fue creado, el brazo poderoso del Altísimo, mediante la acción del Espíritu y con su propio dedo o poder, como quien se sirve de un hacha como herramienta, actuó sobre la naturaleza embotada y se preparó una escalera viviente, cuya base se apoya sobre la tierra, mientras que su extremidad llega hasta el mismo cielo. Sobre ella reposa Dios. Jacob la contempló en imagen durante su visión [19]. Sirviéndose de ella Dios descendió sin experimentar ninguna mutación, o mejor dicho, por su benévola condescendencia *apareció en la tierra y convivió con los hombres* [20].

Estas cosas representan su descenso, su condescendiente humildad, su ciudadanía terrena, su conocimiento otorgado a quienes habitan en la tierra [21]. La esca-

15. Cf. Sal 19 (18), 6.
16. Cf. Mt 12, 29.
17. Cf. Mt 18, 12.
18. Mt 13, 55.
19. Cf. Gn 28, 12.
20. Ba 3, 38.
21. Cf. Col 1, 10.

lera espiritual, que es la Virgen, se apoya sobre la tierra porque ella ha nacido en la tierra, pero su cabecera toca el cielo. La cabeza, en efecto, de toda mujer es el varón; pero, puesto que ella no ha conocido varón[22], Dios Padre viene a ser cabeza para ella y, con la intervención del Espíritu Santo, le envía, a modo de divina semilla espiritual, su propio Hijo y Verbo, fuerza que lo domina todo. Por benévola decisión del Padre, el Verbo se ha hecho carne para siempre y ha habitado entre nosotros, no a consecuencia de una unión natural, sino mediante la Virgen María y el Espíritu Santo. La unión de Dios con los hombres se ha realizado por obra del Espíritu Santo.

El que pueda entender, que entienda[23]. *El que tenga oídos para oír, que oiga*[24]. Alejémonos de las cosas materiales. La divinidad es inmutable, oh hombres. Aquel que desde un principio ha engendrado al Hijo, según su naturaleza, sin mutación alguna, ha obrado del mismo modo en la generación realizada para la salvación del hombre. Así lo atestigua David, progenitor divino, cuando dice: *El Señor me ha dicho: tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*[25]. La palabra *hoy* no puede referirse a la generación eterna, porque ésta se realiza fuera del tiempo.

María Madre de Dios

4. Hoy ha sido construida la puerta oriental por la

22. Cf. Lc 1, 34.
23. Mt 18, 12.
24. Lc 8, 8.
25. Sal 2, 7.

que entrará y saldrá Cristo [26] y permanecerá cerrada esta puerta en la que está Cristo, *puerta de las ovejas* [27] y cuyo nombre es *oriente* [28], por medio del cual hemos tenido acceso al Padre [29], principio y origen de la luz.

Hoy han soplado las brisas anunciadoras del gozo universal. Alégrense en lo alto los cielos, exulte la tierra y agítese el mar de este mundo [30], pues ha nacido una concha que, al recibir el rayo de luz de la divinidad, concebirá y dará a luz una preciosísima perla, que es Cristo [31], el Rey de la gloria [32], que naciendo de ella y revistiéndose con la púrpura de la carne, habitará entre los cautivos [33] y proclamará su liberación [34].

Exulte la naturaleza, porque nace la cordera mediante la cual el Pastor revestirá a la oveja y rasgará las túnicas de la antigua mortalidad. Dancen y canten a coro las vírgenes, porque nace la Virgen que, según lo anunciado por Isaías, *concebirá y dará a luz un hijo, cuyo nombre será Enmanuel, que significa: Dios con nosotros* [35]. Sabedlo, oh nestorianos, y abjurad vuestro error: *Dios está con nosotros*, no un hombre o un em-

26. Cf. Ez 44, 3.
27. Jn 10, 7.
28. Za 6, 12.
29. Cf. Ef 2, 18.
30. Cf. Sal 96 (95), 11.
31. Hallamos ya elaborada esta simbología de la formación de la perla en relación con el misterio de la Encarnación, en una homilía anónima del siglo IV que se atribuyó a san Efrén y se denomina: *De margarita*.
32. Cf. Sal 24 (23), 7-10.
33. Cf. Is 61, 1.
34. Cf. Lc 4, 18.
35. Is 7, 17; Mt 1, 23.

bajador, sino que es el Señor en persona quien vendrá y nos salvará [36].

Bendito el que viene. El Señor es Dios y nos ha iluminado [37]. Celebremos festivamente el nacimiento de la Madre de Dios. Alégrate, oh Ana, *estéril que no habías dado a luz, rompe en gritos de júbilo tú que no habías experimentado los dolores de parto* [38]. Gózate, oh Joaquín, pues por medio de tu hija *un niño nos ha nacido y nos ha sido dado, el cual se llamará Ángel del gran consejo, o sea, de la salvación universal, Dios fuerte* [39].

Que Nestorio se llene de confusión y guarde silencio. El niño es Dios, ¿cómo no será, pues, Madre de Dios la que le ha dado a luz? «Si alguno no confiesa que la santa Virgen es Madre de Dios, se separa de la divinidad» [40]. Esta afirmación no es mía; yo propongo esta sacrosanta doctrina como una herencia recibida del santo Padre Gregorio el Teólogo.

Joya de virginidad

5. ¡Oh Joaquín y Ana, pareja bienaventurada y en verdad irreprochable! Por el fruto de vuestras entrañas sois reconocidos, de acuerdo con lo que en cierta ocasión dijo el Señor: *Por sus frutos les conoceréis* [41]. Vosotros habéis llevado una vida agradable a Dios y digna

36. Cf. Is 63, 9.
37. Sal 118 (117), 26-27.
38. Is 54, 1.
39. Is 9, 5.
40. GREGORIO NACIANCENO, *Carta 101, a Cledonio,* PG 37, 180.
41. Mt 7, 16.

de aquella de quien habéis sido padres. Habiendo vivido con pureza y santidad, habéis producido la joya de la virginidad, o sea, aquella que fue virgen antes del parto, virgen en el parto y virgen después del parto, aquella que es virgen por excelencia y virgen para siempre, la que es virgen perpetua en el espíritu, en el alma y en el cuerpo.

Era preciso, en efecto, que de la castidad brotara la virginidad y que de ésta naciera corporalmente la luz única y unigénita, por benévola disposición de Aquel que, siendo incorpóreo, engendra al que no engendra sino que siempre es engendrado y cuya peculiaridad personal consiste en ser engendrado.

¡Oh qué grandes maravillas y qué felices encuentros se realizan a raíz del nacimiento de esta niña! Tales son: el haber nacido de una madre estéril, el que una virgen dé a luz, la unión de la divinidad y la humanidad, del padecimiento y la impasibilidad, de la vida y la muerte, de tal modo que en toda las cosas triunfe la fuerza de aquello que es más excelente. ¡Y todo esto, oh Señor, es para mi salvación! Me has amado de tal manera, que has realizado todo esto, no por medio de un ángel ni de alguna otra creatura, sino que tú mismo, así como llevaste a cabo la primera creación, también has realizado la regeneración. Por eso salto de gozo y pongo de manifiesto mi alegría. Regreso a la fuente de las maravillas y, como arrastrado por un torrente de felicidad, hago vibrar de nuevo la cítara del Espíritu y entono un himno sagrado en honor de la natividad de María.

Figuras y símbolos

6. ¡Oh castísima pareja de tórtolas racionales, Joaquín y Ana! Vosotros, observando la castidad que

prescribe la ley natural, habéis sido agraciados con unos dones que están muy por encima de la naturaleza, ya que habéis puesto en el mundo aquella que, sin obra de varón, fue Madre de Dios. Vosotros, llevando una vida humana, piadosa y santa, tuvisteis una hija superior a los ángeles y que ahora es Señora de los ángeles.

¡Oh niña preciosísima y llena de dulzura! ¡Oh lirio entre espinas [42], procreado de la nobilísima y regia estirpe de David! Por medio de ti la dignidad real se ha acrecentado con la del sacerdocio [43]. Por ti la ley ha sido transformada y se ha manifestado el espíritu que antes estaba oculto debajo de la letra, pasando la dignidad sacerdotal de la tribu de Leví al linaje de David. ¡Oh rosa, que salida de entre las espinas de los judíos [44], has esparcido por todas partes el buen olor de la divinidad! ¡Oh hija de Adán y Madre de Dios! ¡Bienaventurados sean las entrañas y el vientre de donde saliste; bienaventurados los brazos que te sostuvieron y los labios que se gozaron dándote castos besos, o sea, los de tus padres únicamente, de tal modo que siempre guardaras perfecta virginidad!

Hoy se ha iniciado la salvación del mundo. Ensalce al Señor toda la tierra. Cantad, alegraos y entonad

42. Cf. Ct 2, 1-2.

43. Ya san Agustín aludía a la vinculación de María con el estamento sacerdotal de Israel, al que ciertamente pertenecía su prima Isabel (cf. Lc 1, 5): «Convenía que la carne del Señor procediera no sólo de estirpe regia, sino también de estirpe sacerdotal» (*Comentario al libro de los Jueces* 1, 7).

44. Cf. Hb 7, 12. En general los Santos Padres se refieren a los judíos de un modo negativo, no en cuanto a pueblo o raza, sino aludiendo a aquellos que rechazaron la fe en Cristo el Salvador, anunciado por sus profetas y no reconocido por ellos.

salmos. Levantad vuestra voz, levantadla, no temáis, porque hoy nos ha nacido en la santa Probática [45], la Madre de Dios, de la cual quiso nacer el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Saltad de júbilo, montañas [46], seres de naturaleza racional que anheláis las cumbres de la contemplación espiritual. Ha surgido esplendoroso el monte del Señor, que supera todos los collados y todos los montes, o sea, que está por encima de los ángeles y de los hombres y del que se ha dignado desprenderse corporalmente, sin intervención de mano de hombre, la piedra angular Cristo, que es una sola persona y que une lo que está separado: la divinidad y la humanidad, los ángeles y los hombres, los gentiles y el Israel según la carne, que se unifican en el Israel según el espíritu [47].

Monte de Dios, monte fértil, monte cuajado, monte fecundo, monte en el que Dios se ha dignado habitar [48]. *Los carros de Dios son miles y miles* [49] y en ellos van quienes resplandecen por la gracia divina, o sea, los querubines y serafines. Cumbre más santa que el Sinaí, cubierta no por el humo, ni por las tinieblas, ni por la tempestad, ni por el fuego pavoroso, sino por el rayo luminoso del Santísimo Espíritu. En el Sinaí el Verbo de Dios escribió la ley sobre tablas de piedra, siendo el Espíritu como el dedo con que se realizó esta inscripción. En esta otra cumbre, que es la Virgen, el Verbo, por obra del Espíritu Santo y mediante la sangre de ella, se encarnó y se ofreció a nuestra naturaleza

45. Véase la *Introducción*, p. 13.
46. Cf. Sal 114 (113-A), 4.
47. Cf. Dn 2, 34 y 45; 1 Co 10, 18.
48. Sal 68 (67), 16-17.
49. Sal 68 (67), 18.

como remedio eficacísimo de salvación. Allí hubo el maná, aquí está aquel que proporciona la dulzura al maná.

El insigne tabernáculo que Moisés fabricó en el desierto con materiales preciosísimos y de gran variedad, y la tienda del padre Abraham que fue anterior, presten homenaje a este tabernáculo espiritual y viviente de Dios, pues éste no albergó solamente el poder de Dios, sino a la persona del Hijo de Dios, sustancialmente presente. El arca totalmente revestida de oro, la vasija de oro que contenía el maná, el candelabro, la mesa y todos los antiguos enseres del culto, reconozcan que no son comparables con la Virgen. Estas cosas fueron objeto de veneración por ser figuras de ella y como unas sombras de la realidad que simbolizaban.

Honra de la mujer y de toda la creación

7. Hoy el Verbo de Dios, creador del universo, ha compuesto un libro nuevo, que el Padre ha emitido de su corazón y que ha sido escrito con el cálamo o lengua divina del Espíritu. Este libro fue entregado a un hombre que conocía las letras, pero que no lo leyó. José, en efecto, no conoció a María, ni comprendió la fuerza y profundidad de su misterio. ¡Oh hija sacratísima de Joaquín y Ana, oculta para los principados y potestades y a cubierto de las flechas encendidas del Maligno, que morabas en la cámara nupcial del Espíritu y fuiste preservada de toda mancha a fin de ser esposa de Dios y madre del que por naturaleza es Hijo de Dios! ¡Oh niña santísima, tú estás en los brazos de tu madre y eres el espanto de todas las potestades rebeldes! ¡Oh niña sacratísima, tú eres alimentada con la leche materna y estás rodeada de ángeles! ¡Oh niña

amada de Dios y gloria de tus progenitores! Todas las generaciones te proclaman bienaventurada, tal como tú misma con toda verdad lo anunciaste. ¡Oh hija digna de Dios, honor de la naturaleza humana y restauradora de la dignidad de Eva la primera madre! En efecto, mediante tu maternidad, la que había caído fue levantada y restablecida. Tú eres el honor de las mujeres, porque si la primera de ellas, Eva, cayó en pecado y la muerte entró en el mundo [50] por causa del servicio prestado a la serpiente en perjuicio del primer padre, tú, oh María, cumpliendo perfectamente la voluntad divina, frustraste a la serpiente engañadora e introdujiste en el mundo la inmortalidad.

¡Oh hija siempre virgen, tú no tuviste necesidad de varón para concebir, pues el que se albergó en tu seno tiene un Padre que es eterno! ¡Oh hija de origen terrenal, tú llevaste al Creador en tus brazos de madre divina! Los siglos disputaban a ver cuál de ellos sería honrado con tu nacimiento; pero por la preestablecida voluntad de Dios, el cual es *el autor de los siglos* [51], se puso fin a la contienda y los últimos vinieron a ser los primeros [52], al honrarse con tu nacimiento.

Tú, en verdad, has sido la más honrada de todas las creaturas. Sólo de ti el Creador ha recibido en herencia las primicias de nuestra masa. Su carne procede de la tuya y su sangre se formó con tu sangre. Dios se alimentó con la leche de tus pechos y tus labios han estado en contacto con los labios divinos.

¡Oh maravillas incomprensibles e inefables! El Señor del universo desde un principio consideró tu dignidad.

50. Cf. Rm 5, 12.
51. Hb 1, 2.
52. Cf. Mt 19, 30.

Te amó, y por haberte amado, te predestinó. Y, al llegar la plenitud de los tiempos, te llamó a la existencia y te constituyó Madre de Dios y nutriz de su propio Hijo, el Verbo divino.

La Virgen y la reconciliación del pueblo con Dios

8. Se dice que las cosas contrarias son remedio medicinal para las opuestas, pero las unas no derivan de las otras. Aunque cada ser creado contenga en sí mismo un entramado de cosas contrarias, prevalece, sin embargo, aquello que es propio y peculiar de su esencia. Así como el pecado me causa la muerte mediante cosas que en sí son buenas, y acabo siendo un gran pecador; de un modo correlativo el autor de todo bien, por medio de cosas contrarias, realiza en nosotros cosas buenas, tal como corresponde a su naturaleza: *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* [53]. Si hubiéramos conservado la primitiva unión con Dios, no se nos habría otorgado la posterior, que es más excelente y maravillosa. Ahora, por causa del pecado, estamos privados de la antigua comunión con Dios, que no tuvimos cuidado de conservar; pero, por la bondad de Dios, hemos obtenido su misericordia y protección y ha quedado asegurada nuestra unión con Él. Dios que nos ha protegido tiene poder, en efecto, para hacer que esta unión sea perdurable.

Cuando la tierra entera fornicó y se prostituyó [54], también el pueblo de Dios, a causa del *espíritu de fornicación* [55], se apartó del Señor su Dios, que lo había

53. Rm 5, 20.
54. Cf. Os 1, 2.
55. Os 4, 12.

adquirido *con mano poderosa y brazo extendido* [56] y con signos y prodigios lo había sacado de la casa de esclavitud del faraón [57], haciéndole pasar por el mar Rojo y guiándole de día por medio de una nube y de noche con un resplandor de fuego. El corazón de los israelitas sintió añoranza de Egipto y el pueblo del Señor se convirtió en «no pueblo suyo» [58]; el que había sido compadecido se transformó en «no compadecido» y el amado vino a ser «no amado» [59].

Por eso, nace ahora una virgen, enemiga de la fornicación de sus antepasados. Ella queda constituida Esposa de Dios y da a luz la misericordia de Dios. Viene así a ser pueblo de Dios aquel que antes era «no pueblo del Señor»; es compadecido el que antes era «no compadecido», y es amado el que antes era «no amado». De la Virgen, en efecto, nace el Hijo de Dios, el amado en quien el Padre se ha complacido [60].

Títulos y alabanzas de María

9. Una frondosa vid [61] ha brotado de Ana y ha producido un racimo dulcísimo, que ofrece a los nacidos de la tierra un néctar que proporciona la vida eterna. Joaquín y Ana sembraron para sí mismos según justicia y obtuvieron como cosecha un fruto de vida. Se alumbraron con la luz del conocimiento, buscaron al Señor y les nació un fruto de justicia.

56. Sal 136 (135), 12.
57. Cf. Dt 4, 34.
58. Cf. Rm 9, 25; Os 1, 9.
59. Cf. 1 P 2, 10.
60. Cf. Mt 3, 17; 12, 18; 17, 5 y lugares paralelos.
61. Cf. Sal 128 (127), 3.

Cobre confianza la tierra y también los hijos de Sión. Alegraos en el Señor vuestro Dios, porque el desierto ha florecido [62]: la estéril ha dado fruto. Joaquín y Ana, como montes espirituales, han destilado dulzura [63]. Alégrate, oh bienaventurada Ana, por haber dado a luz a una niña. Esta es Madre de Dios, puerta de la luz, y fuente de la vida. Ella cancelará la deuda de las mujeres.

El rostro de esta mujer lo mirarán suplicantes los notables del pueblo [64]. A esta mujer la venerarán todos los reyes de los pueblos, ofreciéndole sus dones. A esta mujer, oh Ana, la llevarás a presentarla ante Dios, rey del universo, revestida con la hermosura de la virtud, con realce de franjas de oro, y adornada con la gracia del Espíritu Santo, que es la gloria que en ella se manifiesta desde el interior [65]. Mientras que la gloria de toda mujer es el marido que se acerca a ella desde fuera, la gloria de la Madre de Dios proviene de su interior y es el fruto de su vientre.

¡Oh mujer amabilísima y tres veces bienaventurada! *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre* [66]. ¡Oh mujer, hija de rey y madre de rey: hija del rey David y Madre de Dios, el rey del universo! ¡Oh divina imagen viviente en la que Dios, el creador, se ha complacido! [67]. Tu mente es gobernada por Dios y sólo en Él pones tu confianza. Todos tus anhelos se dirigen hacia el único ser deseable y digno de ser amado,

62. Cf. Is 35, 1.
63. Cf. Am 2, 13.
64. Sal 45 (44), 14.
65. Cf. *Idem.*
66. Lc 1, 42.
67. Cf. Is 62, 5.

y solamente te causan irritación el pecado y aquel que ha sido su autor. Tu vida transciende la naturaleza. Tú no tendrás la vida por ti misma; la tendrás como un don de Dios, y gracias a él se ha producido tu nacimiento, a fin de que colabores a la salvación de todo el mundo y, por medio de ti, llegue a su cumplimiento el antiguo plan divino de la encarnación del Verbo y de nuestra divinización [68].

Tú anhelas alimentarte con las palabras divinas y crecer como *olivo fecundo en la casa de Dios* [69], como *árbol plantado junto a las corrientes de agua* [70] del Espíritu, como árbol de vida que en el tiempo preestablecido por Dios ha producido su fruto [71], o sea, Dios encarnado, vida eterna de todos los seres. Tú te nutres con pensamientos útiles y provechosos para el alma, al tiempo que apartas, antes de gustarlos, todos aquellos pensamientos que son inútiles y dañosos para el espíritu. *Tus ojos están vueltos siempre hacia el Señor* [72], contemplando *la luz* eterna e *inaccesible* [73]. Tus oídos están atentos a la palabra divina y se recrean con la cítara del Espíritu; a través de ellos se ha realizado la encarnación del Verbo [74]. Tu olfato se embelesa con el buen olor de los perfumes del Esposo,

68. Casi todos los Padres griegos usan el termino «divinización» para referirse a la gracia santificante que nos hace partícipes de la naturaleza divina.

69. Sal 52 (51), 10.

70. Sal 1, 3.

71. Cf. Ap 22, 2.

72. Sal 25 (24), 15.

73. 1 Tm 6, 16.

74. Es muy frecuente en los Padres el decir que la concepción de Cristo se realizó en María por medio del oído, o sea, que se produjo al escuchar ella el mensaje del ángel en la anunciación.

que es un bálsamo divino derramado voluntariamente y con el que se realiza la unción de su humanidad, de acuerdo con lo que dice la Escritura: *Ungüento derramado es tu nombre* [75]. Tus labios alaban al Señor y se juntan con sus labios. Tu lengua y tu garganta expresan con toda fidelidad las palabras divinas y se sacian de divina dulzura [76]. Tu corazón puro e inmaculado contempla al Dios invisible y en Él tiene puestos sus anhelos.

Tu seno alberga al que es inabarcable y tus pechos alimentan con su leche al niño Jesús, que es Dios. ¡Oh puerta de Dios, tú siempre permaneces virgen [77]. Tus manos sostienen a Dios y tus rodillas son un trono más excelso que los querubines; gracias a ti se fortalecen *las manos frágiles y las rodillas vacilantes* [78]. ¡Que nuestros pies guiados por la ley de Dios, como por una lámpara encendida [79], corran sin cesar por los caminos del Señor, atraídos hacia la amada que se ha unido con el Amado! [80].

María es con toda plenitud la cámara nupcial del Espíritu Santo, la ciudad del Dios vivo regocijada por la abundancia de corrientes de aguas [81], o sea, por las ondas de los carismas del Espíritu. María *toda hermosa* [82], está plenamente unida a Dios. Ella supera a los querubines, está mas encumbrada que los serafines y se halla muy cerca de Dios.

75. Ct 1, 2.
76. Cf. Sal 119 (118), 103.
77. Cf. Ez 42, 2.
78. Is 35, 3.
79. Cf. Sal 119 (118), 105.
80. Cf. Ct 1, 4; 3, 4.
81. Cf. Sal 46 (45), 5.
82. Ct 4, 7.

María templo santo de la Trinidad

10. ¡Oh maravilla, superior a todas las maravillas! Una mujer está más encumbrada que los serafines, puesto que Dios ha aparecido haciéndose un poco inferior a los ángeles [83]. Guarde silencio el sapientísimo Salomón y no diga ya que *no hay nada nuevo bajo el sol* [84]. ¡Oh Virgen llena de la divina gracia [85], templo santo de Dios, que el espiritual Salomón, el Príncipe de la paz, ha construido y habitado, embelleciéndolo no con oro o piedras materiales, sino, en vez de oro con los resplandores del Espíritu, y que, en lugar de piedras preciosas, posee la perla preciosísima que es Cristo, carbón de divinidad [86]. Suplícale que toque nuestros labios, a fin de que habiendo sido purificados, entonemos himnos a Él, y juntamente al Padre y al Espíritu Santo, cantando: *Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos* [87], una sola naturaleza divina en tres personas.

«Santo Dios», el Padre que determinó que en ti y por medio de ti tuviera cumplimiento el misterio decretado por Él desde antes de los siglos [88].

«Santo fuerte», el Hijo de Dios y verdadero Dios, el Unigénito, que te ha hecho nacer primogénita de una madre estéril, a fin de que, siendo Él Hijo unigénito

83. Cf. Sal 8, 6.
84. Qo 1, 9.
85. Cf. Lc 1, 28.
86. Cf. Is 6, 6-7.
87. Is 6, 3. El santo introduce aquí y comenta el trisagio litúrgico, alabanza y profesión de fe en el misterio trinitario, que aquí también se relaciona con María y con los misterios salvíficos en ella realizados.
88. Cf. 1 Co 2, 7.

del Padre y primogénito de toda la creación [89], naciera de ti como unigénito de una madre virgen y *primogénito de muchos hermanos* [90], semejante a nosotros y, por medio de ti, partícipe de nuestra carne y sangre [91]; el cual, sin embargo, no te ha hecho nacer de solo padre o de sola madre, porque solamente a Él le corresponde el ser unigénito en sentido absoluto, puesto que es el Unigénito del Padre e hijo único de su Madre.

«Santo inmortal», el Espíritu Santísimo, que con el rocío de su divinidad te preservó de ser consumida por el fuego divino. Esto es lo que de antemano significaba la zarza de Moisés [92].

Llena de gracia y virtudes

11. Salve, oh Probática, sacratísimo santuario de la Madre de Dios, Salve, oh Probática, casa paterna de la Reina. Salve, oh Probática, en tiempos pasados aprisco de ovejas de Joaquín y ahora iglesia, que vienes a ser como un cielo, para el rebaño espiritual de Cristo. Tú antiguamente, una vez al año, recibías la visita del ángel de Dios que removía las aguas y daba la salud a una sola persona, librándola de la enfermedad que padecía [93]; ahora, en cambio, albergas una gran multitud de potestades celestiales que, junto con nosotros, glorifican a la Madre de Dios, abismo de maravillas y fuente de la curación de todo el mundo. Tú no recibes ahora a un

89. Cf. Col 1, 15.
90. Rm 8, 29.
91. Cf. Hb 2, 14.
92. Cf. Ex 3, 1ss.
93. Cf. Jn 5, 4.

ángel que desempeñe un ministerio [94], sino al Ángel del gran consejo [95], que ha descendido silenciosamente sobre el vellocino como una lluvia de bondad, y que ha restablecido toda la naturaleza enferma y destinada a la ruina, otorgándole una salud indeficiente y devolviéndole una vida que no conozca la vejez. Por obra suya aquel paralítico que yacía en tu recinto dio saltos como un ciervo. ¡Salve, oh insigne Probática, que tu gracia se acreciente aún más!

¡Salve, oh María, hija dulcísima de Ana! De nuevo el amor me atrae hacia ti. ¿Cómo describiré tus majestuosos pasos? ¿Cómo tus vestiduras? ¿Cómo la gracia de tu rostro? En tu cuerpo juvenil destacan la gravedad y la madurez. Tu modesto atavío elimina toda molicie y todo enervamiento. Tu caminar es digno, sosegado y libre de toda indolencia. Tu carácter es circunspecto y, al mismo tiempo jovial, pero reservado con los varones, tal como lo atestigua el temor que experimentaste al recibir el desacostumbrado saludo del ángel [96].

Tú fuiste dócil y obediente con tus padres. Tu espíritu se mantuvo humilde en medio de elevadísimas contemplaciones. De tu alma sencilla brotaban palabras agradables. ¿Qué más se podría decir, sino que tú eres una morada digna de Dios? Con razón todas las generaciones te proclaman bienaventurada [97], como especialísima honra de la humanidad. Tú eres la gloria de los sacerdotes, el apoyo de los reyes, la esperanza de los cristianos, el retoño fecundo de la virginidad. Gracias a ti, en efecto, se han difundido la hermosura y el

94. Cf. Hb 1, 14.
95. Cf. Is 9, 6.
96. Cf. Lc 1, 29.
97. Cf. Lc 1, 48.

valor de la virginidad. *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre* [98]. Los que te reconocen como Madre de Dios han sido bendecidos; los que te niegan este título han experimentado la maldición.

Protectora de nuestra vida

12. ¡Oh sagrada pareja, Joaquín y Ana, acoged benignamente este sermón que os ofrezco en este día natalicio! ¡Oh hija de Joaquín y Ana!, tú que eres reina, acoge con bondad el discurso de este siervo, que es pecador, pero que te venera y te ama ardientemente y te considera como la única esperanza de gozo, como protectora de la vida, como mediadora ante tu Hijo y como prenda segura de salvación.

Haz, oh María, que desaparezca el pesado fardo de mis pecados, que se disipe la nube que oscurece mi espíritu y quede eliminado mi apego a las cosas terrenales y rastreras. Detén la fuerza de las tentaciones, dirige favorablemente el curso de mi vida, condúceme con tu mano hacia la bienaventuranza del cielo. Proporciona a todo el mundo la paz y concede a todos los fieles ortodoxos de esta ciudad, la plenitud del gozo y la salvación eterna, por mediación de las plegarias de tus padres y de toda la congregación de la Iglesia. Así sea, así sea. *Salve, llena de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre* [99], Jesucristo, el Hijo de Dios. A Él sea la gloria, junto con el Padre y el Espíritu Santo, por los eternos siglos de los siglos. Amen.

98. Lc 1, 42.
99. Lc 1, 28 y 42.

PRIMERA HOMILÍA SOBRE LA DORMICIÓN

PANEGÍRICO DE LA DORMICIÓN DE LA EXCELSA, BENDITA Y GLORIOSÍSIMA SEÑORA NUESTRA, LA MADRE DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA, POR EL POBRE Y HUMILDE MONJE Y PRESBÍTERO JUAN DAMASCENO

María ciudad de Dios

1. *La memoria de los justos es objeto de alabanzas* [1], según manifiesta el sapientísimo Salomón; y David, el antepasado del Señor [2], dice: *Es preciosa en la presencia de Dios la muerte de sus santos* [3]. Si el recuerdo de todos los justos requiere alabanzas, ¿quién no deberá glorificar a la que es fuente de la justicia y tesoro de santidad? [4]. No se trata con ello de acrecentar

1. Pr 10, 7.
2. Los Padres griegos acostumbran aplicar a David el apelativo de *Theopator* e insisten en manifestar su convencimiento acerca de la ascendencia davídica no sólo de José, sino también de María.
3. Sal 115 (114), 15.
4. La Virgen María no sólo es santa, sino también santificadora. En el *Himno Akathistos* hallamos estas invocaciones: «Salve, frutal exquisito, que nutre a los fieles; Salve, ramaje frondoso que a todos cobija. Salve, llevaste en el seno a quien guía al errante, Salve, al mundo entregaste a quien libra al esclavo. Salve, plegaria ante el juez verdadero; Salve, perdón del que tuerce el sendero» (Estrofa 13ª, traducción rítmica del P. Jesús Castellano Cervera).

su gloria, sino de obtener para nosotros la gloria perdurable. No necesita, en efecto, de nuestra glorificación la que es tabernáculo del Señor de la gloria y ciudad de Dios, de la cual se han dicho cosas gloriosas, según aquellas palabras del insigne David que se refieren a ella: *Cosas gloriosas han sido dichas acerca de ti, oh ciudad de Dios*[5]. ¿A qué otra ciudad podremos alabar, sino a la del Dios invisible e inmenso, que con su poder abarca todas las cosas? Me refiero a aquella ciudad que, de un modo maravilloso y sobrenatural, albergó al Verbo de Dios, que está por encima de toda sustancia. Acerca de ella el Señor ha manifestado cosas gloriosas, pues no hay nada que supere la gloria de haberse dado en ella cumplimiento a los antiguos y veraces designios de Dios.

Ofrecimiento de primicias a la Reina y Madre

2. No hay lengua humana, ni angélica, que pueda alabar debidamente a aquella por medio de quien se nos ha concedido el poder contemplar la radiante gloria del Señor. ¿Pero, acaso por no ser capaces de proclamar sus alabanzas, habremos de guardar silencio? De ningún modo[6]. ¿Quizás, sin advertir nuestra propia limitación y soltando el freno de un temor respetuoso

5. Sal 86 (85), 3.

6. San Andrés de Creta al comenzar su segunda homilía sobre la Dormición dice: «Nuestra festiva asamblea pone de relieve este misterio y, aunque ante él sería preferible guardar silencio, impelidos, sin embargo, por un singular anhelo y aun sintiéndonos muy incapaces de expresarnos debidamente, intentaremos manifestar con nuestras palabras lo que hay de más profundo en esta solemnidad» (*Homilías Marianas*, Ciudad Nueva 1995, p. 143).

nos lanzaremos a hablar de cosas que nos están vedadas? No hemos de obrar así, por supuesto, antes bien, combinando el respeto con el deseo, habremos de tejer una corona que, con sagrada reverencia, con mano temblorosa y con espiritual fervor, ofreceremos humildemente a la que es Reina y Madre y merece todo el reconocimiento de la humana naturaleza y nuestro más rendido homenaje.

Se dice que ciertos campesinos que estaban labrando la tierra vieron pasar a un rey adornado con su vestimenta de púrpura, con su diadema resplandeciente, y rodeado de una numerosa guardia de honor, y no teniendo nada que ofrecer a este soberano, uno de ellos fue al punto a sacar agua de un abundante manantial que había cerca de allí, para llevársela al monarca. Habiendo inquirido el rey el significado de ese gesto, el campesino le respondió: Yo ofrezco lo que tengo a mano, a fin de que la prontitud y buena desposición de ánimo no dejen de manifestarse a causa de la indigencia. Vuestra majestad, en efecto, no necesita nada de lo que poseemos y no requiere de nosotros más que el afecto y la buena voluntad. Cumplimos así nuestro deber y nos hacemos merecedores de alabanza, pues muchas veces obtienen algún premio los que se muestran generosos. En consecuencia, el rey, lleno de admiración, alabó el buen sentido y la diligencia del rústico y le recompensó con grandes dones [7]. Si este altivo tirano consideró que la buena voluntad era más estimable que la magnificencia, ¿cuánto más no aceptará lo que le ofrezcamos, sin reparar en nuestra pequeñez, aquella que es una Señora verdaderamente bondadosa y es

7. Esta anécdota concerniente al rey de los persas Artajerjes es referida por Plutarco y otros autores.

Madre de Dios, el cual es la misma bondad, su condescendencia no tiene límites y considera que dos pequeñas monedas merecen una gran recompensa? [8]. Así pues, ella en verdad aceptará las ofrendas que de nuestra parte le debemos y, a cambio, nos concederá unos dones incomparablemente superiores. Siéndonos preciso ya abordar el asunto de nuestro discurso, a fin de realizarlo del modo más conveniente dirigiremos nuestra palabra a la misma Virgen María.

Escogida y predestinada

3. ¿Qué nombre te daremos, oh Señora, y con qué palabra nos dirigiremos a ti? ¿Con qué alabanzas podremos coronar tu sagrada y gloriosa cabeza? Tú nos proporcionas los bienes y las riquezas; tú eres ornamento del género humano y decoro de toda la creación, que por medio de ti ha encontrado la verdadera dicha, pues gracias a ti ha recibido a Aquel que es inabarcable, y al que antes no podía ni siquiera mirar, por obra tuya lo contempla ya visiblemente. ¡Oh Verbo de Dios, haz que se abra mi boca torpe e inexperta y que, al abrirse mis labios, brote de ellos un discurso agradable y hermoso! [9]. Infúndeme el soplo de la gracia del Espíritu Santo, que hizo hablar con elocuencia y sabiduría a unos pescadores ignorantes, a fin de que yo, con mi pobre voz y aunque sea con palabras

8. Cf. Mt 12, 41-44; Lc 21, 1-4.

9. Es frecuente que los Padres griegos se sirvan de un juego de palabras que no queda muy reflejado en las traducciones. Se trata de un enlace entre el Verbo, Palabra eterna de Dios y la ofrenda de las palabras del orador sagrado.

oscuras, pueda proclamar la grandezas de tu carísima Madre.

Ella desde antiguo fue escogida y predestinada por la bondad del Padre que, sin experimentar cambio alguno, engendra al Hijo desde toda la eternidad. Para la expiación de las culpas, para la salvación, la justificación y la redención de los hombres, Aquel que es vida de vida, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, al cumplirse el tiempo establecido, asumiendo nuestra carne, nació de la Virgen, siendo su concepción totalmente singular y maravillosa [10], realizándose su nacimiento de un modo que supera las leyes de la naturaleza, y estando destinado a la salvación de todo el orbe, así como también su gloriosa muerte es sacrosanta y digna de toda alabanza.

Esta Virgen fue predestinada por el Padre, anunciada por los profetas divinamente inspirados y fecundada por el Espíritu Santo, que la colmó de pureza y santidad. Y tú, oh Hijo y manifestación del Padre, que no puedes ser abarcado en lugar alguno, estableciste tu morada en ella, a fin de unir nuestra humilde y baja condición humana con la excelsa e incomprensible grandeza de tu divinidad [11]. La primicia de tu encarnación

10. Aquí se trata de la concepción de Cristo, pero en la homilía sobre la Natividad, san Juan Damasceno habla de la concepción pasiva de María como de un acontecimiento totalmente investido por la gracia. Véase anteriormente pp. 118-119.

11. El concepto de que María albergó en su seno a Aquel que no puede ser abarcado ni siquiera por la inmensidad de los cielos, aparece constantemente en los escritos teológicos y en las preces litúrgicas. Ha dado origen también a un tipo de iconos muy divulgados en los que la Virgen lleva la figura de Jesús en el *clípeo*, o sea, dentro de un círculo sobre el pecho de la Madre. Se la denomina *Platitera ton ouranon*, o sea, la que es más amplia que los cielos.

es la sangre inocente, pura e inviolada de esta Virgen santa, de la cual asumiste la carne a la que estuvo unida tu alma racional. De este modo, por tu gran misericordia, tomaste sobre ti nuestra propia debilidad y te hiciste verdadero hombre, sin dejar de ser verdadero Dios y de poseer la misma naturaleza del Padre.

Así pues, tú que naciste de la Virgen eres un solo Cristo, un solo Señor, a la vez Dios y hombre; perfecto Dios y perfecto hombre; Dios verdadero y hombre verdadero; una sola persona en dos naturalezas perfectas, que son la divinidad y la humanidad. No eres solamente Dios ni solamente hombre, sino el Hijo único de Dios, hecho hombre; verdadero Dios y al mismo tiempo hombre, sin mezcla ni división de las dos naturalezas distintas, que subsisten en una sola persona sin confusión alguna. Por esto existen en ti las propiedades y características de ambas naturalezas: lo creado y lo increado, lo mortal y lo inmortal, lo visible y lo invisible, lo abarcable y lo inabarcable, la voluntad divina y la humana, la operación divina y la que es propia del hombre, la libertad divina y también la humana, los milagros divinos y las afecciones naturales y humanas, aunque libres de toda culpa [12].

Movido, oh Señor, por las entrañas de tu misericordia asumiste enteramente la naturaleza del primer Adán, aunque libre de toda culpa, tal cual era antes de la prevaricación. Tomaste, pues, el cuerpo, el alma y la mente, con todas sus propiedades naturales, a fin de otorgar la salvación a todo nuestro ser, pues lo que tú no hubieses asumido no habría sido sanado. De esta

12. Excelente profesión de la fe cristológica ortodoxa, de la que san Juan Damasceno es el más prestigioso maestro. Su síntesis teológica se ha parangonado con la de santo Tomás de Aquino.

manera quedaste constituido mediador entre Dios y los hombres, deshiciste la enemistad, condujiste hacia el Padre a los que se habían apartado de Él, hiciste retornar al buen camino a los extraviados, iluminaste a los que estaban sumidos en las tinieblas, reparaste lo que estaba roto y quebrantado, transformaste lo corruptible proporcionándole la incorrupción, liberaste a las creaturas del error del politeismo, hiciste a los hombres hijos de Dios, a quienes eran infames y estaban envilecidos les hiciste partícipes de tu divina gloria, al que estaba sentenciado a ser recluido en las profundidades de la tierra lo levantaste por encima de todo principado y potestad, y al que estaba condenado a retornar al polvo de la tierra y habitar en los infiernos, le hiciste sentar contigo en tu trono real. ¿Cuál fue el taller en el que se realizaron estas obras tan excelentes y que superan toda nuestra capacidad de comprensión? ¿No fue en verdad aquella misma Virgen perpetua de la que tú naciste? [13].

El más admirable entre los dones divinos

4. Oh padres y hermanos, amados de Dios, estáis contemplando la gracia que en el día de hoy se nos manifiesta; estáis viendo cuán sublime y venerable es esta mujer a la que ahora se dirigen nuestras alabanzas. ¿No son en verdad impresionantes sus misterios? ¿No están colmados de admirables maravillas? Biena-

13. También san Germán de Constantinopla se sirve de esta comparación simbólica y llama a María «taller divino», porque en ella se realizan los inicios de la obra de regeneración (*Homilías Mariológicas*, Ciudad Nueva, 1991, p. 56).

venturados quienes contemplan debidamente todas estas cosas. Bienaventurados los que han alcanzado una tal capacidad de comprensión. ¡Qué grandes resplandores iluminan hoy la noche! ¡Qué admirable escolta de ángeles rinde honores, en el día de su muerte, a la Madre del Autor de la vida! ¡Qué hermosas alabanzas entonan los apóstoles en las exequias de la que albergó en su seno al mismo Dios! ¡Mirad qué gran maravilla: el Verbo de Dios, que por su benignidad se dignó hacerse hijo de la Virgen, toma en sus divinas manos el alma de esta excelsa y santísima Señora, prestándole el honor y el servicio que se deben a una madre! ¡Oh excelente legislador que no está sujeto a la ley, pero cumple el mandamiento de que los hijos han de servir a sus padres, según el precepto que Él mismo estableció y que dice: *Honra a tu padre y a tu madre* [14]! Estas cosas resultan evidentes para quien tiene algún conocimiento de las sentencias contenidas en la Sagrada Escritura, pues si en ella se afirma que *las almas de los justos están en las manos de Dios* [15], con mayor motivo hemos de pensar que la Virgen encomendó su alma a las manos del que es su hijo y su Dios [16]. Esta verdad viene a ser

14. Ex 20, 12. Esta alegación del cuarto mandamiento la hallamos en diversos sermones, refiriéndose a la actitud del Señor con su bendita Madre. En el de la Asunción atribuido al patriarca Modesto de Jerusalén se dice que Cristo quiso reunir a los apóstoles «para participar en la solemnidad de la sacratísisma Dormición de su divina Madre, cumpliendo así con lo que Él mismo había ordenado antiguamente en la ley entregada a Moisés, que dice: Honra a tus padres ya que nuestro Señor es bondadosísimo y anhela prestar aquel honor exigido por la misma naturaleza» (PG 86, 3296).

15. Sb 3, 1.

16. Tanto los Padres como los apócrifos suelen hacer referencia a la entrega del alma de María en las manos de Cristo. El relato del patriarca Alejandro Teodosio del año 567, dice que Jesús

tan manifiesta y tan clara, que no puede en modo alguno ser impugnada.

Si os parece bien, trataré de exponer ahora quién es esta mujer, de dónde procede y por qué razón ha sido concedida al mundo como el don más excelso y más expresivo del amor de Dios. Manifestaré asimismo de qué manera ha transcurrido su existencia en este mundo y los grandes misterios con que ha sido favorecida por el Señor. Los gentiles cuando tributan los honores fúnebres a los que han dejado esta vida, ponen gran empeño en exponer aquellas cosas que juzgan que han de ser del agrado de los oyentes, exhortando a la virtud a los que siguen con vida y profiriendo grandes alabanzas de los difuntos, aunque muchas veces no hagan más que inventar una multitud de fábulas, debido a que aquellos a quienes encomian no ofrecen motivo alguno de alabanza. Si nosotros, por el contrario, guardamos un profundo silencio acerca de unas cosas que son absolutamente ciertas y que nos han proporcionado la salvación y toda clase de bendiciones, ¿no nos haremos en verdad merecedores de desprecio e incurriremos en la misma pena de aquel que escondió el talento que se le había entregado? [17]. Así pues, iniciemos este discurso, que ha de ser breve y conciso a fin de no incomodar a los oyentes, de modo semejante a lo que pasa con el comer excesivamente, que resulta perjudicial para el cuerpo.

mandó a los apóstoles que fueran al santuario a buscar las vestiduras y los perfumes celestes con que honrarían el cuerpo de María. Recostada sobre estas ropas, ella entregó su espíritu en manos de Jesús, y Pedro y Juan envolvieron el cuerpo de la Virgen y lo prepararon para la sepultura. (J. M.ª BOVER, *La Asunción de María*, BAC, Madrid 1947, p. 312).

17. Cf. Mt 25, 24-30.

Los padres de la Virgen

5. Joaquín y Ana fueron los padres de María. Joaquín era pastor de ovejas y sabía gobernar sus pensamientos, no menos que sus rebaños. Siendo él a su vez pastoreado por el Señor, no carecía de los bienes más excelentes [18]. Que nadie piense que me refiero a las cosas que casi todos ambicionamos con gran avidez y que, sin embargo, no perduran ni proporcionan la felicidad, o sea, los placeres de este mundo, que no tienen una existencia estable, sino que pasan y desaparecen tan pronto como uno ha logrado alcanzarlos, aunque pueda parecer que los posee de un modo definitivo. ¡Lejos de nosotros el poner nuestra admiración en tales cosas, que no son la herencia de quienes temen al Señor! Los bienes verdaderos, aquellos que desean y aprecian quienes piensan rectamente, son los que duran eternamente, que agradan al Señor y que producen sazonados frutos, o sea, las virtudes, que fructifican a su debido tiempo, es decir, que proporcionan la vida eterna a quienes han puesto interés y se han esforzado en cultivarlas, ya que el trabajo va por delante y después le sigue la eterna bienaventuranza.

Joaquín interiormente apacentaba sus pensamientos *en un paraje de pastos abundantes* [19], dedicándose a la constante contemplación de las sagradas enseñanzas y deleitándose con el *agua restauradora* [20] de la divina

18. San Juan Damasceno predicaba en Jerusalén y se hacía eco de las antiguas tradiciones que presentaban al padre de la Virgen como poseedor de rebaños de ovejas. Los apócrifos lo consideran como hombre rico, generoso y muy relacionado con el estamento sacerdotal.

19. Sal 23 (22), 2.

20. Sal 23 (22), 3.

gracia, a fin de apartar de su mente toda insensatez y conducir sus reflexiones por los caminos de la justicia. Por su parte Ana, cuyo nombre significa «gracia», estaba unida a su esposo por la semejanza de costumbres, no menos que por el yugo del matrimonio, y aunque florecía en toda clase de virtudes, por alguna misteriosa razón se veía afectada por la dolencia de la esterilidad. Era, sin embargo, una verdadera gracia su infecundidad que le impedía procrear seres humanos, puesto que *todos se habían extraviado, se habían vuelto inútiles y nadie obraba el bien, ni buscaba a Dios* [21].

Entonces el buen Dios, mirando a sus creaturas y compadeciéndose de la obra de sus manos, quiso otorgar la salvación y liberó de la esterilidad a Ana, cuyo nombre hace referencia a la gracia y en la que se manifestaba una sabiduría proveniente de Dios. Esta mujer dio a luz a una hija que no admite comparación con ninguna otra creatura, ni de antes ni de después. Esta liberación de la esterilidad era una señal manifiesta de que iba a desaparecer la incapacidad para obrar el bien, que afectaba a todo el mundo, y de que el árbol de la humanidad produciría el fruto de una inefable bienaventuranza [22].

Infancia y adolescencia de María

6. Así resulta que la Madre de Dios vino al mundo como cumplimiento de una promesa, pues su concepción había sido anunciada por un ángel. Era conve-

21. Sal 14 (13), 2-3.

22. La liberación de la esterilidad se considera como un signo de liberación, propio del advenimiento de la plenitud de la gracia.

niente, en efecto, que ya en su nacimiento se mostrara muy superior a todos los demás, aquella que, según la carne, había de ser la Madre del único y verdadero Dios. Después fue presentada en el templo santo del Señor, donde habitó sobresaliendo entre todos por su diligencia y tenor de vida, que era de una gran excelsitud y pureza, y estando apartada del trato con hombres y mujeres de conducta inconveniente.

Al llegar a la flor de la edad, puesto que la ley prohibía que pudiera permanecer en el recinto del templo, los sacerdotes la dieron por esposa a José, como custodio de su virginidad, el cual debía preservarla siempre de toda violación o inconveniencia. Esta santa e incontaminada doncella habitaba en casa de José, sin preocuparse ni enterarse de lo que ocurría fuera de su morada.

La Anunciación

7. Cuando, según la expresión del gran apóstol Pablo, llegó *la plenitud de los tiempos* [23], el ángel Gabriel fue enviado por Dios, a aquella que en verdad era hija de Dios, y le dirigió estas palabras: *Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo* [24]. Hermosísima es esta salutación del ángel a aquella que sobrepuja en dignidad a los ángeles. Se trata de una locución que llena de gozo a todo el mundo. La Virgen se turbó con este saludo, pues no acostumbraba mantener conversación con los varones, ya que había determinado guardar con toda diligencia la virginidad [25]. *Ella reflexionaba dentro de sí*

23. Ga 4, 4.
24. Lc 1, 28.
25. Todos los predicadores de la época remarcan la turbación

lo que podía significar una tal salutación. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios» [26]. Verdaderamente halló gracia la que era digna de la gracia; halló gracia la que había cultivado la gracia, obteniendo una gran cosecha; halló gracia la que produjo la semilla de la gracia y consiguió una mies abundantísima; halló el profundo mar de la gracia la que había preservado incólume la nave de una doble virginidad, pues María había guardado tanto la virginidad del alma como la del cuerpo y, por consiguiente, también su cuerpo era del todo virginal.

Darás a luz a un hijo y le pondrás por nombre Jesús (que significa Salvador), *porque Él salvará a su pueblo de los pecados* [27]. ¿Cómo se comportó ante esto la que era un tesoro de verdadera sabiduría? No imita a la primera madre Eva, sino que, evitando la ingenua candidez de aquella, toma por apoyo el conocimiento de la naturaleza y pregunta al ángel: *¿Cómo será esto, pues no conozco varón?* [28], con lo cual viene a decir: me anuncias cosas imposibles, pues tus palabras contradicen las leyes de la naturaleza, establecidas por el supremo Hacedor. No quiero seguir el ejemplo de Eva, desobedeciendo la voluntad de mi Creador. Si lo que me dices no se opone a las disposiciones divinas, disipa tú mis dudas y explícame de qué modo voy a concebir un hijo. El ángel de la verdad le respondió: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra y el que nacerá será*

de María como un ejemplo destinado a las mujeres cristianas y especialmente a las vírgenes, a fin de que se distingan por su recato y prudencia en el trato con los varones.

26. Lc 1, 29-30.

27. Lc 1, 31; Mt 1, 21.

28. Lc 1, 34.

llamado santo, Hijo de Dios [29]. Estas cosas no están sujetas a las leyes de la naturaleza, pues el que es Señor y artífice de ella puede libremente modificarlas. Al escuchar la Virgen el nombre del Señor, que siempre veneraba con gran respeto y devoción, contestó con toda reverencia, manifestando su gozo y su voluntad de obedecer, y dijo: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí, según tu palabra* [30].

Simbología mariana del Antiguo Testamento

8. Apropiándome oportunamente de las palabras del Apóstol, diré: *¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!* [31]. ¡Oh inmensa bondad de Dios, oh amor inconmensurable! Aquel que llama a las cosas que no existen, como si existieran [32]; Aquel que llena el cielo y la tierra [33]; Aquel que tiene el cielo por trono, y la tierra por escabel de sus pies [34]; Él es quien hizo que el seno de su esclava fuese para sí mismo como una espaciosa morada, en la que realizaría el más maravilloso y extraordinario de todos los misterios. Efectivamente, el que es Dios se hace hombre y, al llegar el tiempo del parto, nace de un modo maravilloso, saliendo del seno materno sin quebranto alguno de la virginidad de su madre, y el que es res-

29. Lc 1, 35.
30. Lc 1, 38.
31. Rm 11, 33.
32. Cf. Rm 4, 17.
33. Cf. Jr 23, 24.
34. Cf. Is 66, 1.

plandor de la gloria del Padre e impronta de su ser y que sostiene todas las cosas con la palabra que sale de su boca [35], hecho niño es llevado en brazos de una mujer [36]. ¡Oh milagros verdaderamente divinos! ¡Oh misterios que sobrepasan la naturaleza y van más allá de toda imaginación! ¡Oh gloria y esplendor de la virginidad, que superan totalmente la condición humana! Grande es el misterio que en ti se manifiesta, oh Virgen y Madre llena de santidad. *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre* [37].

Bienaventurada por generaciones y generaciones, tú que eres la única que ha merecido ser proclamada dichosa. Bienaventurada te aclaman en verdad todas las generaciones [38]. Te vieron las hijas de Jerusalén [39], es decir, de la Iglesia, y te llamaron bienaventurada las reinas, o sea, las almas justas, y te alabarán eternamente. Tú eres, en efecto, el trono real junto al cual permanecen los ángeles, contemplando al que en él está sentado y que es su Señor y su Creador. Tú eres el Edén espiritual, más santo y más divino que el antiguo Edén, pues en ése moraba el Adán terreno, mientras que en ti habita el Señor que ha bajado del cielo [40]. De ti es

35. Cf. Hb 1, 3.

36. La mayor parte de los iconos bizantinos representan a la Virgen que lleva en brazos a Jesús, en cuyo nimbo cruciforme aparecen unas letras alusivas a la divinidad y humanidad del Salvador.

37. Lc 1, 28 y 43

38. Cf. Lc 1, 48.

39. Cf. Ct 6, 9.

40. A Juan de Eubea (s. VIII) se debe el primer sermón que se conserva acerca de la concepción pasiva de María. En él se dice: «El mismo Creador creó, de la antigua tierra, un cielo nuevo y un trono incombustible. Él transformó el barro viejo en una cámara celestial» (PG 96, 1485).

figura el arca de la alianza, en razón de contener la nueva semilla para el mundo, pues tú has albergado en tu seno a Cristo, que es la salvación del mundo y que hundió el pecado en el abismo del mar y sosegó su encrespado oleaje.

Fuiste también, oh Vírgen, claramente prefigurada en la zarza, en las tablas escritas por Dios, en el arca de la ley, en la vasija de oro, en el candelabro, en la mesa, y en la vara de Aarón que floreció. De ti, en efecto, procede la llama de la divinidad, el Verbo y manifestación del Padre, el maná suavísimo y celestial, el nombre inefable que está sobre todo nombre [41], la luz eterna e inaccesible, el celeste pan de vida [42]. De ti ha brotado corporalmente aquel fruto que no se debe al trabajo de ningún cultivador [43].

¿Acaso no fue también imagen tuya, manifestada de antemano, aquel horno cuyo fuego era a la vez llama encendida y rocío refrescante, y que venía a ser anuncio y figura del fuego divino que en ti se albergó? ¿No es, por ventura, una clara alegoría tuya la tienda de Abraham? Ciertamente que sí, pues el Verbo de Dios, como en un tabernáculo, habitaba en tu seno, y la naturaleza humana le ofreció un pan subcinericio [44] cocido por el fuego divino, una ofrenda de primicias formada de tu sangre purísima. Es una sola persona divina y en ella subsisten un cuerpo animado y un alma racional e intelectiva.

41. Cf. Flp 2, 9.

42. Cf. Jn 6, 48.

43. «Tierra no labrada» llama san Germán a María, en razón de haber concebido sin obra de varón (*Homilías mariológicas*, cit., p. 62).

44. Cf. Gn 18, 6.

¡Ay, que por poco me olvido de la escala de Jacob![45]. ¿No resulta evidente para todos que tú, oh María, estás en ella prefigurada y anunciada? Vio este patriarca una escalera que unía el cielo con la tierra y contempló a los ángeles que subían y bajaban por ella, y además experimentó una significativa lucha con el que en verdad es fuerte e invencible. De un modo semejante, desempeñando tú el oficio de mediadora, te convertiste en escalera por la que Dios ha bajado hasta nosotros asumiendo nuestra débil naturaleza, y recompusiste lo que estaba disgregado, de modo que el hombre pudiera unirse de nuevo con Dios. Así pues, los ángeles bajaron prestando servicio al Señor, y los hombres, abrazando un género de vida angelical, son elevados hacia el cielo.

Anuncios proféticos acerca de María

9. ¿Dónde voy a colocar los anuncios de los profetas? ¿Acaso no vamos a querer demostrar que en verdad se refieren a ti? ¿Qué simboliza el vellocino sobre el cual descendió, como la lluvia, el Hijo de Dios y Rey universal, eterno como el Padre y que posee su mismo trono? [46]. ¿No se refiere claramente a ti, oh María? [47]. ¿No eres tú aquella virgen de la cual Isaías, lleno de espíritu profético, anunció que concebiría en su seno y daría a luz a un hijo, que sería Dios con no-

45. Cf. Gn 28, 12-22.

46. Cf. Jc 6, 36-40

47. Como «vellocino purísimo del celeste rocío» aclama a María san Andrés de Creta (*Homilías Marianas*, cit., Madrid 1995, p. 140).

sotros [48], pues, habiéndose hecho hombre, permanecería siendo Dios? ¿A quién hace alusión aquel monte de Daniel [49], del cual sin trabajo de varón se desprendió la piedra angular, que es Cristo? ¿Acaso este monte no te representa a ti, que fuiste madre sin recibir semilla y permaneciste siempre virgen? Que venga el inspiradísimo Ezequiel y nos muestre aquella puerta cerrada, por la que pasó el Señor y no quedó ya abierta, según se nos manifiesta en su anuncio profético [50]. Los hechos posteriores dan fe de sus palabras, que sin duda se refieren a ti, pues al encarnarse pasó por tu seno el mismo Dios, que está por encima de todo, y no abrió las puertas de tu virginidad, cuyos sellos permanecen intactos para siempre [51].

Los profetas, pues, te anuncian, los ángeles te sirven, los apóstoles te asisten, y especialmente aquel que es virgen y teólogo te atiende a ti, la siempre virgen y Madre de Dios. En el día de hoy en que te encaminas hacia tu Hijo, te acompañan los ángeles y las almas justas de los patriarcas y profetas, e igualmente te dan escolta los apóstoles y una multitud de venerables padres, movidos por el Espíritu de Dios, todos los cuales, congregados por orden de tu divino Hijo, desde los confines de la tierra han llegado a la augusta y santa ciudad de Jerusalén, y te cantan sagrados a inspiradísimos himnos de alabanza, a ti que eres la fuente de donde ha brotado el cuerpo del Señor, que nos da la vida [52].

48. Cf. Is 7, 14.

49. Cf. Dn 2, 34.

50. Cf. Ez 44, 1-2

51. Siempre se ha visto en la «puerta cerrada» un símbolo de la perpetua virginidad de María, como ya lo atestigua san Jerónimo (*Comentario a Ezequiel* 13, 44, PL 25, 430).

52. El monje Epifanio en su *Vida de María* nos dice que la

Cuerpo preservado de la corrupción

10. ¡De qué modo tan maravilloso la fuente de la vida, a través de la muerte, es conducida a la vida! ¡De qué manera tan extraordinaria aquella que fue madre superando las leyes de la naturaleza, ahora se sujeta a ellas, sometiéndose a la muerte en su cuerpo inmaculado! Era preciso, en efecto, que lo mortal se revistiera de inmortalidad [53], así como, por su parte, el Señor no rehusó pasar por el trance de la muerte y, al morir en la carne, venció a la muerte, nos concedió la incorrupción y vino a ser para nosotros fuente de la resurrección.

¡He aquí que el Creador de todas las cosas recibe en sus manos el alma sacrosanta que emigra de aquel cuerpo, que es el tabernáculo en que habitó el Señor! Con razón quiso Él prestar este honor a aquella que, por una altísima e inefable decisión de su bondad, al asumir Él verdaderamente nuestra carne, la hizo madre suya sin que por ello dejara de pertenecer al linaje humano.

Los coros de los ángeles, según creemos, contemplaron, oh Virgen, tu salida de este mundo, por ellos anhelada. ¡Oh gloriosísima emigración que te proporciona la dicha de ir a habitar junto a Dios! Si bien no

Virgen «enviando recado, convocó a todos los apóstoles, y muchas personas vinieron junto a ella, de modo que se produjo un concurso muy grande y numeroso (*Vida de María*, Ciudad Nueva, Madrid 1990, p. 134). Todos los apócrifos hablan de la llegada milagrosa de los apóstoles transportados por nubes. Todo esto deriva, en último término, de la costumbre muy arraigada en Oriente de reunirse familiares y conocidos junto al lecho de los moribundos, momento propicio para despedidas y recomendaciones.

53. Cf. 1 Co 15, 53.

dudamos de que esta gracia es concedida por el Señor a todos sus siervos fieles, existe, sin embargo, a este respecto una inmensa diferencia entre los que son meros servidores de Dios y la que es su Madre. ¿Podremos en verdad designar con el nombre de muerte al misterio que se ha realizado en ti, oh María? Aunque, tal como corresponde a la naturaleza, tu sacratísima y bienaventurada alma se haya separado de tu glorioso e inmaculado cuerpo y éste haya sido debidamente sepultado, no permanece, sin embargo, en la muerte, ni se destruye por la corrupción. Ya que cuando fuiste madre, tu virginidad permaneció incólume, al emigrar de este mundo tu cuerpo fue preservado de la descomposición[54], quedando transformado en un tabernáculo más ilustre y excelso, no sujeto ya a la muerte, sino destinado a perdurar por todos los siglos sin fin.

Así como el sol tiene una luz constante y esplendorosa, pero cuando queda un poco cubierto por la luna, parece que viene a menos y que su resplandor se transforma en oscuridad, no queda, sin embargo, realmente privado de la luz, de la que es fuente inagotable puesto que Dios, que es su hacedor, lo ha constituido como manantial indeficiente de luminosidad; de

54. Los Santos Padres han descubierto una estrecha relación entre la perpetua virginidad de María y la incorrupción de su cuerpo virginal después de su muerte. Lo mismo se destaca en los textos litúrgicos. Un tropario bizantino dice así: «En tu maternidad la concepción fue virginal; en tu dormición la muerte fue sin corrupción: un doble milagro se produce maravillosamente, pues, ¿cómo la que es virgen intacta puede concebir un hijo? y ¿cómo la Madre de Dios, después de muerta, exhala perfumes? Por eso con el ángel clamamos a ti: Salve, llena de gracia» (F. AGUIRRE, *La Asunción de la Santísima Virgen en la liturgia greco-bizantina*, «Oriente IV», 1954, p. 13).

modo semejante, tú, oh Virgen María, que eres fuente de la verdadera luz, tesoro inexhausto de la auténtica vida, origen de copiosas bendiciones, y que nos has alcanzado y transmitido todos los bienes, aunque por algún espacio de tiempo la muerte te haya afectado en cuanto al cuerpo, nos has otorgado la luz inmensa, la vida inmortal, los copiosos manantiales de una genuina felicidad, los ríos de la gracia, el don de curaciones y una bendición que perdura para siempre. Tú eres como un frondoso manzanal y tus frutos son dulces al paladar de los fieles [55]. A tu sagrado tránsito no lo llamaremos muerte, sino sueño o emigración y, con más propiedad aún, lo designaremos como permanencia en la patria, pues, al dejar este mundo, obtienes una morada mucho más excelente.

La Virgen junto al trono de su Hijo

11. Los ángeles y arcángeles te trasladaron. Ante tu tránsito los espíritus inmundos que vuelan por los aires, se estremecieron de espanto. Con tu paso el aire quedó bendecido y el éter santificado [56]. El cielo, con gozo recibe tu alma. Las potestades celestiales salen a tu encuentro cantando himnos sagrados con festiva alegría y expresándose con éstas o parecidas palabras: ¿Quién es ésta que sube toda pura, surgiendo como la aurora, her-

55. Cf. Ct 2, 3.

56. San Germán dice que «cuando los hombres miserables vivían en el error y en la idolatría e infestaban el aire con el humo de sus sacrificios, entonces los ángeles se apartaron de la convivencia con los seres humanos y Dios, por su parte, apartó de ellos su Espíritu Santo». Pero todo esto cambió radicalmente al realizarse la Encarnación (*Homilías mariológicas*, cit., pp. 106-107).

mosa como la luna y escogida como el sol? [57]. ¡Oh qué hermosa eres y toda llena de suavidad! Tú eres la flor del campo y como lirio entre espinas [58]. Por eso te amaron las doncellas y corrieron tras el olor de tus perfumes [59]. El Rey te introdujo en su cámara, donde las potestades te dan escolta, los principados te bendicen, los tronos entonan cánticos en tu honor, los querubines se maravillan y los serafines proclaman tus alabanzas, ya que, por divina disposición, has sido constituida verdadera Madre del Señor. Tú no subiste al cielo a la manera de Elías [60], ni al modo de Pablo fuiste transportada al tercer cielo [61], sino que llegaste junto al trono real de tu Hijo, al que contemplas con tus propios ojos y con quien habitas en un clima de gran felicidad y confianza, siendo tú la alegría de las potestades más excelsas, el gozo indeficiente de los patriarcas, la inefable dicha de los justos, la perenne exultación de los profetas, la bendición del mundo, la santificación de todas las cosas, el reposo de los fatigados, el alivio de los afligidos, la curación de los enfermos, el puerto de refugio para quienes se ven agitados por la tempestad, el perdón para los pecadores, el piadoso consuelo de los atribulados y el presuroso auxilio de todos los que te invocan.

El tabernáculo santificado.

12. ¡Oh milagro, el más extraordinario de la naturaleza! ¡Oh prodigio digno de toda admiración! La

57. Cf. Ct 3, 6; 6, 10.
58. Cf. Ct 2, 1-2.
59. Cf. Ct 1, 2-3.
60. Cf. 2 R 2, 1-14.
61. Cf. 2 Co 12, 2.

muerte, que antes era objeto de horror y de odio, ahora es alabada y enaltecida. Antes daba ocasión al luto, al abatimiento y a las lágrimas, e infundía desconsuelo, mientras que ahora es causa de gozo y de una festiva celebración. La muerte de todos los siervos del Señor es tenida por dichosa, ya que por medio de ella obtienen el ser agradables a Dios y permanecer inalterables en la virtud. Por eso está escrito: *No llames bienaventurado a nadie antes de su muerte* [62].

A ti, sin embargo, oh Virgen María, no te aplicamos tales palabras, pues tu bienaventuranza no deriva de la muerte, ni es tu tránsito el que te haya alcanzado la perfección, ni tu salida de este mundo te ha obtenido la seguridad indefectible. En efecto, el inicio, la continuación y el término de todos tus incomparables bienes, así como su permanencia e indemnidad, se fundan en la concepción sin semilla, en la divina presencia y en la maternidad virginal. Por consiguiente, con toda verdad dijiste que todas las generaciones te llamarían bienaventurada [63], no a raíz de tu muerte sino de tu concepción.

No es, pues, la muerte la que te ha hecho bienaventurada, sino que eres tú la que has otorgado la felicidad a la muerte, cuando la aceptaste e hiciste desaparecer su tristeza [64]. Al ser conducido al sepulcro

62. Si 11, 28, aunque no corresponde exactamente al texto bíblico.

63. Cf. Lc 1, 48.

64. En un Kontakion de la liturgia bizantina se canta así: «Ni el sepulcro ni la muerte pudieron dominar a la Madre de Dios, que de continuo intercede por nosotros y es nuestra inconmovible esperanza, pues como a Madre de la vida, la trasladó a la vida Aquel que había morado en su seno siempre virginal» (F. AGUIRRE, cit., 1. c., p. 13).

tu sagrado y purísimo cuerpo, unos ángeles iban por delante, otros estaban junto al féretro y otros lo seguían, prestándote los honores que te corresponden por ser la Madre de su Señor. Por su parte los apóstoles y toda la asamblea de los fieles con sonora voz entonaban himnos [65], bajo la inspiración del divino Espíritu, diciendo: *Seremos colmados de los bienes de tu casa; santo es tu templo, admirable por su justicia* [66]; y también: *El Altísimo ha santificado su tabernáculo* [67]. *Monte de Dios, monte fértil, monte en el cual Dios se complació en habitar* [68]. A ti, que eres la verdadera arca de Dios, los apóstoles te llevaron sobre sus hombros hacia el sepulcro, del mismo modo que los sacerdotes transportaron aquella otra arca, que era figura tuya [69]. El sepulcro vino a ser como el Jordán, pues, a través de él, fuiste transportada a la verdadera tierra de promisión, es decir, a la Jerusalén de arriba, que es la madre de todos los fieles [70] y cuyo constructor y artífice es el mismo Dios. No quedó abandonado en la tierra tu cuerpo inmaculado y purísimo, sino que fuiste trasladada a las regias mansiones de los cielos, tú que eres reina y señora y verdadera Madre de Dios.

65. En un Doxáticon bizantino se dice: «Desde los confines de la tierra concurrieron, por divina disposición, los príncipes de los apóstoles y al ver cómo eras elevada de la tierra al cielo, clamaban a ti alegres con las palabras de Gabriel: Salve, carroza de toda la divinidad; Salve, única que con tu parto has unido la tierra con el cielo» (F. AGUIRRE, cit., 1. c., p. 14).

66. Sal 65 (64), 5-6.

67. Sal 46 (45), 5.

68. Sal 68 (67), 16-17.

69. Cf. Jos 3, 3-17.

70. Cf. Ga 4, 26.

El sepulcro de María fuente de todo bien

13. ¡Oh maravilla! ¿Cómo pudo el cielo recibir a la que supera en amplitud a los espacios celestes? ¿Cómo es posible que el sepulcro acogiera a la que fue albergue del mismo Dios? Así fue en verdad. No se trata, en efecto, de una extensión material, pues un cuerpo que mide unos tres codos [71] y que está sujeto a las fatigas de cada día, no admite comparación con la longitud y anchura de los cielos. En verdad nos referimos a un encumbramiento en el orden de la gracia, que supera cualquier altura y profundidad, pues no hay cosa alguna que pueda compararse con Dios.

¡Oh sagrado, insigne y venerable sepulcro al que los ángeles rinden culto con profunda devoción, ante el cual se estremecen los demonios y al que acuden los hombres con sentimientos de fe para postrarse ante él, contemplarlo con sus ojos, besarlo con sus labios y venerarlo con todo el fervor de su espíritu, obteniendo de ahí copiosos beneficios! Si alguien pone un perfume de gran calidad sobre unos vestidos o lo deja en un lugar determinado, aunque después lo quite de allí, perdura el buen olor por efecto de dicho ungüento aromático; del mismo modo tu sagrado cuerpo, inmaculado, lleno de divina fragancia y fuente inagotable de gracia, fue depositado en el sepulcro y poco después conducido a un lugar más principal y excelso; pero entonces tu

71. También san Andrés de Creta hace alusión a dicha estatura de María. Se trata simplemente de decir que ella era una mujer que tenía las características comunes en su pueblo y raza (*Homilías Marianas*, cit., p. 160). Quizá este dato esté relacionado con ciertas huellas que se suponían del cuerpo de María cuando se había recostado para morir (cf. EPIFANIO, *Vida de María*, cit., p. 121).

sepultura no quedó privada de honor, sino colmada de gracia y llena de perfume divino, y se ha convertido en un manantial de favores y curaciones, en beneficio de aquellos que se acercan con fe a este sagrado monumento [72].

Nuestra consagración a la Madre de Dios

14. También nosotros hoy nos acercamos a ti, oh Señora. En verdad tú eres Señora, Virgen y Madre de Dios. A ti vinculamos nuestras almas, en la esperanza, como a un áncora solidísima y totalmente segura. Te consagramos enteramente nuestra inteligencia, nuestra alma, nuestro cuerpo y todo nuestro ser y, según nuestra propia capacidad, te aclamamos con salmos, himnos y cánticos espirituales, aunque seamos incapaces de alabarte como es debido. Si, según nos enseñan las Sagradas Letras, el honor que se tributa a los compañeros de servicio es una demostración de respeto y amor hacia el que es señor de todos, ¿qué empeño no habremos de poner en honrarte a ti que eres la Madre del Señor? ¿No hemos de poner en ello toda la diligencia? ¿No buscaremos la necesaria inspiración de la mente para glorificarte, pues nos has proporcionado la vida? Así manifestaremos cumplidamente los sentimientos de respeto y piedad que debemos a nuestro Señor. A los que piadosamente hacen memoria de ti, oh Virgen, tu recuerdo les bastará para proporcionarles un gozo que nadie les podrá quitar ¡De qué alegría

72. Aquí el santo predicador nos informa del movimiento de devoción popular, suscitado entorno al sepulcro vacío de la Virgen, en el santuario de Getsemaní.

y de cuántos dones no se verá colmado el que ha hecho en su mente un gran acopio de santísimos recuerdos tuyos!

He aquí que como muestra de gratitud te ofrezco, oh Virgen María, este discurso, fruto de mi pobre ingenio, que he compuesto movido por un ardiente amor hacia ti y echando en olvido mi propia incapacidad [73]. Recibe con benevolencia esta muestra de devoción, aun sabiendo que mis anhelos sobrepasan mis fuerzas. Cuida de nosotros, oh bondadosa Señora y Madre del buen Dios; dígnate proteger y dirigir todas nuestras cosas; sosiega el ímpetu de nuestras vergonzosas pasiones y condúcenos al puerto tranquilo de la divina voluntad, a la eterna bienaventuranza en que gozaremos de la luminosa presencia y de la suavidad y dulzura del Verbo en ti encarnado, al cual, junto con el Padre, se tribute la gloria, el honor, el poder y la grandeza, en unión con el Espíritu Santísimo y vivificante, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

73. La humildad del monje san Juan Damasceno y su devoto ofrecimiento nos recuerda una tradición muy extendida en Oriente, según la cual el santo habría ofrecido el exvoto de una mano en acción de gracias por haber curado de una herida que, según dicen, le infligieron en su mano derecha los iconoclastas. Por eso existe un tipo de icono que se denomina «trijerousa», o sea, de las tres manos, porque aparece representado el exvoto citado.

SEGUNDA HOMILÍA SOBRE LA DORMICIÓN

SERMÓN DE NUESTRO SANTO PADRE
EL MONJE JUAN DAMASCENO, EL MANSUR,
ACERCA DE LA SANTA Y MUY GLORIOSA DORMICIÓN
Y DEL TRÁNSITO DE NUESTRA SEÑORA
LA MADRE DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA

Es imposible alabar debidamente a María

1. No hay hombre alguno que sea capaz de ensalzar debidamente el glorioso tránsito de la Madre de Dios. Aunque uno tuviera la facultad de expresarse con el vigor de mil lenguas y bocas y aunque todos los hombres dispersos por el mundo unieran sus voces, sería imposible hacer el merecido elogio, pues este asunto sobrepasa las leyes de todos los géneros de la oratoria [1]. Mas, puesto que Dios se complace en aquello que hacemos según nuestras propias fuerzas, con amor, con interés y con buena voluntad, y ya que resulta agradable a la Madre de Dios lo que quiere y desea su Hijo, nos disponemos, oh pastores esclarecidos y amados de Dios, a obedecer vuestras órdenes haciendo este nuevo panegírico [2], implorando para ello la protección

1. En el presente sermón san Juan Damasceno ensalza el misterio de la Dormición de María de un modo narrativo y siguiendo, aunque con discreción, los relatos apócrifos.

2. Juan Damasceno predicaba en Jerusalén por encargo de la

del Verbo que de María tomó nuestra carne y que nos otorgará el don de la elocuencia, para proclamar sus alabanzas con palabras que correspondan a su excelsa gloria. Tengo bien comprobado que cuando ensalzamos a la Madre de Dios estamos pagando una deuda que antes hemos contraído y después empezamos de nuevo a ser deudores, de modo que siempre se mantiene la obligación, al mismo tiempo que se la satisface.

Séame propicia aquella a quien se dirigen mis alabanzas, la cual está por encima de toda la creación y es Señora de todas las creaturas, por ser la Madre de Dios, creador, artífice y señor de todo el universo. Vosotros que formáis esta asamblea y estáis ávidos de escuchar discursos espirituales, sed comprensivos y corresponded a mis deseos y a mi buena voluntad, disculpando mi ineptitud y torpeza.

Si a un soberano escogido por Dios para gobernar a los ciudadanos, que está provisto de espléndida mesa colmada de variados manjares, y que disfruta de un suntuoso palacio inundado de excelentes perfumes, se le ofrece, cuando no es la estación apropiada, un lirio de un color semejante a la púrpura o una fragante rosa nacida entre espinas como pálido capullo del que asoman unos pétalos de tenue color, pero que poco a poco bellamente se van enrojeciendo, o quizá se le brinda un sazonado y dulcísimo fruto, entonces aquel señor no se fija en la pequeñez del obsequio, sino en su singularidad, y con buen criterio se admira de un don tan desacostumbrado, recompensando al campesino que le ha hecho la ofrenda, con copiosas y hermosísimas dádivas. Del mismo modo, si en el invierno de nuestras

jerarquía local, pero su prestigio de teólogo y orador se extendía por todas las iglesias de Oriente.

facultades oratorias ofrecemos unas flores a la Reina, si ejercitamos nuestra habilidad envejecida preparándonos para el discurso, si aguzamos nuestra mente con el anhelo, tal como el hierro se afila con la piedra, si a la manera que se hace con las uvas inmaduras, exprimimos el pensamiento que engendra las palabras, y os ofrecemos el mosto a los que anheláis escuchar nuestro sermón, sin duda que nos favoreceréis con vuestra gran benevolencia [3].

¿Qué otra cosa podemos ofrecer a la Madre del Verbo, a no ser nuestras palabras? La semejanza, en efecto, es motivo de complacencia y fuente de amor. Abriendo ya las barreras y aflojando un poco las riendas, como si lanzáramos un caballo a la carrera, damos libre curso a nuestro sermón. Préstame, pues, tu ayuda y auxilio, oh Verbo de Dios; concede el don de la fecundidad a mi pobre mente, allana el camino a mis palabras y dirige mi disertación, a fin de que te sea agradable y, tanto las palabras como las ideas, estén colmadas de sabiduría.

María nuevo paraíso

2. Hoy la santa y excelsa Virgen es conducida al sublime y celeste santuario. Ella tuvo en gran estima la virginidad y alcanzó las dotes de un purísimo fuego. Todas las vírgenes al hacerse madres pierden la virginidad; María, en cambio, fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto. La sagrada y viviente arca del Dios vivo, la cual llevó en el seno a su Creador,

3. Estas expresiones manifiestan que el santo pronunció este discurso cuando ya había alcanzado una edad avanzada.

hoy encuentra su reposo y felicidad en el templo del Señor, no construido por manos humanas. Por eso su progenitor David, antepasado del Señor, salta de gozo, y junto con él danzan los ángeles [4], se regocijan los arcángeles, se alegran las virtudes, exultan los principados, se gozan las dominaciones, se llenan de júbilo las potestades, celebran fiesta los tronos, cantan himnos de alabanza los querubines y entonan cánticos de gloria los serafines, juzgando que no es pequeña la gloria que corresponde a la Madre de la gloria.

Hoy esta sagrada paloma, esta alma inocente y pura, consagrada al Espíritu divino, ha emprendido el vuelo desde el arca de su cuerpo, que fue albergue de Dios y fuente de vida, y saliendo de este mundo, ha encontrado un lugar donde pueda posar sus pies [5], estableciendo su morada en un mundo espiritual e incontaminado, en la tierra de la herencia suprema [6].

Hoy el Edén recibe el paraíso viviente del nuevo Adán, en el cual ha sido eliminada la condena, ha sido plantado el árbol de la vida y ha quedado recubierta nuestra desnudez. En efecto, ya no permanecemos desnudos y privados de toda vestidura, como cuando

4. Las escenas de exultación y gozo en la gloria del cielo suelen representarse en las cúpulas y bóvedas de las iglesias bizantinas. En la capilla «Koukouzelissa» de la Gran Laura del Monte Athos aparece el rey David con corona real y con el arpa, tomando parte en los coros y danzas de los bienaventurados.

5. Alusión a Gn 8, 8-12.

6. José el Himnógrafo designa a María como paloma dorada que pone fin al diluvio (PG 105, 996) y san Teodoro Estudita dice: «Esta santísima paloma, después de emprender el vuelo hacia lo alto, no deja de proteger a los que se quedan aquí abajo» (PG 99, 721). Véase también la homilía sobre la «Presentación de María», de GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, cit., p. 62.

estábamos desprovistos del esplendor de la semejanza divina y despojados de la exuberante gracia del Espíritu Santo. Ya no deploraremos la antigua desnudez, diciendo: *Me despojé de mi túnica, ¿cómo me la he de poner de nuevo?* [7]. En este paraíso no tuvo entrada la serpiente que nos engañó con el deseo de una falsa divinización, por motivo de lo cual hemos sido comparados a las bestias [8]. El Hijo unigénito de Dios, verdadero Dios y consustancial con el Padre, asumió nuestra naturaleza humana, tomándola de esta Virgen pura, y así los hombres hemos sido divinizados, hemos recibido el don de la inmortalidad y nos hemos despojado de la túnica de pieles, liberándonos de la corrupción y recibiendo la vestidura de una auténtica divinización.

Hoy la Virgen inmaculada, que desconoció toda afección terrena y cuyo espíritu se sustentó de pensamientos celestiales, no retornó a la tierra, sino que, siendo ella un cielo viviente, estableció su morada en los tabernáculos celestiales. No hay error alguno en llamarla cielo, puesto que ciertamente ha sido encumbrada de un modo incomprensible y extraordinario. El que formó los cielos y con su poder los sostiene, El que es creador y artífice de todas las cosas terrenas y celestiales, visibles e invisibles, El que no puede estar delimitado en lugar alguno, se encarnó, haciéndose un niño en el seno de la Virgen, sin semilla de varón, constituyendo a su Madre en precioso santuario de la única divinidad que todo lo contiene, e instalándose Él dentro de esta morada con toda la integridad de su ser, sin ningún detrimento, y estando a la vez fuera de esta mansión, sin delimitación alguna.

7. Ct 5, 3.
8. Cf. Sal 49 (48), 13.

Hoy el tesoro de la vida y el abismo de la gracia (no sé con qué otras palabras podría expresarme) queda encubierto por una muerte vivificante y, sin temor alguno, se somete a la muerte la que ha dado a luz al vencedor de la muerte, aunque no sé hasta que punto puede aplicarse el nombre de muerte a este sagrado tránsito hacia la vida, pues ¿cómo podría sujetarse a la muerte aquella que nos ha proporcionado la verdadera vida? Acepta, sin embargo, la ley establecida por el mismo que de ella nació, y como hija del primer Adán, se sujeta a la sentencia que había recaído sobre su padre. Efectivamente, si su Hijo, que es la vida, no rehusó la muerte, así también, a través de la muerte, la Madre del Dios vivo es conducida a la presencia divina. Dios ciertamente había dicho: Que el primer hombre que ha sido creado *no extienda la mano y tome el fruto del árbol de la vida y, comiendo de él, viva para siempre*[9]. Pero, ¿cómo era posible que aquella que había recibido en su seno al que es la vida sempiterna e indeficiente, y que no tiene principio ni tendrá fin, no hubiera también ella de vivir por todos los siglos? [10].

Libre de la corrupción del sepulcro

3. En otro tiempo el Señor Dios expulsó del paraíso a los progenitores del linaje humano, que impregnados del vino de la desobediencia yacían con la mente

9. Gn 3, 22.

10. La muerte pierde en María su carácter de pena o castigo y deja de tener unas connotaciones peyorativas. Por eso adoptan los Padres el término «Dormición», para designarla.

embotada, a causa de la embriaguez de la prevaricación se hallaban privados de la luz de la inteligencia y, por efecto de la crápula del pecado, tenían el alma aletargada con el sueño de la muerte. Ahora, en cambio, ¿el Señor no habría de recibir en el paraíso a la que estaba libre de ímpetu de cualquier pasión viciosa, a la que había producido el germen de la obediencia a Dios Padre y había dado origen a la vida para todo el género humano? ¿El cielo no le abriría en verdad gozosamente las puertas? Ciertamente que sí.

Eva, por haber prestado oídos a la voz de la serpiente y haber aceptado los consejos del enemigo, dejándose fascinar por el placer falso y engañoso, mereció una sentencia condenatoria de aflicción y tristeza, quedando sometida a los dolores de parto y a la pena de muerte, que la llevaría a habitar, junto con Adán, en las profundidades del infierno [11]; María, en cambio, es en verdad muy bienaventurada, porque escuchó con docilidad la palabra de Dios, fue llena de la fuerza del Espíritu Santo y, según el beneplácito del Padre, al recibir el anuncio y sin mediar obra de varón ni concupiscencia carnal, concibió a la persona del Verbo de Dios, que llena todo el universo, y, como es de razón, dio a luz sin experimentar dolores de parto.

¿Cómo era posible que la que albergó a Dios en su seno fuera devorada por la muerte? ¿Cómo podía ser absorbida por el infierno? ¿Cómo podía la corrupción atreverse a invadir el cuerpo que había recibido dentro

11. Estas expresiones no se refieren a la eterna condenación, sino a la detención de nuestros primeros padres en el lugar de los muertos. En el párrafo 8 de esta homilía se habla claramente del gozo y de la salvación de Adán y Eva, que aclaman a María por el perdón y la gracia que han obtenido.

de sí a la Vida? Todas estas cosas en modo alguno podían afectar el alma y el cuerpo de la que fue portadora de Dios.

La muerte se llenó de temor al contemplar a María, pues con lo que había acontecido cuando atacó al Hijo de ella, aprendió a ser más prudente y precavida.

María no conoció las tenebrosas rutas de la bajada a los infiernos, sino que para ella se dispuso un camino recto, llano y seguro hacia el cielo [12]. En efecto, si Cristo, que es la verdad y la vida [13], dijo: *Donde yo estoy, allí estará también mi servidor* [14], ¿con mucha más razón no había de morar junto a Él su propia madre? Así como ella le dio a luz sin dolor, así también su muerte estuvo exenta de dolores. *Funestísima es la muerte de los pecadores* [15]; pero de aquella en quien ha sido vencido el pecado, que es *el aguijón de la muerte* [16], ¿no habremos de decir que es el principio de una vida superior e indefectible? Si en verdad es preciosa la muerte de los santos del Señor Dios de los ejércitos [17], mucho más lo es el glorioso tránsito de la Madre de Dios.

Por esto ahora se alegran los cielos, exultan los ángeles, se regocija la tierra y saltan de gozo los hombres. El aire resuena con alegres cánticos, la noche os-

12. Aquí se pone de manifiesto que san Juan Damasceno no coincide con la opinión de san Andrés de Creta que consideraba la posibilidad de que María, conformándose a lo obrado por Cristo, bajara a los infiernos, antes de subir a la gloria del cielo (ANDRÉS DE CRETA, *Homilías Marianas*, cit., pp. 126-127).

13. Cf. Jn 14, 6.

14. Jn 12, 26.

15. Sal 34 (33), 22.

16. 1 Co 15, 56.

17. Cf. Sal 116 (115), 15; Sal 24 (23), 10.

cura se despoja de la tristeza y fealdad de las tinieblas y se hace semejante al día con un esplendor gozoso y radiante de luz. La ciudad viviente del Señor Dios de los ejércitos es conducida hacia las alturas, y los reyes desde el templo del Señor de la esclarecida Sión, ofrecen sus preclaros dones [18] a la Jerusalén de arriba, que es libre y es su madre [19]. Estos reyes son los apóstoles a quienes Cristo ha constituido príncipes de toda la tierra, los cuales ofrecen sus dones a la que es Virgen perpetua y Madre de Dios [20].

Muerte de María en Jerusalén

4. Creo que no estará fuera de propósito el relatar, en cuanto me sea posible, y exponer por medio de comparaciones y figuras, las maravillas realizadas en la santísima Madre de Dios. Estos acontecimientos se nos han venido contando desde antiguo, como los relatos que los hijos suelen escuchar de boca de sus padres, aunque a nosotros nos han llegado de una forma abreviada y poco precisa. Me parece estar contemplando a la que es más santa que todos los santos, más sacrosanta que todas las cosas sagradas y más llena de virtudes

18. Cf. Sal 72 (71), 10; Is 60, 3.

19. Cf. Ga 4, 26.

20. En un tropario bizantino se explica la presencia de los apóstoles en los misterios de la Dormición de María, con estas palabras: «Era conveniente que los que habían sido testigos y ministros del Verbo presenciaran también la dormición de su Madre según la carne, que había de ser el último misterio, para que no solamente contemplaran la ascensión del Salvador en la tierra, sino que dieran también testimonio del traslado de la que le había dado a la luz» (F. AGUIRRE, cit., 1. c., p. 15).

que todos los justos. Ella es la vasija del maná, toda llena de dulzura, o mejor dicho, el manantial de donde proceden los dones divinos [21].

Ella está tendida en un humilde lecho, dentro de la excelsa y gloriosa ciudad de David, la insigne e ilustre Sión, en donde tuvo su cumplimiento la antigua ley escrita y fue promulgada la ley espiritual; donde Cristo, el legislador, celebró la Pascua de las figuras y, como verdadero Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento, instituyó la Pascua verdadera, en la Cena mística que el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo [22] ofreció sacramentalmente a sus discípulos [23]; donde se sacrificó a sí mismo como ternero cebado [24] y se exprimió como racimo de la vid verdadera [25] en el lagar; donde, resucitando de entre los muertos, se apareció a los apóstoles e hizo que Tomás, y por medio de él todo el mundo tuviera fe, confesándolo como verdadero Dios y Señor [26], que tiene dos naturalezas, incluso después de su resurrección, y consiguientemente dos operaciones y dos voluntades libres, que subsisten por toda la eternidad.

Sión es la cima y el alcázar de las iglesias y la posada y albergue de los discípulos. En ella el Espíritu

21. El simbolismo del manantial o fuente de agua viva se ha aplicado muchas veces a María. El famoso santuario mariano de Blakernes en Constantinopla tiene como titular a «Nuestra Señora de la Fuente Viva», símbolo que también aparece en muchos iconos.

22. Cf. Jn 1, 29.

23. El término «mistagogia», iniciación en cosas arcanas y de profundo significado, se aplica aquí al misterio eucarístico.

24. Cf. Lc 15, 23.

25. Cf. Jn 15, 1.

26. Cf. Jn 20, 28.

Santísimo se derramó sobre los apóstoles, bajando con gran estrépito, con gran diversidad de lenguas y con ígneos resplandores [27]. En ella el Teólogo, a cuyo cuidado estaba la Madre de Dios [28] servía cumplidamente a María. Sión es la madre de todas las iglesias del orbe de la tierra y fue la morada de la Madre de Dios después de la resurrección de su Hijo, de entre los muertos [29]. Allí, sobre un glorioso lecho, yacía la bienaventurada Virgen [30].

Bienaventurado y amable féretro

5. Al llegar a este punto del discurso, quiero declarar los sentimientos que me embargan, pues estoy inflamado por un ardiente amor y me invaden intensas y suavísimas lágrimas, como si en verdad estuviera besando el bienaventurado y amable féretro sobre el cual estuvo tendida la que es tabernáculo de donde brotó la vida, y con cuyo contacto este lecho quedó santificado. Me imagino que con mis propios brazos estoy sosteniendo a aquella que es la morada sacratísima en la que se dignó habitar el mismo Dios. Siento como si su cuerpo estuviera presente y yo pudiera contemplarlo y aplicar a él mis labios, mi frente y mis mejillas. Pero si intento descubrir con la vista su espíritu, por más que lo anhelo, no lo consigo. Es imposible, en efecto,

27. Cf. Hch 2, 1-21.
28. Cf. Jn 19, 25-27.
29. Cf. Hch 1, 12-14.
30. La «Santa Sión» era el santuario que en la liturgia siro-jacobita de Santiago se denomina «Madre de todas las iglesias». Allí estaba el cenáculo y se consideraba como el lugar de la Dormición de la Madre de Dios.

poder ver con los ojos lo que ha sido levantado hacia el santuario de los cielos. Esto es lo que verdaderamente ha ocurrido.

Honrosas exequias de María

6. ¿Cuáles fueron los honores que la Virgen recibió de parte del que había mandado honrar a los padres? Los discípulos se habían dispersado por todos los lugares de la tierra y, con la red de las múltiples lenguas y escogidas palabras que el Espíritu ponía en sus bocas, sacaban a los hombres del abismo del error, para conducirlos a la mesa espiritual y celeste de la mística Cena y sagrado convite de bodas, que el Padre había dispuesto con regia magnificencia, para los desposorios del Hijo, que tiene su misma naturaleza e idéntico poder. A estos apóstoles dispersos por todos los confines del orbe, el Señor, haciendo uso de su potestad divina, los congregó en Jerusalén por medio de una nube, como si de una red se tratara y como si ellos fueran águilas impulsadas a reunirse. En efecto, el que es la misma verdad había dicho: *Donde esté el cadáver, allí se reunirán las águilas* [31], y aunque estas palabras sean un anuncio de su segunda y esplendorosa manifestación y venida desde los cielos, no parece impropio que las hagamos servir ahora como de condimento y adorno de nuestro discurso.

Se hicieron presentes, pues, estos testigos oculares y servidores del Verbo de Dios, a fin de poder servir también, como era su deber, a la Madre del Señor y alcanzar de ella una muy copiosa y excelente bendi-

31. Mt 24, 28.

ción. ¿Quién, en efecto, puede dudar de que ella es fuente de bendiciones y manantial de todos los bienes [32]. Estaban también junto a ellos sus compañeros y continuadores de su obra, para que así como tenían parte en sus ministerios, la tuvieran también en las bendiciones, porque es justo que quien comparte los trabajos participe también de los frutos [33].

Se congregó también la comunidad de los fieles, elegidos por Dios, que moraba en Jerusalén. Era asimismo preciso que estuvieran presentes los antiguos justos y profetas a fin de tomar parte en dicho servicio y homenaje, puesto que ellos habían anunciado que de María, por la benignidad divina y para nuestra salvación, había de nacer, según la carne, el Verbo de Dios. No podían faltar en modo alguno los coros de los ángeles, pues todos los seres que de buena gana obedecen el Rey supremo y se glorían de servirle, es justo que también presten servicio y rindan honores a la bienaventurada y excelsa Madre de Dios, según la carne, que sobresale entre todas las creaturas, por generaciones sin fin.

Todos los que se hallaban presentes quedaron envueltos por el resplandor y la gloria del Espíritu Santo, y llenos de gran respeto y reverencia, y colmados de un inextinguible amor, fijaban espiritualmente su mirada en la Virgen María. No quedó ninguno de los

32. Este traslado maravilloso que la literatura asuncionista relata constantemente, los Santos padres lo relacionan con diversos hechos y textos bíblicos, como la ascensión de Elías, el transporte de Habacuc, etc.

33. El monje Epifanio insinuaba que la aparición de Cristo a más de quinientos hermanos (1 Co 15, 6) debía referirse a lo ocurrido en ocasión de la Dormición de la Virgen (*Vida de María,* cit., pp. 127 y 136).

espíritus celestiales que no se hiciese presente. No pusieron ellos ningún reparo en bajar a la tierra desde lo alto, con el fin de prestar dichos honores a la Madre de Dios.

El misterio de la Encarnación

7. Pronunciáronse entonces palabras divinamente inspiradas y se cantaron himnos sagrados destinados a celebrar el tránsito de María. Era preciso, en efecto, ensalzar la infinita bondad de Dios, su inmensa grandeza y su ilimitado poder. Debía ser enaltecida su condescendencia para con nosotros, alabada la espléndida riqueza de su inescrutable benignidad y glorificado el inefable abismo de su amor, porque el Hijo de Dios, sin abandonar su majestad, secundando la benevolencia del Padre y del Espíritu Santo, se abajó hasta el anonadamiento que dio paso a su exaltación; porque el que está por encima de toda naturaleza, de un modo que trasciende toda naturaleza, asumió otra naturaleza en el seno de una mujer: porque, siendo Dios, se hizo hombre, permaneciendo desde entonces en Él estas dos naturalezas; porque no dejó la divinidad cuando tomó nuestra carne y sangre; porque El que todo lo llena y está por encima de todos, sustentando todas las cosas con la palabra de su boca [34], tuvo su morada en un lugar angosto; porque, en fin, el cuerpo de la gloriosa Virgen, que es material y limitado, fue el receptáculo del ardentísimo fuego de la divinidad y, sin embargo, quedó ileso, tal como sucede con el oro puro y legítimo. Todo esto aconteció por voluntad de Dios, pues

34. Cf. Hb 1, 3.

no hay nada que resulte imposible, si Dios lo quiere y no hay cosa alguna que pueda realizarse, si Dios no lo quiere.

Se produjo entonces una noble competición en los discursos, no por la rivalidad de los que estaban hablando y sin que pretendieran superarse unos a otros, pues la vanagloria es cosa que desagrada a Dios. El objetivo de este certamen no era otro que el deseo de alabar a Dios con todo el fervor y gozo del espíritu y el anhelo de honrar cumplidamente a la Madre de Dios.

Nuestros primeros padres ensalzan a María

8. Entonces, entonces sí, Adán y Eva, nuestros primeros padres, con labios gozosos y penetrante voz exclamaron: «Bienaventurada tú, oh hija, que nos has liberado del castigo de nuestra transgresión. Tú, que recibiste de nosotros un cuerpo mortal, nos has proporcionado una vestidura de inmortalidad. Tú, que saliste de nuestras entrañas, nos diste a cambio la felicidad. Extinguiste los dolores, desgarraste las vendas de la muerte y nos hiciste retornar a nuestro origen. Nosotros cerramos el paraíso, tú abriste el camino hacia el árbol de la vida. Por obra nuestra se produjo el pasar de la felicidad a la desventura; por medio de ti, en cambio, hemos pasado del infortunio a la dicha. ¿De qué modo podrás experimentar la muerte, tú que eres inmaculada? Para ti, que eres camino hacia la vida y escalera del cielo, la muerte será como un navío que te conducirá a la inmortalidad. Tú en verdad eres bienaventurada y has de ser proclamada dichosísima. ¿Quién, aparte del Verbo de Dios, se habría ofrecido para una tan ardua empresa?».

Aplaudía unánimemente el coro de los santos [35] y exclamaba: «Tú has dado cumplimiento a nuestras predicciones; tú nos has obtenido la felicidad que tanto ansiábamos; gracias a ti hemos sido liberados de las ataduras de la muerte. Ven con nosotros, oh joya divina, portadora de la vida. Tú que has colmado nuestros anhelos, ven hacia quienes anhelamos vivamente tu presencia».

Por su parte, la muchedumbre de personas que aún vivían en carne mortal contrastaba lo dicho por los bienaventurados, exclamando con no menor empeño: «Quédate con nosotros, tú que eres nuestro amparo y nuestro único consuelo sobre la tierra. No nos dejes huérfanos, oh Madre, a nosotros que luchamos por tu benignísimo Hijo y corremos muchos peligros. Que por medio de ti hallemos descanso en nuestros trabajos y refrigerio en nuestros sudores. En tu mano está quedarte o salir de este mundo; pero, si te vas, oh tabernáculo de Dios, deseamos ir también nosotros contigo, ya que somos pueblo tuyo por razón de tu Hijo. Tú eres el único alivio que nos queda en la tierra y nuestra dicha será el vivir, si tú vives, y el morir, si tú mueres. ¿Pero cómo es posible que hablemos de muerte? Para ti la muerte es vida y una vida en verdad superior, y la juzgamos mucho más excelente y encumbrada que la vida de aquí abajo [36]. Para nosotros, en cam-

35. El apócrifo asuncionista llamado *Libro de San Juan Evangelista* dice que «un grupo de primogénitos de los santos se presentó en la casa donde yacía la Madre del Señor, para gloria y honra de Ella» (A. DE SANTOS, *Los Evangelios apócrifos*, BAC, Madrid 1956, pp. 216-217).

36. La liturgia bizantina pone más de relieve el tránsito o muerte de María, que la asunción de su cuerpo, que considera como una

bio, si perdemos tu compañía, la vida ya no es verdadera vida».

Los apóstoles aclaman a María

9. Pienso que los apóstoles, junto con la asamblea de toda la Iglesia, se dirigieron a la bienaventurada Virgen con palabras semejantes a las que hemos referido, y cuando vieron que la Madre de Dios anhelaba salir de este mundo y se disponía para su tránsito, entonaron cánticos que hacían referencia a esta emigración. Movidos por la divina gracia y poniendo sus voces a disposición del Espíritu Santo, quedaron arrebatados y fuera de sí, dispuestos a unirse a la madre de Dios que iba a dejar esta vida, anticipando ellos con el anhelo de su alma, si fuera posible, su partida de este mundo.

Después que todos habían cumplido su deber y satisfecho su devoción, tejiendo con sus himnos una magnífica corona de flores, recibieron la bendición que Dios les concedía como espléndido tesoro, y pronunciaron sus últimas palabras de despedida. Según creo, lo que ellos ponían de manifiesto con sus expresiones era la fugacidad de la vida presente y los ocultos misterios de los bienes futuros [37].

consecuencia del hecho más importante que es la entrega de su alma en las manos de Cristo.

37. Un relato mozárabe conservado en un códice del monasterio de Silos, del siglo XI, pone en boca de san Pedro estas palabras: «No penséis en manera alguna que el llamamiento de María es una simple muerte. No es muerte, sino vida eterna» (M. GORDILLO, *La Asunción de María en la Iglesia española*, Madrid 1922, p. 258).

Muerte de la Virgen en brazos de su Hijo

10. Entiendo que a continuación ocurrieron unos hechos que fueron como el coronamiento de los anteriores. Me refiero a la llegada del Rey celestial junto a su propia Madre, para recibir en sus divinas y purísimas manos el alma santa e incólume de toda mancha, de la Virgen. Ella pronunció entonces estas oportunas y apropiadas palabras: «A tus manos, Hijo mío, encomiendo mi espíritu. Recibe, pues, mi alma que tanto amas y que preservaste de toda culpa. A ti y no a la tierra, entrego mi cuerpo. Guarda sano y salvo este cuerpo en el que te dignaste habitar y cuya virginidad preservaste cuando naciste. Llévame contigo para que donde tú estás, esté también yo, habitando en tu compañía. Voy presurosa hacia ti, que bajaste a mi seno sin causar detrimento alguno. Al producirse mi tránsito, consuela a estos amadísimos hijos míos, a quienes te dignaste llamar hermanos tuyos. Cuando yo extienda sobre ellos mis manos para bendecirles, otórgales también tu bendición». Seguidamente, alzando ella las manos, bendijo a los que estaban reunidos. Entonces el Señor dirigió a la Virgen estas palabras: «Ven a mi descanso, oh bendita Madre mía. *Levántate, ven, amiga mía*, la más hermosa entre las mujeres. *Ha pasado el invierno y llega el tiempo de la poda*[38]. *Eres toda hermosa, amiga mía y no hay en ti mancha alguna*[39]. *El aroma de tus perfumes sobrepuja toda fragancia*[40]». Después de haber escuchado estas cosas, la Virgen santa entregó su espíritu en las manos de su Hijo.

38. Ct 2, 10-11.
39. Ct 4, 7.
40. Ct 4, 10.

El sagrado tránsito

11. ¿Qué sucedió entonces? Pienso que se produjo una gran conmoción de los elementos. Hubo voces, sonidos y estrépito y se oyeron magníficos cánticos entonados por los ángeles, de los cuales unos iban por delante, otros hacían de acompañantes y otros seguían por detrás. Los que formaban la escolta del alma inmaculada y santísima de esta Reina la acompañaron hasta el trono real en el cielo. Los que estaban en derredor del glorioso y sagrado cuerpo ensalzaban con himnos angélicos a la Madre de Dios.

¿Qué hacían las personas que se hallaban junto al venerable y sacrosanto cuerpo de María? Con gran respeto, con ferviente amor y con lágrimas de alegría, abrazaban, besaban y palpaban este sacratísimo tabernáculo, con cuyo contacto recibían una copiosa santificación e innumerables bendiciones. Con todo ello desaparecían las enfermedades, las huestes de los demonios eran ahuyentadas de todas partes y arrojadas a las profundidades de la tierra. Al elevarse el espíritu de la Virgen, el aire, el éter y los cielos quedaron santificados e igualmente la tierra, al recibir su cuerpo en el sepulcro. No quedaron privadas de bendición las aguas, pues al ser lavado el cuerpo con agua pura, ésta no purificó a María, sino que quedó santificada por Ella. Entonces se realizaron otros prodigios: los sordos recuperaron el oído, a los cojos se les restituyó la fortaleza de los pies, los ciegos recobraron la vista y en cuanto a los pecadores que tenían fe, quedaron rasgadas las actas en que constaban sus culpas [41].

41. El monje Epifanio en su *Vida de María* (cit., cap. 22) dice que la Virgen practicaba muchas obras de misericordia. Los san-

Después el cuerpo purísimo de María es envuelto en unos lienzos muy limpios y la Reina es colocada de nuevo sobre el lecho y se la honra con lámparas, perfumes y cánticos. Los ángeles entonan sus características melodías, mientras los apóstoles y santos padres cantan también himnos sagrados bajo el impulso del Espíritu Santo.

Sagradas exequias

12. Sobre los venerables hombros de los apóstoles, el arca del Señor es transportada desde el monte Sión hacia el templo celeste, aunque primero es depositada en el sepulcro. La conducen a través de la ciudad, como a una novia hermosísima, embellecida con el deslumbrante resplandor del Espíritu Santo, llevándola hasta el lugar santísimo de Getsemaní. Los ángeles la preceden y la acompañan, cubriéndola con sus alas, y también forma parte de la comitiva toda la asamblea de la Iglesia.

El rey Salomón, a fin de instalar el arca en el templo del Señor que él había edificado, hizo que se congregaran en Sión todos los ancianos de Israel, para realizar el traslado del arca de la alianza del Señor desde la ciudad de David, que es Sión. Transportaron los sacerdotes el arca y el tabernáculo del testimonio. Los sacerdotes y los levitas eran los portadores y el

tuarios marianos de todos los tiempos han sido lugares marcados por infinidad de curaciones y dones milagrosos. Ya san Atanasio alude a esto en relación con un santuario dedicado a la Virgen y llamado «Tanmatha». Actualmente en la isla griega de Tinos hay un santuario dedicado a la Anunciación, famosísimo en Oriente, al que a veces se designa como «el Lourdes de la Ortodoxia».

rey y todo el pueblo iban por delante del arca, ofreciendo en sacrificio innumerables bueyes y ovejas. Después los sacerdotes instalaron el arca de la alianza del Señor en el lugar destinado, en el santuario del templo, en el Santo de los santos, bajo las alas de los querubines [42]. De modo semejante, para la instalación del arca espiritual (no el arca de la alianza del Señor, sino el arca de la persona del Verbo de Dios) el nuevo Salomón, que es el Príncipe de la paz y Creador de todas las cosas, congrega en el día de hoy las espléndidas legiones de los espíritus celestiales y a los varones más notables del Nuevo Testamento, o sea, los apóstoles, junto con todo el pueblo santo que mora en Jerusalén, y por medio de los ángeles hace entrar el alma de la Virgen en el Santo de los santos de la gloria celestial, bajo las alas de los cuatro seres vivientes [43], junto al trono mismo de Dios, al otro lado del velo, donde Cristo, como precursor, entró corporalmente [44].

El cuerpo de María es transportado por manos de los apóstoles cubriéndolo el Rey de reyes con el esplendor de su invisible divinidad [45] y precediéndole toda la asamblea de los santos que, con sagradas aclamaciones y ofreciendo un sacrificio de alabanza, lo depositan en el sepulcro, que viene a ser el tálamo por medio del cual es trasladado a las delicias del Edén y a los tabernáculos celestiales [46].

42. Cf. 1 R 8, 1-8; 2 Cro 5, 1-9.
43. Cf. Ap 4, 6-9.
44. Cf. Hb 6, 20.
45. Cf. Hb 1, 3.
46. El cuerpo de la Virgen sólo ha de permanecer en el sepulcro por breve tiempo. La tumba es, pues, un lugar de paso en su camino hacia los tabernáculos celestiales.

Un prodigio muy significativo

13. Estaban presentes, según parece, también algunos judíos que no eran de los más obstinados. No creo que sea inoportuno el intercalar aquí algunas noticias que han dado lugar a muchos comentarios. Se dice, en efecto, que cuando descendían del monte los que transportaban el bienaventurado cuerpo de la Madre de Dios, cierto hebreo, siervo del pecado y que había pactado con el error, imitando al criado de Caifás que golpeó el gloriosísimo y divino rostro de Cristo y conviertiéndose en instrumento del demonio, llevado de un impetuoso e insensato atrevimiento, con diabólica maldad se abalanzó hacia el divino tabernáculo, al que los ángeles se acercan con un respetuoso temor, y agarrando furiosamente con ambas manos el féretro, lo hizo caer por tierra. Este ataque fue debido a la envidia del príncipe de la maldad, y el fruto de este atentado consistió en una especie de agrio racimo, como castigo justamente merecido por la obra realizada, pues se dice que el hebreo quedó privado del uso de las manos. Fue ciertamente una cosa digna de admiración que aquel que cometió el crimen con sus propias manos, se viera luego desprovisto de ellas, hasta tanto que sus íntimos sentimientos quedaran transformados por la fe y el arrepentimiento.

Al punto los que transportaban el féretro se detuvieron y aquel desgraciado, tocando después dicho tabernáculo, que es principio de la vida y origen de muchos prodigios, quedó al instante curado de la parálisis de sus manos. La desgracia, efectivamente, muchas veces da origen a propósitos prudentes y saludables. Mas, dejando ya este asunto, volvamos a tratar del argumento que nos habíamos propuesto.

Fe en la asunción corporal de María

14. El cuerpo de la Virgen es conducido al sacratísimo lugar de Getsemaní. Se repiten los ósculos y abrazos; se renuevan las alabanzas, los himnos sagrados y las lágrimas, como arroyos que provienen al mismo tiempo de la angustia y del amor; el sudor y las lágrimas brotan a porfía. El cuerpo santísimo es depositado en el venerable y glorioso sepulcro, desde el cual, a los tres días, es elevado a las moradas celestiales [47]. Era preciso, en efecto, que no quedara escondido en las cavidades de la tierra este excelso y divino albergue, este no labrado campo del pan celestial, esta viña no regada que produjo el racimo de la inmortalidad, este olivo fuctífero y siempre lozano de la paternal misericordia de Dios.

Así como el cuerpo santo e incontaminado, que la persona del Verbo de Dios asumió de la Virgen, resucitó del sepulcro al tercer día, así también era preciso que ella fuera arrebatada del sepulcro y que como madre fuera trasladada junto a su Hijo. Puesto que el Verbo había descendido hacia María, era conveniente que, con gran amor, ella fuera elevada hacia Él y habitara en el glorioso y perfectísimo tabernáculo celestial. Era preciso que la que había albergado en su seno al Verbo de Dios, tuviera como morada los tabernáculos de su Hijo. Teniendo en cuenta que el

47. Innumerables son los iconos de la Dormición en los que aparece la Virgen tendida en el lecho, rodeada de los apóstoles y en la parte superior se representa la traslación a la gloria. Este modelo aparece también en el arte occidental, como es el caso de un espléndido lienzo del Beato Angélico que se conserva en el museo Gardner de Boston.

Señor había dicho que Él debía estar en la casa de su Padre [48], también su Madre debía habitar en el paraíso real del Hijo, o sea, *en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios* [49], pues si en este lugar tienen su mansión todos los que se alegran, ¿cómo no había de estar allí la que es causa de la alegría?

Era preciso que aquella que, al ser madre, había conservado intacta su virginidad, obtuviera la incorrupción de su cuerpo después de morir. Era preciso que quien llevó en su seno al Creador hecho niño, habitara en los divinos tabernáculos. Era preciso que la novia que el Padre había desposado, residiera en la cámara nupcial de los cielos [50]. Era preciso que la que había visto a su Hijo en la cruz, con lo cual atravesó su corazón la espada del dolor que no había conocido en el parto, contemplara después a su Hijo sentado junto a Dios Padre. Era preciso que la Madre de Dios poseyera las cosas de su Hijo, y que por todas las creaturas fuera ella venerada como sierva del Señor y Madre de Dios. En efecto, aunque las herencias pasan siempre de padres a hijos, en este caso, usando de las palabras de un sabio, diré que las fuentes de los ríos sagrados lanzan el agua desde abajo hacia arriba, es decir, que el Hijo dio a su Madre el dominio sobre todo lo creado.

48. Cf. Lc 2, 49.

49. Sal 134 (133), 1.

50. Es frecuente en los Santos Padres el dar a María el título de Esposa, por ser la Madre del Verbo encarnado. Este nombre excelso de María se pone en relación con el Padre, más que con el Espíritu Santo. Esto último es más propio de autores occidentales de siglos posteriores.

Lejos de toda mitología pagana

15. ¡Ea, pues, celebremos la fiesta del tránsito de la Madre de Dios! Pero no lo hagamos con sones de flautas ni con danzas frenéticas, como las que en sus orgías sagradas dedicaban los paganos a la que llaman madre de los falsos dioses. Pretenden que ella tuvo muchos hijos, siendo así que en realidad no tuvo ninguno, pues los dioses no son más que demonios y sombras fantasmales producto de las ficciones de unas mentes enloquecidas y aberrantes. ¿Cómo puede, en efecto, un ser incorpóreo unirse con otro para que se produzca la generación? ¿Cómo puede ser Dios, uno que carecía de la existencia antes de ser engendrado? Que los demonios no tienen cuerpo lo sabe todo el mundo, incluso los que espiritualmente están ciegos, pues, hablando de las características y de la dignidad de sus dioses, dice Homero en una de sus obras:

«No comen pan, ni beben vinos generosos; por eso no tienen sangre y son llamados inmortales» [51]. No comen pan ni beben vino ardoroso, dice el poeta, y por tanto no existe en ellos la sangre, y se les llama inmortales. Con razón dice «son llamados» inmortales, pues en realidad no lo son, ya que sucumbieron ante la muerte.

Nosotros, en cambio, los que adoramos al verdadero Dios, que no ha surgido de la nada, sino que existe desde toda la eternidad y está por encima de toda causa, razón y conocimiento, y más allá del tiempo y de la naturaleza, también honramos y veneramos a la que es Madre de Dios. No decimos que la divinidad

51. Este verso de la *Ilíada* (canto V, 341-342) es presentado en contra del culto idolátrico, al estilo de los apologetas.

provenga de ella, pues la generación del Verbo de Dios está fuera del tiempo, ya que el Hijo es eterno como el Padre; confesamos, sin embargo, un segundo nacimiento, que se produjo cuando el Verbo voluntaria y libremente asumió nuestra carne, y por eso reconocemos y veneramos a la que es su Madre.

Por nosotros, en verdad, y por nuestra salvación se encarnó Aquel que, desde un principio, era incorpóreo, a fin de salvar la naturaleza humana que compartió con nosotros. Asumió la carne de esta Virgen santa, que le concibió sin obra de varón, haciéndose Él verdadero hombre, sin dejar de ser Dios. Permaneció verdadero Dios y asumió nuestra carne, y siendo verdaderamente hombre, posee la divinidad. Así pues, reconocemos a la Virgen como Madre de Dios y celebramos su Dormición. No la presentamos en modo alguno como diosa, al estilo de la mitología pagana, sino que anunciamos su muerte, y la proclamamos a ella como madre de Dios hecho hombre [52].

El arca del Señor ha entrado en el Santuario

16. Nosotros los que formamos el pueblo de Cristo y hemos sido enriquecidos con sus dones, ensalcemos a María con cánticos sagrados y honrémosla con vigilias que se prolongan por toda la noche [53]; regocijemos con nuestra pureza de alma y cuerpo a la que en verdad es la más pura entre todos los seres, después

52. La doctrina ortodoxa sobre la divina maternidad de María es profesada constantemente con el título de *Theotokos*.

53. *Pannijis* significa una vigilia festiva que se prolonga durante la noche.

de Dios. La semejanza es, en efecto, motivo de complacencia. Sirvamos también a la Virgen con nuestra compasión y misericordia para con los pobres. Si en cosa alguna se sirve mejor a Dios, que con la clemencia, ¿quién podrá negar que con ello la Madre de Dios también se regocija en gran manera?

En la Virgen se manifiesta el inefable abismo del amor que Dios nos tiene. Por medio de ella ha cesado la lucha pertinaz entablada en contra del Creador. Por medio de ella quedó establecida la reconciliación entre Dios y nosotros, se nos ha concedido la gracia y la paz, los ángeles cantan a coro con los hombres, y éstos, que antes eran objeto de desprecio, se convierten en hijos de Dios. De ella hemos cosechado el racimo de la vida y el brote de la inmortalidad. Ella nos ha procurado todos los bienes. En ella Dios se ha hecho hombre y el hombre ha venido a ser Dios. ¿Qué puede haber más extraordinario y maravilloso? ¿Cabe acaso una felicidad mayor?

Me siento profundamente impresionado por la dignidad del asunto que estoy tratando. Junto con la profetisa María [54], oh almas adolescentes [55], cantemos a coro, al son de los tímpanos, mortificando nuestros miembros terrenos [56], pues éste es el significado de los tímpanos. Lancemos espiritualmente gritos de guerra junto al arca del Señor y se derrumbarán los muros de Jericó [57], o sea, las fortalezas de las potestades enemigas.

54. Cf. Ex 15, 20.

55. Haciendo alusión al poético libro de los Cantares y al coro que dirigía la hermana de Moisés, se considera que las almas santas gozan de una eterna juventud y participan en las danzas festivas del reino celestial. Véase la nota anterior n. 4.

56. Cf. Col 3, 5.

57. Cf. Jos 6, 20.

Saltemos de júbilo en el espíritu, con David [58], pues hoy el arca del Señor ha entrado en el lugar de su reposo. Con el príncipe de los ángeles Gabriel, exclamemos: *Salve, llena de gracia, el Señor es contigo* [59]. Salve, oh inagotable mar de gracia. Salve, oh única libertadora de toda tristeza. Salve, oh medicina que de todos los corazones hace desaparecer el dolor. Salve, oh María, por cuya mediación ha sido expulsada la muerte y nos ha llegado la vida.

Sacratísimo sepulcro

17. Quiero hablarte como si fueras un ser animado, oh sepulcro, el más sagrado de todos, después del vivificante sepulcro del Señor, que es la fuente de la resurrección. ¿Dónde está el oro purísimo que en ti fue depositado por las manos de los apóstoles? ¿Dónde se hallan tan inagotables riquezas? ¿Dónde se encuentra aquella joya divina? ¿Dónde la mesa viviente del Señor? ¿Dónde el libro en el que, de un modo incomprensible y sin intervención de mano alguna, quedó inscrito el Verbo de Dios? ¿Dónde está el abismo de la gracia ¿Dónde el inmenso caudal de curaciones? ¿Dónde la fuente de la que ha dimanado la vida? ¿Dónde, en fin, el amabilísimo cuerpo de la Madre de Dios?

¿Por qué buscáis dentro de mí –dice el sepulcro– a la que ha sido elevada a los tabernáculos celestiales? ¿Por qué se me pide cuentas acerca de la desaparición del cuerpo? Yo no puedo oponerme a las disposiciones divinas. Abandonando los lienzos, el cuerpo sacro-

58. Cf. 2 S 6, 14.
59. Lc 1, 28.

santo, que me ha hecho partícipe de su santidad, que me ha inundado con aromática fragancia y que me ha transformado en un divino santuario, este cuerpo ha sido elevado hacia el cielo, acompañándolo los ángeles y arcángeles y todas las potestades celestiales. Ahora me honran los ángeles. Ahora reside junto a mí la divina gracia. Me he convertido en albergue donde los enfermos recuperan la salud, y en fuente inexhausta de curaciones. He venido a ser firme defensa contra los demonios y ciudad de refugio para quienes buscan mi amparo. Venid con fe, oh pueblos, y obtendréis en abundancia los dones divinos. Acercaos los que tenéis una fe bien arraigada y, siguiendo la recomendación de Isaías, *vosotros los sedientos, venid a las aguas y los que no tenéis dinero, venid y comprad sin pagar*[60]. Yo, de acuerdo con el Evangelio, me dirijo a todos, exclamando: El que tenga sed de la curación de enfermedades, de la liberación de los vicios y pasiones del alma, de la remisión de los pecados, de la preservación de toda desgracia, y, en fin, del reposo del Reino de los cielos, que venga a mí y encontrará un espléndido y valiosísimo caudal de gracias. Así como la virtualidad del agua es única y simple, igual que la de la tierra, la del aire y la de los rayos del sol, y, a pesar de ello, transforma la naturaleza de muy variadas maneras, proporcionando el vino en la vid y la aceituna en el olivo, así también, aunque la gracia sea única y simple, ofrece muy diversos beneficios a quienes la reciben. Yo no poseo la gracia como derivada de mi propia naturaleza, pues todo sepulcro despide mal olor, es motivo de tristeza y resulta lo más opuesto a la felicidad, pero he albergado dentro de mí un precioso ungüento, que me

60. Is 55, 1.

ha inundado de un suave perfume, esencia asimismo tan persistente y eficaz, que con un breve contacto ha producido una fragancia perenne, pues los dones divinos no están sujetos a revocación. He dado hospedaje a la que es la fuente del gozo y he sido colmado de la abundancia de sus dones [61].

Testimonio de la «Historia Eutimíaca»

18. Habéis escuchado, oh carísimos padres y hermanos, de qué forma se ha expresado este glorioso sepulcro; el desarrollo de los hechos lo conocemos a través de la *Historia Eutimíaca*, que en el libro tercero, capítulo cuadragésimo, dice así: Ya hemos mencionado anteriormente, que santa Pulqueria hizo construir muchas iglesias en Constantinopla. Una de ellas es la que fue edificada en Blakernes, durante los primeros años del imperio de Marciano, de feliz memoria. Después de que estos emperadores habían construido esta venerable iglesia dedicada a la Santísima Madre de Dios y siempre virgen María, y la habían adornado profusamente, iban en búsqueda del santísimo cuerpo que había sido albergue del mismo Dios, y habiendo mandado llamar a Juvenal, arzobispo de Jerusalén, y a los demás obispos de Palestina, que por entonces se encontraban en la ciudad imperial por motivo del concilio que se celebraba en Calcedonia, les dijeron: «Nos

61. Las reliquias y objetos relacionados con el Señor o con la Virgen eran tenidos en gran veneración. San Juan Damasceno no es el único en entablar diálogos con estas cosas santas. Lo hace también san Germán de Constantinopla en un sermón acerca del cíngulo de María y los pañales de Jesús.

hemos enterado de que en Jerusalén, junto al lugar llamado Getsemaní, existe una iglesia muy importante y famosa dedicada a la Santísima Madre de Dios y siempre virgen María, y que en ella está el sepulcro en el que se encuentra su cuerpo, albergue de la vida. Es nuestro deseo que estas santas reliquias sean trasladadas aquí, a fin de que sirvan de guarda y protección de esta ciudad imperial» [62].

Respondiendo a esto, dijo Juvenal: «La Sagrada Escritura inspirada por Dios no dice nada acerca de la muerte de María, la Santa Madre de Dios; pero, a través de una antigua y verídica tradición, sabemos que al ocurrir la gloriosa Dormición de la Virgen todos los santos apóstoles, que para la salvación de los pueblos peregrinaban por el mundo, instantáneamente fueron arrebatados a lo alto y congregados en Jerusalén, donde pudieron contemplar a los ángeles y oír himnos sagrados que entonaban los coros de las potestades superiores. En medio de esta sagrada y celestial gloria, María con palabras inefables encomendó su santa alma a las manos de Dios. A su cuerpo, que albergó a Dios, se le tributaron las honras fúnebres, transportándolo entre los cánticos de los ángeles y de los apóstoles y siendo colocado en un sepulcro de Getsemaní, donde por espacio de tres días los ángeles no cesaron de entonar himnos y de cantar a coro.

«Al apagarse los sonidos de los coros angélicos y habiendo llegado santo Tomás, que hasta entonces había estado ausente, los apóstoles, deseando venerar aquel cuerpo que fue morada de Dios, abrieron el sepulcro.

62. Los datos de la *Historia Eutimíaca* acerca de las pretensiones de Pulqueria y de la respuesta de Juvenal, no gozan de suficiente garantía histórica.

Entonces se encontraron con que había desaparecido el cuerpo de la Virgen, pero observaron que permanecían en el lugar los lienzos mortuorios, de los cuales emanaba un delicioso e incomparable perfume, y a continuación volvieron a cerrar la sepultura. Pasmados de admiración por este maravilloso prodigio, quedaron persuadidos de que, así como el Verbo de Dios y Señor de la gloria, al encarnarse se dignó unir a su propia persona la naturaleza humana que tomó de la Virgen María, y después del parto guardó incontaminada la virginidad de su Madre, así también cuando ella emigró de este mundo, tuvo a bien honrarla con la incorrupción de su cuerpo inmaculado y purísimo, y disponer que su traslación tuviera lugar anticipadamente, respecto de la común y universal resurrección.

«Junto con los doce estaban también presentes el gran apóstol y primer obispo de Éfeso, Timoteo, y Dionisio el Areopagita, según consta por el testimonio de este célebre personaje, al escribir al mencionado apóstol Timoteo, en cuya ocasión menciona a Hieroteo, otro discípulo que también estaba allí. Estas son las palabras de Dionisio: "Cuando se reunieron nuestros prelados escogidos por Dios, estuvimos presentes nosotros y lo estuviste también tú y se hallaron allí muchos de nuestros santos hermanos, para acompañar honoríficamente aquel cuerpo en el que se dio inicio a la vida, y asistieron asimismo Santiago, el hermano del Señor, y Pedro, el supremo y principal de los teólogos. Después de presenciar el misterio, les pareció oportuno que todos los prelados, cada cual según su capacidad entonaran himnos de alabanza a la inmensa bondad y al infinito poder de Dios. Como bien sabes, después de los teólogos, Hieroteo se distinguió entre todos los que entonaban himnos, manifestándose como arrebatado por una altísima inspiración, de modo que fue muy admirado por

quienes le vieron y escucharon, tanto si ya le conocían como si nunca lo habían tratado, pues todos le consideraron como un esclarecido e inspirado compositor de himnos sagrados. No tengo por qué hablarte de las egregias alabanzas que allí fueron proclamadas, pues no ignoro que tú mismo participaste en ellas, entonando himnos colmados de divina inspiración"» [63].

Después de haber escuchado estas cosas, el emperador y la emperatriz pidieron al arzobispo Juvenal que, con garantías de seguridad, les enviara dicha sagrada urna funeraria junto con las vestiduras de María, la gloriosa y santísima Madre de Dios. Y, al recibir dichas reliquias, las depositaron en el venerable santuario de la Madre de Dios, llamado de Blakernes [64].

María dispensadora de gracias

19. ¿Qué responderemos a lo que nos ha manifestado el sepulcro? Tu gracia es en verdad indefectible y perdurable. Pero el poder divino no está circunscrito a un lugar determinado y los beneficios de la Madre de Dios no están exclusivamente vinculados a su tumba, pues en este caso serían pocos los que podrían alcan-

63. Se concedía un gran crédito a estos escritos por considerarlos como provenientes del discípulo de Pablo convertido en el areópago de Atenas (Hch 17, 34).

64. Se refiere al sagrado Maforion, considerado como el velo mortuorio o vestido de María. El origen de esta reliquia es antiguo y oscuro. En el rito bizantino, el 2 de julio se celebra una fiesta en honor del Manto de María, que entre los eslavos tiene lugar el 31 de agosto, con el significado de la protección maternal de María que nos cobija bajo su manto protector. Este tema tiene también un gran desarrollo en el arte medieval de Occidente.

zar los divinos favores, que en realidad se distribuyen copiosamente por todo el mundo. Procuremos, pues, que nuestra mente se convierta en un acervo de los tesoros de la Madre de Dios. ¿De qué modo podremos conseguirlo? María es virgen y ama la virginidad; es casta y ama la castidad. Por lo tanto, si cuidamos de ser castos en el cuerpo y en el alma, conseguiremos que su gracia resida en nosotros.

La Madre de Dios detesta todo lo que es cieno y se aparta de toda afección cenagosa; aborrece el desenfreno; abomina de las pasiones vergonzosas de la impureza; odia, como a crías de víbora los pensamientos torpes; se opone a todas las palabras, chanzas y canciones obscenas; rechaza los perfumes lascivos, reprueba el arrebato de la ira, los enojos y las riñas; desprecia los esfuerzos de quienes buscan la vanagloria; se enfrenta con la altivez de los soberbios; desaprueba el que se rememoren las ofensas, lo cual es un obstáculo para la salvación; en fin, considera todos los vicios como un veneno mortífero.

Se goza, en cambio, en las virtudes, pues el remedio para las enfermedades se encuentra en lo que es opuesto a ellas. Por eso se complace en el ayuno, en la continencia y en el canto de los salmos, y se regocija con la castidad, la virginidad y la modestia. Con estas virtudes establece una constante amistad y las abraza amorosamente. La paz y la benignidad reciben las muestras de su cariño y, como a pupilas, lleva en brazos a la caridad, la misericordia y la humildad. Para decirlo en pocas palabras, todo vicio le causa tristeza y disgusto, mientras que se alegra con toda virtud, como con un preciosísimo don.

Si, con voluntad decidida, nos apartamos de nuestros vicios y, con diligencia, nos entregamos a la práctica de las virtudes, consiguiendo que ellas arraiguen en

nosotros, la Virgen María nos visitará con frecuencia y con gran familiaridad, trayendo consigo la abundancia de sus bienes; y en su compañía vendrá Cristo, su Hijo, Rey y Señor de todos, que habitará en nuestros corazones. A Él, junto con el Padre Eterno y el Espíritu Santo, sea la gloria, el honor, el poder, la majestad y la magnificencia, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

TERCERA HOMILÍA SOBRE LA DORMICIÓN

SERMÓN TERCERO DEL MISMO JUAN DAMASCENO ACERCA DE LA DORMICIÓN DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

La fuente de la luz

1. Acontece que quienes sienten amor hacia alguna cosa, constantemente hablan de ella y la tienen siempre presente en su imaginación. Que nadie, pues, me reprenda y considere excesivo que habiendo ya pronunciado dos panegíricos en honor de la Madre de Dios, le dedique ahora este otro. No lo hago para otorgarle con ello una gracia, sino para que tanto yo como vosotros, que formáis esta insigne y sagrada asamblea, participemos en un convite de gran provecho espiritual, apropiado para esta santa noche y que proporcione un gran gozo a nuestras almas [1].

Ya veis que son escasos los alimentos de que dispongo y, sin embargo, os preparo esta comida que, aunque no sea muy sustanciosa ni corresponda debidamente a la dignidad de aquella que nos ha convocado, será, con todo, suficiente para calmar nuestra hambre.

María no tiene necesidad de nuestras alabanzas, sino que somos nosotros los que necesitamos alcanzar la

1. Según parece, este sermón debió pronunciarse en una vigilia celebrada en el sepulcro de la Virgen en Getsemaní.

gloria que de ella proviene. ¿Cómo puede, en efecto, acrecentarse la gloria de quién está plenamente colmada de ella, y cómo seremos capaces de hacer que resplandezca más aquella que es la fuente de la luz? [2]. Lo que realizamos no es otra cosa que tejer para nosotros mismos una corona. *Por mi vida* –dice el Señor– *yo glorificaré a los que me glorifiquen* [3]. El vino es en verdad una bebida muy agradable y el pan es una comida muy nutritiva; el uno alegra y el otro fortalece el corazón del hombre [4]. Pero, ¿qué puede haber que sea más dulce y suave que la Madre de Dios? Ella ha cautivado mi mente, y mi lengua está a su servicio; pienso en ella tanto si estoy despierto como dormido. Ella, la Madre del Verbo, es la guía de mis palabras. Ella, nacida de una madre estéril, es la que hace que las almas que eran infecundas, produzcan frutos abundantes.

Hoy celebramos su sagrado y glorioso tránsito. ¡Ea! pues, subamos al místico monte, y superando las imágenes terrenas y materiales, entremos en las divinas e incomprensibles tinieblas, y siendo al propio tiempo iluminados por la luz divina [5], ensalcemos el infinito poder de Dios. ¿Cuál es ahora el objeto de nuestra atención? Aquel que desde la excelsa e inconmovible atalaya de los cielos, sin abandonar el seno del Padre, ha descen-

2. La fiesta de la Dormición puede considerarse como la Pascua de María y debió adquirir un significado especial el simbolismo de la luz, a imitación de la Vigilia Pascual.

3. 1 S 2, 30.

4. Cf. Sal 104 (103), 15.

5. Acercarse a los misterios de Dios supone penetrar en una luz tan viva, que causa la sensación del deslumbramiento o de andar a oscuras. Es lo que algunos místicos denominan «la nube del desconocimiento». El escritor místico bizantino Gregorio Pálamas habla a este respecto del don de la «luz tabórica».

dido al seno virginal, siendo concebido y asumiendo nuestra carne, y aceptando voluntariamente su pasión y muerte, ha obtenido la incorrupción de su cuerpo que era de origen terreno, y al subir de nuevo al Padre, condujo hacia Él también a su Madre según la carne, y elevó a las regiones celestiales a la que había sido un cielo sobre la tierra.

Símbolos y figuras

2. La escalera espiritual y viviente, por medio de la cual bajó el Altísimo y se hizo visible sobre la tierra y habitó entre los hombres, hoy ha pasado desde la tierra al cielo, sirviéndole a su vez la muerte como de escalinata para esta ascensión.

Hoy la mesa terrenal en la que estuvo colocado el celeste pan de vida, y en la que, sin intervención conyugal, se depositó el carbón encendido de la divinidad, hoy ha sido levantada desde la tierra a los cielos, y la puerta de Dios que mira hacia Oriente ha sido conducida a lo alto y establecida como puerta de los cielos.

Hoy la ciudad viviente de Dios, desde la Jerusalén terrestre es trasladada a la Jerusalén de arriba. La que dio a luz como hijo primogénito y único al que es el Primogénito de toda la creación y el Unigénito del Padre, hoy establece su mansión en la Iglesia de los primogénitos. El arca viviente y espiritual de Dios es conducida al lugar del reposo de su Hijo [6].

6. Son innumerables los títulos y figuras que en los ritos orientales se aplican a la Virgen. El arzobispo Assaf de Petra ha contado ciento noventa y siete en los libros litúrgicos bizantinos (C. GUMBINGER, «María en las liturgias orientales», en *Mariología* de CAROL,

Se abren las puertas del paraíso y es recibido aquel jardín en el que habitó el Señor y en el que brotó el árbol de la vida perdurable, o sea, Cristo que a todos nos da la vida, el cual destruyó la desobediencia de Eva y la muerte que deriva de Adán. Los cielos reciben la gruta excavada en la roca, el monte no cortado del cual, sin intervención de mano humana, se desprendió una piedra que llenó todo el orbe de la tierra.

La cámara nupcial de la encarnación del Verbo reposa en un tálamo, que es su gloriosísimo sepulcro, desde el cual es conducida a la morada nupcial de los cielos, donde ha de reinar gloriosamente con su divino Hijo; pero a los que moran sobre la tierra les deja su tumba como un magnífico tálamo.

¿Puede su sepulcro llamarse tálamo nupcial? Ciertamente que sí, y es en verdad el más espléndido de todos los tálamos, no por el relucir del oro, ni por la brillantez de la plata, ni por el esplendor de las piedras preciosas; no por el adorno de las colgaduras de seda, ni de tapices entretejidos de púrpura y oro, sino por el glorioso resplandor divino del Espíritu Santísimo. Este tálamo no está destinado para los que en la tierra anhelan la unión de los cuerpos, sino que ofrece a las almas santas unidas por los vínculos del Espíritu Santo, la vida más excelente que imaginarse pueda, aquella que transcurre en la presencia de Dios y está toda llena de dulzura y suavidad.

Este sepulcro es más hermoso y agradable que el Edén. Y a fin de no deslucir la presente festividad ha-

BAC, Madrid 1964, p. 185). El presente sermón de san Juan Damasceno es también como un hermoso tejido de títulos marianos.

blando de cosas tristes, no me ocuparé de las desgracias que en ese lugar ocurrieron, como son, los engañosos consejos del enemigo ofrecidos con falsas apariencias de sensatez, la envidia, el fraude, la cobardía y condescendencia de Eva, la seducción, el cebo dulce y al mismo tiempo amargo que le hizo perder la cabeza y engañar a su esposo, la desobediencia, la expulsión y la muerte. Este sepulcro elevó a los cielos el cuerpo mortal de María, la cual había hecho bajar del cielo a la tierra a nuestro Creador. Ella, en verdad, no estuvo sujeta a la sentencia que se pronunció contra el que había sido hecho a imagen de Dios: *Tierras eres y a la tierra volverás* [7].

Este sepulcro es más precioso que el antiguo tabernáculo. Es la tienda espiritual y viviente, en la que se hallan el candelabro del divino resplandor y la mesa en la que está depositada la vida, es decir, no los panes de la proposición, sino el pan celestial; no el fuego material, sino el fuego espiritual de la divinidad.

Este sepulcro es más dichoso que el arca de Moisés, pues no corresponde a sombras y figuras, sino a la indefectible verdad, ya que guardó en su interior la auténtica vasija de oro que contuvo el maná celestial, pues albergó en su seno aquella tabla viviente que es el Verbo de Dios, de la misma sustancia del Padre y encarnado por la fuerza poderosa del Espíritu Santo. La que fue depositada en este sepulcro es también el incensario de oro, que llevó dentro de sí el carbón encendido de la divinidad y llenó toda la creación con el buen olor de su perfume.

7. Gn 3, 19.

Sea ensalzada María en su glorioso tránsito

3. Huyan los demonios; griten de espanto los miserables nestorianos, como antiguamente los egipcios, junto con su capitoste el nuevo faraón, tirano cruel y malvado. Han quedado sumergidos en el abismo de sus blasfemias. Nosotros, en cambio, los que hemos sido salvados, atravesando a pie enjuto el aborrecible mar de la impiedad, entonemos himnos de alabanza en honor del glorioso tránsito de la Madre de Dios. La Iglesia, como María la hermana de Moisés, tome en sus manos el tímpano y entone un cántico de fiesta. Aparezcan las muchachas del nuevo Israel y al son de timbales dancen a coro y griten con entusiasmo. Los reyes de la tierra, los jueces y príncipes, los jóvenes y las doncellas, los ancianos junto con los niños, canten todos festivas alabanzas a la Madre del Señor. Que las colectividades de la más diversa expresión y los pueblos y razas que hablan las más variadas lenguas, con gran armonía entonen en su honor un cántico nuevo. Que el aire resuene al son de flautas y trompas espirituales y que brille el día de hoy con los resplandores de la nueva salvación.

Alegraos, cielos, y que las nubes derramen júbilo y alegría. Saltad de gozo, oh divinos apóstoles, corderos de la escogida grey del Señor, que sois como montes excelsos y eminentísimos y que habéis sido elevados a altísimas contemplaciones. También vosotros, pueblo santo, ovejas de Dios e hijos de la Iglesia, como colinas habéis sido encumbrados, a imitación de las más altas montañas. ¡Oh gran maravilla! ¿Es posible que haya muerto la fuente de la vida, la Madre del Señor? Era preciso que lo que había sido formado de la tierra, volviera de nuevo a la tierra y que, mediante su enterramiento, el cuerpo de la Virgen recibiera una vida

incontaminada y fuera transportado a los cielos. Era necesario que, como en la fundición del oro, la carne de María se liberara de la pesadez y oscuridad de los seres mortales y se levantara del sepulcro envuelta en resplandores de pureza y de incorrupción.

Muerte y asunción

4. El que es engendrado por el Padre, pero que no ha tenido comienzo en el tiempo, y que dio a María su primera existencia y su cuerpo mortal, hoy le concede iniciar una nueva existencia. Alégrate, oh santo y excelso monte de Sión, en el cual habitó el que es monte santo y viviente. Alégrate, oh nueva Betel, en donde se ungió aquella estela que es la naturaleza humana ungida con la divinidad. Desde tu cumbre, oh monte Sión, desde tus olivares, el Hijo de la Virgen se ha elevado a lo más alto de los cielos. Que se apresten todas las nubes para transportar por los aires, impulsadas por las alas del viento, a los apóstoles desde los confines de la tierra hasta la ciudad de Sión. ¿Quiénes son éstos que a modo de nubes o como águilas se dirigen volando hacia el cuerpo que para todos ha sido causa de resurrección, y acuden a prestar sus servicios a la Madre de Dios? ¿Quién es ésta que sube reluciente de blancura, toda hermosa y radiante como el sol?

Suenen las cítaras del Espíritu; canten las lenguas de los apóstoles; retumben los timbales de los preclaros teólogos. Que Hieroteo, vaso de elección consagrado por el divino Espíritu y que por su unión con Dios ha aprendido y experimentado las cosas divinas, abandone lo que es propio de la existencia corporal y, siguiendo libremente los impulsos del alma, entone unos cánticos de alabanza. Que todas las gentes aplaudan con

sus manos y alaben a la Madre de Dios. Que los ángeles presten servicio al cuerpo que se ha sometido a la muerte.

Hijas de Jerusalén, acompañad a la Reina y, como vírgenes que andáis en su compañía y poseéis la juventud del espíritu, seréis conducidas a la presencia del Esposo y estaréis a la diestra del Señor. Desciende, desciende, oh Señor, para dar a tu Madre el premio que ha merecido por haberte criado. Extiende tus divinas manos y recibe su alma maternal. Tú, que estando en la cruz, encomendaste tu espíritu a las manos del Padre, dirígete a ella con dulce susurro y dile: «Ven, oh hermosa y amada mía, que por tu virginidad sobrepasas en esplendor al mismo sol. Tú me hiciste partícipe de lo que era tuyo; ven ahora a gozar conmigo de todos mis bienes. Ven oh Madre hacia tu Hijo, para reinar con Aquel que, al nacer de ti compartió tu pobreza. Sal de este mundo, oh Señora. No te alejes a la manera de Moisés; sube hacia arriba, acaba tu vida mortal. Sométete a la muerte y emprende de este modo la subida. Entrega tu alma a las manos de tu Hijo [8]. Devuelve a la tierra lo que es terrenal pero que también será conducido contigo a lo alto».

Levanta los ojos, oh pueblo de Dios; levántalos y contempla en Sión el arca Señor Dios de los ejércitos,

8. La bajada de Cristo en busca de su Madre aparece en casi todos los relatos y sermones asuncionistas. El que se ha atribuido al patriarca Modesto de Jerusalén († 634) y que ciertamente es anterior a los panegíricos del siglo VIII, se expresa así: «La gloriosa Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Redentor, corifeo de la vida y de la inmortalidad, fue llamada por el mismo a la vida, unida para siempre con el cuerpo y establecida en la incorruptibilidad por Él, que la hizo salir de la tumba y la tomó consigo de un modo que sólo Él conoce» (PG 86, 3312).

que va acompañada de los apóstoles, quienes celebran las exequias de este cuerpo que fue principio de la vida y albergue del mismo Dios. Los ángeles, con su presencia espiritual e invisible, honran con gran respeto y prestan servicio a la Madre de su Señor. Llega también el Señor que está en todas partes y que lo llena y abarca todo, sin estar delimitado por lugar alguno, pues como Creador conserva y mantiene todas las cosas. He aquí que la Virgen, hija de Adán y Madre de Dios, por razón de Adán entrega su cuerpo a la tierra, y por razón de su Hijo envía su alma hacia las mansiones celestiales.

Que la Ciudad Santa quede plenamente santificada y que a sus bendiciones se añada la bendición sempiterna. Que los ángeles vayan por delante de la comitiva en el traslado del divino tabernáculo y que preparen el sepulcro. Que el esplendor del Espíritu Santo honre estas exequias. Que se apresten los perfumes para ungir este cuerpo purísimo, que está inundado de deliciosa fragancia. Que desde esta esclarecida fuente de bendiciones derive una incontaminada corriente de abundantes gracias y favores.

Alégrese la tierra con la inhumación de este cuerpo y exulte el aire con la subida a los cielos de esta alma [9]. Que las brisas queden perfumadas con un suave rocío y con una rebosante gracia. Que todas las creaturas celebren festivamente la Asunción de la Madre de Dios. Canten a coro los jóvenes; entonen himnos de alabanza las lenguas de los oradores; la inteligencia de los sabios reflexione sobre este milagro; los ancianos de

9. «Fue santificado el aire con tu subida, como fue iluminada la tierra con tu parto» (tropario bizantino, F. AGUIRRE, cit., 1. c., p. 14).

venerables canas contemplen serenamente este misterio; todos los seres creados contribuyan a esta glorificación y participen de ella con plenitud.

La Madre unida para siempre a su Hijo

5. ¡Ea! pues, unámonos a la que emigra de este mundo y emigremos junto con ella. Con el deseo de nuestra alma bajemos junto con la que baja al sepulcro. Situémonos alrededor de su sagrado lecho. Entonemos sacros y melodiosos himnos, diciendo: Salve, tú que eres el más excelente brote de la tierra, que desde antes de los siglos, por voluntad de Dios fuiste elegida como receptáculo del fuego divino. Salve, oh sacratísima joya del Espíritu Santo, fuente de agua viva, jardín del árbol de la vida, sarmiento del que ha brotado el racimo divino, del cual proviene el néctar vivificante de origen celestial. Salve, oh río colmado de la fragancia del Espíritu Santísimo; campo de la espiga divina; espléndida rosa de virginidad, aromatizada por la gracia; lirio de regia vestimenta; oveja que das a luz al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo; taller de nuestra salvación; sierva y a la vez Madre, más excelsa que las angélicas potestades.

Venid y pongámonos en torno de su incontaminado sepulcro, desde el cual fluirá para nosotros la divina gracia. Llevemos en brazos espiritualmente el cuerpo siempre virginal; entremos en la cámara del sepulcro y que mueran en nosotros las pasiones del cuerpo, a fin de que habitando junto a la Virgen, llevemos una vida pura e incontaminada y podamos escuchar los gloriosos cánticos entonados por los labios espirituales de los ángeles. Entremos a conocer y venerar el misterio extraordinario de María, que ha sido elevada,

enaltecida y entronizada en los cielos, para residir junto a su Hijo por encima de todos los coros angélicos, sin que exista ya separación alguna entre la Madre y el Hijo [10].

Te he dedicado, oh Madre de Dios, este tercer sermón acerca de tu glorioso tránsito, con gran reverencia y amor a la Santísima Trinidad, en cuyo servicio, por designio del Padre y con el poder del Espíritu Santo, llevaste en tu seno al Verbo encarnado, Sabiduría y Fuerza divina. Acepta, oh Virgen, esta muestra de mi afecto, a pesar de que la materia aquí tratada esté muy por encima de mis facultades. Concédeme la salvación, el dominio sobre las pasiones del espíritu, la curación de las dolencias del cuerpo, la liberación de todo peligro, la paz y la tranquilidad en la vida, y la iluminación del Espíritu Santo. Enciende en mi alma el amor a tu Hijo. Haz que nuestra vida le sea agradable, a fin de que obtengamos la bienaventuranza y, contemplando la gloria de tu Hijo que en ti resplandece, cantemos himnos sagrados y disfrutemos de la felicidad eterna, en la asamblea de aquellos que con el impulso del Espíritu Santo rinden homenaje a Aquel que, por medio de ti, ha realizado nuestra salvación, Cristo verdadero Hijo de Dios, al cual sea la gloria y el poder, junto con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

10. Los motivos que impulsaron a los teólogos y predicadores a afirmar la muerte gloriosa y la asunción en cuerpo y alma de la Virgen, no fueron primordialmente de orden histórico, sino más bien de carácter teológico. La maternidad divina y virginal es, en efecto, el fundamento de la incorrupción, de la resurrección anticipada y de la asunción en cuerpo y alma de la Madre de Dios.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 5: 97.
1, 7-8: 77.
1, 26-27: 56.
1, 27: 77.
2, 6: 88.
2, 7: 90, 92.
2, 8: 78.
2, 16: 80.
2, 22: 89.
2, 25: 60.
3, 3: 80.
3, 7: 61.
3, 7-8: 80.
3, 16: 117, 118.
3, 17-19: 61.
3, 19: 61, 88, 90, 207.
3, 21: 61.
3, 22: 78, 172.
8, 8-12: 170.
18, 6: 95, 154.
18, 20: 94.
21, 1-7: 94.
22, 1ss.: 94.
28, 12: 121.
28, 12-22: 155.
37, 19ss.: 95.
39, 20ss.: 95.
49, 9: 107.

Éxodo

2, 3ss.: 96.
3, 1ss.: 136.
3, 5: 72.
3, 14: 23.
10, 21ss.: 97.
14, 27: 96.
14, 27-31: 96.
15, 20: 193.
16, 4ss.: 96.
16, 25-30: 96.
17, 8ss.: 96.
19, 18ss.: 27.
20, 7: 53.
20, 12: 146
20. 13: 53.
20, 15: 53.
20, 17: 53.
33, 22: 22.
33, 23: 27.

Levítico

26, 11-12: 69.

Deuteronomio

4, 24: 69.
4, 34: 131.
5, 6-10: 46.
5, 17: 53.
5, 18: 53.
5, 19: 53.
5, 20: 53.
6, 5: 53.
18, 15: 23.
19, 15: 35.

21, 23: 46.
28, 66: 93.

Josué
3, 3-17: 162.
6, 20: 193.

Jueces
6, 36-40: 155.

1 Samuel
2, 30: 204.

2 Samuel
24, 2: 30.
6, 14: 194.
24, 6-7: 30.

1 Reyes
8, 1-8: 187.

2 Reyes
2, 1-14: 160.
21, 11: 26.

2 Crónicas
5, 1-9: 187.

Job
20, 20: 91.

Salmos
1, 1: 100.
1, 3: 133.
2, 1-2: 100.
2, 7: 122.
8, 6: 135.
12 (11), 6: 108.
14 (13), 2-3: 149.
18 (17), 16: 90.
19 (18), 5: 66.
19 (18), 6: 121.
22 (21), 19: 94.
23 (22), 2: 148.
23 (22), 3: 148.
24 (23), 7-8: 90.
24 (23), 7-9: 90.
24 (23), 7-10: 123.
24 (23), 10: 174.
25 (24), 15: 133.
31 (30), 13: 106.
33 (32), 6: 32.
34 (33), 22: 174.
36 (35), 7: 38.
45 (44), 14: 132.
46 (45), 5: 134, 162.
47 (46), 7: 23.
49 (48), 13: 61, 171.
52 (51), 10: 133.
65 (64), 5-6: 162.
68 (67), 16-17: 127, 162.
68 (67), 18: 127.
72 (71), 10: 175.
77 (76), 11: 46.
80 (79), 2: 88.
80 (79), 9: 64.
80 (79), 12: 64.
80 (79), 14: 64.
86 (85), 3: 140.
87 (86), 7: 67.
88 (87), 7: 95.
89 (88), 13: 25.
89 (88), 27: 40.
89 (88), 28: 40.
96 (95), 11: 120, 123.
104 (103), 15: 204.
105 (104), 11: 64.
106 (105), 2: 71.
107 (106), 16: 90.
114 (113-A), 4: 127.
115 (114), 15: 139.
116 (115), 15: 174.

118 (117), 22: 65.
118 (117), 26-27: 124
119 (118), 103: 134.
119 (118), 105: 134.
128 (127), 3: 131.
134 (133), 1: 190.
136 (135), 12: 131.

Proverbios
3, 34: 68.
10, 7: 139.

Eclesiastés
1, 9: 118, 135.
3, 1-8: 48.
11, 2: 36.

Cantar de los Cantares
1, 2: 69, 134.
1, 2-3: 160.
1, 3: 109.
1, 4: 134.
2, 1-2: 126, 160.
2, 3: 159.
2, 5: 69.
2, 10-11: 184.
3, 4: 134.
3, 6: 160.
4, 7: 134, 184.
4, 10: 184.
5, 3: 171.
6, 9: 153.
6, 10: 160.

Sabiduría
1, 13: 80.
3, 1: 146.
6, 8: 110.

Eclesiástico
11, 28: 161.

Isaías
3, 10-11: 92.
6, 3: 55, 135.
6, 6: 102.
6, 6-7: 135.
6, 10: 89.
7, 14: 156.
7, 17: 123.
9, 1: 91.
9, 5: 91, 124.
9, 6: 137.
11, 1: 120.
26, 10: 34.
27, 1: 91.
35, 1: 132.
35, 3: 134.
48, 22: 21.
49, 9: 74.
50, 6: 92.
52, 7: 66, 93.
53, 1: 93
53, 7: 58, 88, 93.
54, 1: 124.
55, 1: 195.
60, 3: 175.
61, 1: 74, 123.
62, 5: 132.
63, 9: 124.
64, 3: 47, 81.
65, 2: 89.
66, 1: 152.

Jeremías
23, 24: 152.

Baruc
3, 38: 121.

Ezequiel
2: 33.
3: 33.

42, 2: 134.
44, 1-2: 156.
44, 3: 123.

Daniel
2, 34: 104, 127, 156.
2, 45: 127.
7, 13: 33.
14, 32-38: 106.

Oseas
1, 2: 130.
1, 9: 131.
4, 12: 130.
6, 6: 113.

Amós
2, 13: 132.
8, 9: 97.

Jonás
3, 4: 105.

Zacarías
6, 12: 123.
14, 6-7: 98.

Mateo
1, 21: 151.
1, 23: 123.
3, 17: 131.
5, 4: 54.
5, 8: 72.
5, 11-12: 114, 115.
5, 21: 53.
5, 24: 53.
5, 27: 53.
5, 28: 53.
5, 33: 53.
5, 37: 53.
5, 39: 58.
5, 44: 54.
5, 45: 54.
5, 48: 36, 54.
7, 1: 54.
7, 16: 124.
7, 16-17: 100.
7, 24: 86.
8, 20: 33, 58.
9, 13: 113.
9, 18-26: 30.
10, 16: 66.
12, 18: 131.
12, 29: 91, 121.
12, 40: 97.
12, 41-44: 142.
13, 16-17: 29.
13, 55: 121.
14, 1-2: 31.
16, 13: 30.
16, 14: 30.
16, 15-16: 31.
16, 16: 23, 33.
16, 17: 31.
16, 18: 32.
16, 28: 33.
17, 1: 26, 35.
17, 2: 41, 42, 44.
17, 4: 47.
17, 5: 27, 46, 49, 51, 131.
17, 9: 52.
17, 17: 63.
18, 12: 121, 122.
19, 30: 129.
20, 23: 37.
21, 1-7: 55.
21, 18: 60.
21, 18-19: 60.
21, 19: 62.
21, 23: 62, 63.
21, 28: 66.

21, 33ss.: 105.
21, 41: 65.
22, 37: 53.
23, 32: 64.
23, 38: 99.
24, 28: 178.
24, 30: 33.
25, 1-13: 112.
25, 12: 112.
25, 14-30: 109.
25, 24-30: 147.
25, 34: 111.
26, 39: 86.
26, 41: 71.
26, 69-75: 109.
27, 30: 58.
27, 45: 89, 97.
27, 48: 88.
27, 50: 102.
27, 51: 89.
27, 52-53: 89.
27, 57-58: 100.
27, 59: 74.
27, 60: 74, 102.
27, 62: 104.
27, 63: 105.
27, 64: 106.
27, 65-66: 107.
28, 1: 98.

Marcos

3, 17: 37.
5, 21-43: 30.
9, 1: 35.
9, 2: 26, 41.
9, 5: 47.
9, 6: 49.
9, 7: 27, 46, 49, 51.
9, 9: 52.
9, 37: 52.
15, 19: 58.
15, 33: 97.
15, 42-43: 100.
15, 44: 101.
15, 46: 74, 102.

Lucas

1, 5: 126.
1, 28: 117, 118, 135, 138, 150, 153, 194.
1, 29: 137.
1, 29-30: 151.
1, 31: 151.
1, 34: 122, 151.
1, 35: 152.
1, 38: 152.
1, 42: 132, 138.
1, 43: 153.
1, 48: 137, 153, 161.
1, 78-79: 91.
2, 49: 190.
4, 18: 91, 123.
6, 30: 54.
6, 37: 54.
8, 8: 122.
8, 40-56: 30.
9, 28: 35.
9, 33: 47, 49.
9, 34: 46, 49.
9, 35: 51.
9, 36: 52.
12, 36: 109.
12, 48: 110.
15, 23: 176.
16, 9: 110.
17, 21: 39.
18, 18ss.: 101.
20, 17-18: 65.
21, 1-4: 142.
23, 43: 48, 74, 103.

23, 44: 97.
23, 46: 89.
23, 50-52: 100.
23, 53: 74.

Juan
1, 1: 37.
1, 5: 99.
1, 9: 105.
1, 12: 88.
1, 14: 24, 82.
1, 18: 46, 83.
1, 29: 176.
2, 9: 59.
3, 13: 83.
3, 14: 33.
3, 16: 59, 73.
5, 4: 136.
5, 44: 68.
6, 48: 36, 154.
8, 40: 84.
8, 48: 59.
10, 7: 123.
10, 17: 101.
10, 30: 83.
10, 38: 64.
11, 1ss.: 90.
11, 1-14: 63.
12, 24: 119.
12, 26: 174.
12, 31: 107.
12, 32: 107.
14, 1: 114.
14, 6: 174.
14, 9: 84.
14, 16: 114.
14, 21: 114.
14, 26: 36.
15, 1: 176.
15, 13: 57.
16, 33: 48.
19, 15: 100.
19, 25-27: 177.
19, 34: 89.
19, 38: 100.
19, 40-42: 102.
20, 17: 83.
20, 22: 76.
20, 28: 176.
20, 40: 74.
20, 41: 74.
21, 22: 33.

Hechos de los Apóstoles
1, 12-14: 177.
2, 1-21: 177.
7, 52: 63.
12, 1: 37.
17, 28: 47.
17, 34: 199.

Romanos
4, 17: 152
5, 12: 108, 129.
5, 12ss.: 86, 88.
5, 20: 108, 130.
8, 29: 40, 136.
9, 25: 131.
10, 18: 66.
11, 33: 59, 152.
12, 1: 67.
12, 12: 115.
14, 9: 26.

1 Corintios
1, 17ss.: 75.
1, 24: 105.
2, 7: 33, 74, 135.
2, 8: 105.
2, 9: 47, 81.
2, 10: 23, 32.
5, 7: 74.

7, 31: 115.
10, 1-4: 29.
10, 4: 22, 104.
10, 18: 127.
13, 1: 71.
13, 1ss.: 38.
13, 12: 93.
15, 6: 179.
15, 21: 86.
15, 21-22: 108.
15, 28: 52.
15, 53: 157.
15, 56: 174.

2 Corintios
1, 18: 50.
3, 7: 50.
5, 4: 101.
12, 2: 160.
12, 4: 120.
13, 1: 35.
13, 4: 93.

Gálatas
3, 13: 87.
3, 27: 94.
4, 4: 150.
4, 26: 162, 175.

Efesios
1, 26: 73.
2, 18: 123.
3, 5: 50.
4, 10: 83.
5, 14: 74.

Filipenses
2, 5: 116.
2, 6-7: 28.
2, 6-8: 58, 92.
2, 8: 59.
2, 9: 154.
2, 10-11: 103.
3, 20: 22.

Colosenses
1, 10: 121.
1, 15: 119, 136.
1, 17: 119.
1, 18: 101.
1, 21: 116.
2, 9: 82, 120.
3, 5: 193.

1 Tesalonicenses
4, 17: 47.

1 Timoteo
6, 14-16: 22.
6, 16: 133.

Tito
2, 14: 66.

Hebreos
1, 1: 81.
1, 2: 129.
1, 3: 40, 52, 93, 153, 180, 187.
1, 6: 120.
1, 14: 137.
2, 14: 136.
4, 13: 110.
4, 15: 87.
6, 20: 187.
7, 12: 126.
10, 1: 50.

Santiago
2, 13: 113.
4, 6: 68.

1 Pedro
2, 6: 65.
2, 9: 113.
2, 10: 131.
2, 23: 58.
3, 19: 74.
4, 6: 74.

2 Pedro
1, 3-4: 74.

1 Juan
4, 3: 114.

Apocalipsis
4, 6-9: 187.
22, 2: 133.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Abraham: 94, 112, 128, 154.
Acéfalos: 120.
Adán: 48, 49, 60, 61, 74, 79, 80, 82, 88, 89, 90, 108, 126, 144, 153, 170, 172, 173, 181, 206, 211.
Agustín (san): 126.
Amalec: 96.
Ana: 118, 119, 124, 125, 128, 131, 132,137, 138, 148, 149.
Analogía de la fe: 15
Andrés (apóstol): 35.
Andrés de Creta (san): 140, 155, 163, 174.
Ángeles: 38, 42, 52, 54, 65, 67, 96, 126, 127, 128, 135, 146, 150, 153, 155, 156, 158, 159, 162, 163, 170, 174, 179, 185, 186, 187, 188, 193, 194, 195, 197, 210, 211, 212.
Aguirre, F.: 158, 161, 162, 175, 211.
Alejandro Teodosio: 146.
Anticristo: 114.
Antigua Alianza: 22.
Apócrifos: 13.
Apolinar: 57.
Apóstata: 91.
Apóstoles: 10, 17, 22, 26, 33, 34, 35, 37, 45, 52, 66, 108, 146, 147, 156, 161, 175, 189, 197, 208, 209, 211.
Arca de la Alianza: 169, 186, 187, 193, 194, 205, 210.
Arca de Noé: 94
Arcángeles: 159, 170, 195.
Artajerjes: 141.
Assaf de Petra: 205.
Asirios: 91.
Atanasio: 186.
Autor de la envidia (diablo): 79.

Bagatti: 16.
Bautismo: 25, 37, 67, 94.
Belleza: 48.
Bersabé: 30.
Betel: 209.
Beato Angélico: 189.
Bienaventuranza eterna: 149.
Blakernes: 176, 196, 199.
Bodas divinas: 111.
Bover, J. M.ª: 147.
Buena nueva: 66, 93.

Caifás: 188.
Calcedonia: 8, 196.
Cáliz de la muerte (de Cristo): 59.
Carol: 205.
Caridad: 29, 35, 38.
Carismas: 134.
Casa del Padre (Templo): 62.
Ciencia: 31, 33, 37.
Ciudad de Dios (María): 139, 140, 205.

Ciudad de refugio: 195.
Constantinopla: 176, 196.
Contemplación: 148, 208.
Contradicciones (no existen en los evangelios): 35-36.
Conversión:56
Cruz: 88, 94, 96, 97, 99.
Custodio de la Iglesia (Pedro): 32.
Custodio de la virginidad de María (José): 150.

Damasco: 4.
Dan: 30.
Daniel: 106.
David: 23, 25, 30, 40, 93, 100, 122, 126, 132, 139, 140, 170, 194.
Deicidas: 88, 107.
Demonios: 99.
Dioses: 117.
Denzinger: 59
Dispensadora de gracias (María): 199.
Divinización (del hombre): 133.
Dominaciones (angélicas): 170.

Eclipse: 97.
Edén: 28, 78, 153, 170, 187, 206.
Éfeso: 198.
Efrén (san): 123.
Egeria: 15.
Egipcios: 97.
Egipto: 63, 131.
Elías: 23, 26, 44, 46, 49, 50, 52, 160, 179.
Elocuencia de los griegos: 29.
Epifanio: 156, 163, 179, 185.
Escala de Jacob: 121, 155, 205.
Espíritu de vida: 28.
Espíritus malignos: 46.
Espíritu Santo: 21, 25, 26, 29, 31, 32, 35, 46, 49, 51, 52, 53, 54, 55, 68, 69, 75, 76, 78, 82, 84, 103, 111, 116, 120, 122, 127, 132, 134, 135, 138, 142, 143, 151, 159, 171, 173, 179, 180, 183, 186, 190, 201, 206, 207, 211. 212. 213.
Eva: 60, 88, 108, 117, 118, 129, 173, 206, 207.
Ezequiel: 156.

Faraón: 96, 131, 208.
Felicidad eterna: 213.
Fidelidad a Cristo: 213.
Flor del campo (María): 160.
Fuente de justicia (María): 139.

Gabriel arcángel: 150, 194.
Género humano: 58, 62, 94, 117, 121, 142, 173.
Gentiles: 64, 66, 94, 117, 127, 147.
Germán de Constantinopla (san): 145, 154, 159, 170, 196.
Getsemaní: 15, 17, 186 189, 197.
Gordillo, M.: 183.
Gozo (María fuente del gozo unniversal): 117, 194, 196.
Gracia: 28, 29, 30, 31, 55, 60, 62, 68, 78, 80, 109, 118, 119, 127, 130, 132, 135, 136, 137, 138, 142, 145, 148, 149, 150, 151, 158, 159, 163, 164, 171, 172, 183, 193, 194, 195, 199, 200, 212.

Gregorio de Nisa: 78.
Gregorio Nacianceno: 36, 72, 78, 80, 82, 124.
Guardianes del infierno: 90.
Gumbinger, C.: 205.
Guyter de, W.: 18.

Habacuc: 106.
Harina: 95.
Hebreos: 78, 102.
Herejes: 32, 44.
Hermón: 25.
Herodes: 31.
Hieroteo: 198, 209.
Hija de Adán (María): 126, 211.
Hijo del trueno (Juan Evangelista): 37
Himnos: 162, 180, 197, 198, 199, 212.
Historia Eutimíaca: 196.
Honores fúnebres: 147.

Iconoclasta: 7.
Idólatras: 105.
Iglesia: 65.
Imagen divina: 28, 40, 56, 77.
Incredulidad: 63, 68, 110.
Infiernos: 48, 111, 115, 145, 173, 174.
Inmaculada Concepción: 13.
Inventor del mal (diablo): 79.
Isaac: 94, 95.
Isaías: 92, 123, 155.
Israel (Antiguo Testamento): 50, 88, 96, 127.
Israel espiritual (la Iglesia): 46, 127.

Jardín espiritual (María): 206.
Jeremías: 30.
Jericó: 193.
Jerónimo (san): 15, 156.
Joaquín: 13, 119, 124, 125, 128, 131, 132, 136, 138, 148.
Jonás: 105.
Jordán: 25.
José de Arimatea: 100.
José (esposo de María): 128, 150.
José (hijo de Jacob): 95.
Joya de virginidad (María): 124.
Juan Bautista: 25, 31, 63.
Juan Evangelista: 23, 33, 37, 177.
Juan (patriarca de Jerusalén): 5.
Judas Iscariote: 34.
Judíos: 99, 126.
Juvenal: 197, 199.

León XIII: 7.
Lázaro: 63, 90.
Leví: 126.
Leviatán: 90, 91.
Ley: 176.
Libertadora (María): 181, 194.
Libre albedrío: 82.
Lirio entre espinas (María): 126.
Lobos: 66.
Lucas: 35, 49.
Luz (María fuente de la luz): 203.

Madre de Dios: 124, 126, 127 130, 132, 136, 138, 142, 149, 162, 164, 165, 167, 168, 169, 172, 173, 174, 175, 177, 203, 209, 211, 213.

Madre de la gloria (María): 170.
Madre del Verbo: 118, 169.
Maná: 96, 128, 154, 176.
Marciano: 196.
Marcos: 35, 49.
Mar de gracia (María): 194.
Mar Saba (laura): 7.
Mar Rojo: 131.
María (hermana de Moisés): 193, 208.
Mateo: 35.
Martín I: 59.
Medicina (María): 194.
Microcosmos: 51.
Milagros: 31, 39, 87.
Miróforas: 12.
Modesto de Jerusalén: 210.
Moisés: 22, 26, 40, 44, 49, 50, 52, 62, 63, 93, 96, 97, 128, 136, 207.

Naturaleza humana: 40, 62.
Nestorianos: 120.
Nestorio: 124.
Noé: 94.
Números perfectos: 36.

Ocho (simbolismo): 36.
Orígenes: 78.
Ortodoxos: 138.
Oveja perdida: 56.

Pablo (san): 50, 120, 160.
Palestina: 196.
Paloma (María): 170.
Pan de vida: 205.
Páneas: 30.
Panegírico: 167.
Parábolas: 60, 65.
Parasceve: 96, 102.
Pascua: 176.
Pecado original: 60-61.
Pedro (san): 23, 31, 32, 37, 47, 48, 109, 198.
Perfumes: 109, 160, 164, 196, 198.
Piedra angular (Cristo): 64, 104, 127, 156.
Piedra de la vida (Cristo): 30.
Pio XII: 14.
Poder de las tinieblas: 45.
Predicación apostólica: 178.
Preexistencia de las almas: 78.
Prenda de salvación (María): 138.
Preocupaciones de la vida: 60.
Presentación de María en el templo: 150.
Primado de Pedro: 32.
Primeros padres: 172-173.
Príncipe de los pastores (Jesús): 49.
Probática: 13, 127, 136, 137.
Progenitor divino (David): 93, 122, 139, 170.
Providencia: 31.
Pseudo Dionisio Areopagita: 37, 198.
Puerta oriental: 122, 134, 205.
Pulquería: 196, 197.

Querubines: 160, 170.

Rebaño de Cristo: 136.
Reina y Madre: 141.
Reinas (almas justas): 153.
Reino de Dios: 39, 100.
Rosa (María): 126.

Sábado Santo: 12.
Sábana: 102.

Sabec: 95.
Sacerdotes: 65, 150, 162.
Sacrificio de Cristo: 176.
Salomón: 36, 48, 139.
Samaritano: 58.
Senedrín: 100.
Santiago el Mayor: 37.
Santiago el hermano del Señor: 198.
Seis (número perfecto): 36.
Santos: 50, 174.
Santos de, A.: 182.
Serafines: 55, 102, 127, 134, 135, 160, 170.
Serpiente: 79.
Sinaí: 27, 72, 127.
Sínodo primero: 30.
Sión: 175, 176, 177, 186.
Sol de Justicia (Cristo): 28, 38, 42.
Soledad y plegaria: 38.

Tabernáculo: 49, 54, 128, 140, 154, 156, 158, 170.
Tablas de la ley: 127.
Tabor: 22, 25, 26, 37, 41, 43, 48.
Taller de la encarnación (María): 145.
Templo celeste: 169.
Templo del Espíritu Santo: 69.
Templo de Jerusalén: 62, 89, 99, 150.
Teólogo (Juan Evangelista): 156.
Tesoro de santidad (María): 139.
Timoteo: 198.
Tomás apóstol: 176.
Trinidad: 21, 35, 86, 90, 135, 213.
Trisagio: 135.
Tronos: 160, 170.

Unión hipostática: 24, 28, 39, 41, 50, 95, 103.

Velo del templo: 89.
Vestidura de incorrupción: 61.
Víctima viviente: 67.
Viña del Señor (Israel e Iglesia): 63, 64, 66, 105.
Virginidad de María: 124, 125, 126, 137, 150, 151, 153, 156, 158, 169, 184, 190, 198, 200, 210, 212.
Virtudes celestiales: 170.

Zarza de Moisés: 154.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5

San Juan Damasceno 5
Homilías cristológicas 8
La Natividad de María 13
La Dormición de Nuestra Señora 14

Juan Damasceno
HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS

Homilía sobre la Transfiguración 21
Homilía sobre la higuera estéril 55
Homilía sobre el Sábado Santo 71
Homilía sobre la Natividad de María 117
Primera homilía sobre la Dormición 139
Segunda homilía sobre la Dormición 167
Tercera homilía sobre la Dormición 203

ÍNDICE BÍBLICO 215
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 223

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.
Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.
De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.
La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.